

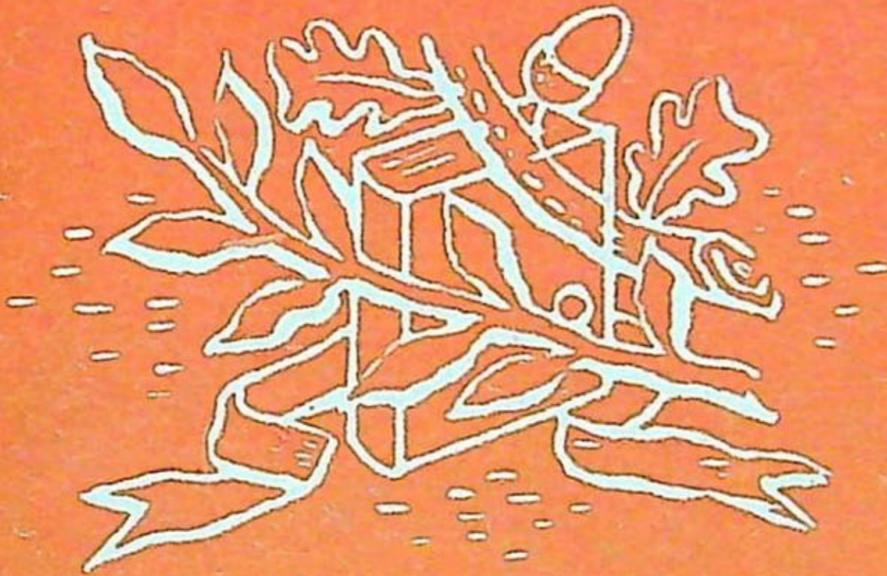
DESPLGADO

CURSOS

Y

CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES



DESPLGADO

SUMARIO



PABLO SCHOSTAKOVSKY: La cultura rusa frente a la occidental. — EMILIO MIRÁ: Cuatro gigantes del alma. — LUIS REISSIG, PABLO LEJARRAGA, ROBERTO F. GIUSTI, JUAN JOSE DIAZ ARANA: Discursos en el aniversario del Colegio. — VIDA DEL COLEGIO. — Bibliografía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AÑO XIV

Volumen XXVII

Número 160

DESPLGADO

JULIO

1945

BUENOS AIRES

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 189.874

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— — NUMERO SUELTO, \$ 1.50
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 2432
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Director:

ARTURO FRONDIZI

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

LUIS REISSIG: Educación para la vida nacional. —
ERNESTO NELSON: La educación como base de la
igualdad de oportunidad en la vida social argentina. —
JOSE GONZALEZ GALE: Jovellanos y los problemas
económico-sociales. — VIDA DEL COLEGIO. — BI-
BLIOGRAFIA.

AÑO XIV
VOLUMEN XXVII
Número 160

C U R S O S
Y
C O N F E R E N C I A S

J U L I O
D E 1 9 4 5
BUENOS AIRES

La cultura rusa frente a la Occidental

Por PABLO SCHOSTAKOVSKY

I RAZONES DE SEPARACION CON EL OCCIDENTE

El giro que tomaron los acontecimientos mundiales este último año me hizo pensar que todo lo referente a Rusia salió del dominio de la curiosidad que los intelectuales de este continente podían sentir hacia un país lejano y exótico. Creo que hemos llegado a un momento en que la humanidad pensante tiene un interés directo en conocer cuál puede ser la posición asumida por la masa de 190 millones de rusos frente al Occidente. Para definirla, nada mejor que el estudio de la posición que ocupa la cultura rusa frente a la occidental, pues en sus diferencias están incluidas todas las demás, sea cual fuese su índole y procedencia. La cultura de un pueblo no es más que la exteriorización de su espíritu, de su alma, modelados por su pasado histórico; y la tendencia que marca su evolución indica claramente el camino hacia el cual la nación se inclina. Y como la religión es la base fundamental de cuantas culturas existen, es también el factor primordial y de mayor importancia en el análisis de una cultura dada.

En mi exposición, evitaré en lo posible repetir cosas dichas en conferencias anteriores, tanto más cuanto que éstas fueron publi-

cadás en la revista del Colegio. Pero no puedo evitar la repetición de ciertos conceptos fundamentales, indispensables para hallar un idioma común con ustedes.

En primer término, debo recordar la diferencia que existe entre la noción de la civilización y de la cultura, y que yo defino del siguiente modo:

“La civilización es el conjunto de los adelantos del progreso material, incluyendo en éste no sólo cosas materiales propiamente dichas, sino también las disposiciones que rigen la vida material, o sea leyes, regímenes políticos, doctrinas científicas y aun el modo de ser comúnmente aceptado; en una palabra, todo lo que no forma parte de la vida íntima de los seres humanos. Y la cultura es el estado y la evolución espiritual de un hombre, de una familia, corporación o nación. Resulta por sí mismo de esta definición que la diferencia fundamental entre las dos nociones consiste en que la civilización es siempre universal, en el sentido de su accesibilidad para todo el género humano, mientras que la cultura es, necesariamente, peculiar, pues se trata de la propiedad íntima de cada ser y de cada agrupación humana. De esta deducción podemos sacar en seguida otra: que la civilización puede ser adquirida, comprada, inculcada artificialmente; pero nadie y nunca ha podido comprar la cultura ajena, pues su fondo es innato y su evolución es un proceso íntimo, regido por el corazón a la inversa de la civilización regida por la razón”.

Todos los mal entendidos pasados y actuales radican en que los occidentales quieren a toda costa aplicar a Rusia y a los rusos la medida de su propia civilización, ignorando la esencia de la cultura peculiar, cuyos cánones rigen la vida del pueblo ruso. Este mal entendido no podrá disiparse antes que se establezca un equilibrio entre las dos civilizaciones y las dos culturas que las coloca en un mismo plan de apreciaciones y juicios mutuos. En lo referente a la civilización material dicha aproximación es cosa factible y aun inevitable con el tiempo, pues el progreso material es un proceso universal, y uniforme en sus principios y realizaciones; pero no se puede decir lo mismo de la evolución cultural que se reveló independiente de la ciencia y del saber. Acabamos de ver en qué abismos de barbarie pueden caer seres humanos, armados de todos los medios de acción que la ciencia contemporánea y la

técnica ponen a la disposición de la gente civilizada, pero espiritualmente vacía.

Esta expresión no es mía: pertenece a Max Scheler, quien en su famosa conferencia sobre "El Saber y la Cultura", previno a sus compatriotas del peligro que podría presentar el hombre absolutamente vacío como ser espiritual, aun si las ciencias positivas llegasen a la perfección de su proceso. Dicha conferencia puede estimarse como una de las primeras tentativas de establecer la diferencia entre la civilización y la cultura.

Y con esta breve introducción considero como clavado el jalón inicial del camino que va a seguir mi exposición. Clavemos ahora el segundo:

En la vida de una nación es sólido solamente lo que corresponde a su pasado histórico y a las condiciones de su formación. Estas, en unión con las condiciones exteriores de su existencia, indican el camino que el pueblo tendrá que seguir, empujado por la ley dinámica de la inercia a la cual obedece tanto la resistencia pasiva de las masas, como el movimiento que éstas tomaron en un principio bajo la influencia de fuerzas interiores y exteriores.

Si en el camino así trazado buscamos las razones históricas de la separación cultural de Rusia con el Occidente, las encontramos: 1º, en la rivalidad religiosa; 2º en la mentalidad peculiar, muy distinta de todo lo que asegura la unión cultural de los pueblos occidentales; 3º, en el yugo tártaro y 4º, en la barrera sueco-teutono-lituano-polaca que se formó en la frontera occidental rusa en el siglo XIII.

En la edad medioeval y en los principios de la era moderna el factor más determinante de la posición asumida por Rusia frente al Occidente, fué ciertamente la rivalidad religiosa entre el Catolicismo y el Ortodoxismo. Habiendo recibido la luz de la fe cristiana de Bizancio, en 989, y sometida su Iglesia, hasta 1441, a la autoridad suprema del patriarca de Constantinopla, no podía Rusia sino seguir el camino que le trazó en materia de política religiosa su maestra y guía, la Iglesia Griega. Si bien la separación definitiva de la Iglesia Cristiana en Católica Romana y Católica Griega se realizó solamente en 1051, la disputa empezó mucho antes, en 867, en los tiempos del Papa Nicolás I y del patriarca de Constantinopla Photius. Faltaba sólo un pretexto dogmático, para provocar la escisión. Lo dió Roma, con añadir al credo de

Nicea, en el artículo que establece la procedencia del Espíritu Santo, la palabra "Filioque". La Iglesia Católica Griega quedó con la antigua redacción que afirma que el Espíritu Santo emana sólo del Padre, mientras que la Iglesia Católica Romana aceptó la nueva definición, según la cual el Espíritu Santo emana del Padre y del Hijo. Como en aquellos tiempos los promotores de la cultura eran los clérigos y los libros se escribían de preferencia en latín, los griegos enseñaron a los rusos a temer todo lo que venía del Occidente, pues encerraba el peligro de "latinización", es decir de sumisión a la autoridad espiritual del Papa. La cultura rusa quedó de este modo influenciada únicamente por la corriente bizantina.

Al realizarse la separación, los pueblos eslavos occidentales, los checos de Bohemia y Moravia, los croatas y los polacos, reconocieron la jurisdicción de Roma, mientras que los eslavos meridionales, los búlgaros y los serbios, quedaron junto con los rusos en la Iglesia Católica Griega, bajo la jurisdicción del patriarca de Constantinopla.

Muy luego después de la separación de las Iglesias, el papa Gregorio VII (1073 - 85), que era un Hildebrand, asentó de modo firme la pretensión del Papado a la dominación universal, tanto espiritual como política. Humilló al Emperador de Alemania Enrique IV en Canosa, y tomó varias medidas de disciplina eclesiástica, entre las cuales, el celibato del clero independizó a los servidores del culto de los poderes seculares y del ambiente de sus fieles, transformándolos en ejecutores obedientes de los designios políticos del papado. Esta tendencia, se afirmó aún más bajo los sucesores de Gregorio VII, tomando formas extremas con las Cruzadas. Tras el panorama sumamente complejo que presenta este choque del cristianismo con el islamismo, se ocultaba también el intento de "latinización" de la Iglesia Ortodoxa Griega. Por un tiempo relativamente breve este fin fué alcanzado, cuando los componentes de la 4ª Cruzada (1202 - 04), llevando en sus banderas y escudos la cruz, tomaron por asalto la Constantinopla cristiana, destruyeron la ciudad, aniquilaron gran número de maravillas artísticas, y proclamaron el Imperio Latino de Constantinopla, que tuvo cincuenta y siete años de vida, de 1204 a 1261. Después de haber "latinizado" a los griegos manu militari, Roma decidió aplicar las mismas medidas energicas a la recalcitrante Rusia. Con este fin, el papa Gregorio IX (1227 - 41) organizó dos cruzadas: la primera sueca, en 1240,

bajo el mando de Birger; y al fracasar ésta, la de los Caballeros de la Orden Teutónica, llevada a cabo después de su muerte, en 1242.

Las dos arremetidas fueron dirigidas contra el noroeste de Rusia en una época en que el este, el sur y el centro del país se encontraban devastados por la invasión mongólica (1237 - 40). Pero como los tártaros no quedaron en el interior del país, sino que se retiraron a las estepas del sureste, las dos cruzadas no perseguían propósitos de liberación de sus hermanos en Cristo, sino que querían aprovechar el debilitamiento de Rusia, para afirmarse en las provincias de Nóvgorod y Pskov, las únicas que quedaron intactas, y empezar desde allí la conversión de los rusos al catolicismo romano. Sin embargo, el pueblo ruso encontró las fuerzas necesarias para oponerse a las referidas cruzadas y aun para aniquilarlas.

Ahora bien, ¿Cuál podía ser el resultado de estos dos atropellos en la apreciación de los rusos? Si tomamos en consideración que, precisamente en el siglo XIII, el prestigio del papado en la Europa Occidental alcanzó su cúspide, nos será fácil de comprender, que en el concepto ruso, los pueblos que vivían más allá de su frontera occidental, formaban como un solo bloque que amenazaba su libertad confesional.

En el transcurso ulterior de la historia rusa, el Vaticano, como institución tradicional, hizo todo lo posible para conservar intacta esta primera impresión mediante continuos esfuerzos de proselitismo, nunca por la persuasión y siempre por medios políticos. Entre éstos, como veremos más adelante, el más grave por sus resultados consistió en encargarse a Polonia el papel de vanguardia del proselitismo católico en el Este. Las consecuencias de esta política forman todavía la raíz del pleito ruso - polaco.

Examinemos el segundo punto de separación: la mentalidad rusa. Su rasgo más peculiar, y que la hace chocar a menudo con la occidental, es su tendencia universal y desinteresada. El espíritu con que los rusos abordan los problemas no sólo abstractos, sino de interés práctico, los explica Dostoievsky por la extremada libertad espiritual innata en el ruso. Esta disposición de ánimo asegura la comprensión, lo que a su vez supone el espíritu en el lindero del bien y del mal, y proporciona la clave de todos los misterios capaces de emocionar el alma humana. Es obvio que la comprensión así determinada tiene que rayar en la anarquía, y es este el punto importantísimo en el análisis de la mentalidad rusa. Es anárquica, pero no por deduc-

ciones de un espíritu estudioso y casuístico, sino por sentirse libre de cualesquiera lazos que las doctrinas y las disciplinas religiosas, sociales, económicas y políticas imponen habitualmente a la gente occidental, privándola de libertad de juicio y de acción. Por evidente que fuese aquella esencia del anarquismo ruso, en todos los estudios históricos anteriores a la revolución, lo tratan siempre como un factor que perjudica a la nación, pues disminuye sus posibilidades constructivas; es decir subrayan sus aspectos negativos. En cuanto a los lados positivos de aquel espíritu anárquico, éstos se descubrieron sólo con la revolución, cuando el pueblo ruso, después de varios años de búsqueda, se dedicó a la obra constructiva de los planes quinquenales, libre de cualesquiera lazos convencionales, que hubieran ciertamente impedido su obra bajo el régimen anterior. Buscando la explicación de aquel fenómeno tenemos que volver nuevamente a la remota antigüedad.

La historia universal no registra por cierto otro ejemplo de cambios más profundos en la vida de una nación que los producidos por la conversión rusa (989). Eso se debe a que, en la época de su bautismo, Rusia estaba todavía lejos de presentar la unidad nacional necesaria para constituir una nación en el sentido amplio de la palabra. Desde el principio de su formación, se encontró en una posición muy distinta de las naciones occidentales, que se formaron como retoños del Imperio Romano. En el Occidente, la Iglesia encontró desocupado el edificio de la Roma imperial; lo ocupó y se hizo Estado, con pretensiones de dominio universal. En Rusia, en cambio, la religión cristiana penetró en un cuerpo amorfo, sin contornos exteriores ni consistencia interna firme. Nada de extraño entonces que se hizo el alma que animó aquel cuerpo y le dió forma modelándolo interior y exteriormente. Pero junto con el cristianismo, Rusia importó de Grecia una jerarquía eclesiástica que no se avenía con las costumbres paganas, y Kiev fué proclamada sede del Metropolitano de toda la Rusia. Por primera vez apareció en la anárquica federación republicano-feudal rusa un poder único que nadie discutía, con el cual nadie rivalizaba, y que además estaba sometido, en última instancia, a la autoridad suprema del patriarca de Constantinopla, completamente ajeno a la política interna del país. De este modo, con la conversión, se estableció un lazo de unión entre los rusos, mucho más fuerte que todos los anteriores. Además, junto con la jerarquía eclesiástica

vino la instrucción por la palabra escrita y también la administración de justicia, con que cambió fundamentalmente el fondo de barbarie. La Iglesia indicó a los nuevos convertidos la manera de comportarse en la vida pública y privada. Esta intromisión del principio religioso tuvo una gran influencia sobre la mentalidad y el régimen político social. Fué suprimida la poligamia, el rapto y la venta de las mujeres, y se estableció como principio firme que los esclavos eran hombres de derechos iguales con sus amos, por lo menos ante Dios; y si bien la prédica religiosa no llegó a abolir completamente la esclavitud, muchos siervos fueron liberados, al paso que cambió radicalmente el régimen de los que no recobraron su libertad.

Estos pocos detalles bastan para comprender que las primeras nociones de la organización social, de las relaciones familiares, de derechos y deberes individuales y del arreglo de la vida en general, que el Occidente heredó de la Roma pagana, los rusos las recibieron de su Iglesia. Nada de extraño entonces que, al aceptar su enseñanza, quedaran automáticamente a vivir en su recinto. Con una rapidez asombrosa se multiplicaron los conventos y aparecieron los primeros santos en tierra rusa. Apenas cincuenta años separan el acto de su bautismo de la descripción de vidas cristianas ejemplares. Aun la Rusia misma tomó el apodo de "santa". El pueblo, nacido a la vida cristiana, afirmaba con ello haberse consagrado a la salvación de su alma, como al negocio que en esta vida importa más que cualquier otro.

Y como la vida de un hombre o de una comunidad se concentra siempre alrededor de aquello a que se dedica principalmente, es muy natural que la vida del pueblo ruso quedara subordinada a los cánones de la Iglesia.

En esta consagración a un problema espiritual radica una de las principales razones de la marcada indiferencia del hombre ruso hacia las condiciones materiales de su existencia, y que explica la larga paciencia del campesino en los tiempos de su servidumbre, el aguante fantástico del soldado y el obrero, y la facultad marcada de adopción a los regímenes políticos que parecen despóticos e intolerables a los extranjeros. Explica sobre todo la procedencia cristiana del anarquismo ruso, que puede ser definido como la liberación espiritual de los lazos convencionales, que limitan el es-

píritu de iniciativa, apenas éste sale del dominio estrictamente individual.

Pasemos al tercer punto, a la influencia que pudo ejercer en la separación de Rusia con el Occidente el yugo tártaro. En ese sentido los historiadores rusos no han podido ponerse de acuerdo todavía. Entre negar cualquier importancia a la dominación tártara, y atribuirle todos los males posibles e imaginables, pasados, presentes y futuros, tenemos variantes de toda clase e índole. Esta divergencia extremada de opiniones se explica por la disparidad de los puntos de partida. El defecto común de estas especulaciones consiste en que sus autores examinan la época de la dominación tártara, sin establecer previamente de modo concreto la posición rusa ante el mundo Occidental en el momento en que se produjo la invasión. Se olvida que Europa tiene de siete a diez siglos de ventaja sobre la Rusia en materia de la civilización material. El Estado ruso empezó a formarse sólo en 862, y se bautizó en 989. En aquella época la idea cristiana ya empezó a materializarse en el Occidente, y la Iglesia abandonaba su plataforma espiritual, para dedicarse al fortalecimiento de su poderío terrenal. En cambio Rusia vivía los tiempos cercanos a la era apostólica, empapada como estaba en el espíritu del cristianismo ascético de los tiempos de la Tebaida. Quiere decir que dos siglos antes de la invasión tártara ya no existía la posibilidad de entenderse en el dominio religioso, y no tanto por la diferencia de un dogma, como del espíritu que animaba a unos y otros. Y en el terreno de intereses materiales sabemos también que las relaciones, que existían entre el Occidente y Rusia, mientras ésta desempeñaba el papel de intermediaria entre los mercados europeos y orientales, se acabó con el ocaso de la Rusia kieviana. Sabemos que éste fué provocado por el empuje de los nómades que ocupaban las estepas del sur de Rusia y cortaron la famosa vía marítimo fluvial que unía a través del territorio ruso, el Báltico con el Mar Negro. Y luego las cruzadas indicaron a las potencias europeas un camino más corto hacia el Oriente. El papel de intermediario pasó de Rusia a las repúblicas de Venecia y Génova. Solamente dos ciudades rusas, Nóvgorod y Pskov, conservaron relaciones con el Occidente a través de la Liga hanseática alemana. Las conservaron pues quedaron indemnes, en el momento de la invasión. Los tártaros nunca llegaron a la región noroeste de Rusia. Al quedar abierta aquella puerta para el contacto con el Oc-

cidente, sería natural esperar que Nóvgorod y Pskov hubieran sufrido alguna influencia de la civilización europea en forma más pronunciada que el resto del país. Sin embargo no fué así. En vano sería buscar en la arquitectura antigua novgorodiana, la menor huella del estilo gótico, como la menor indicación de que las artes gráficas, dedicadas en aquel entonces por entero al culto religioso, hubieran sido influenciadas por la técnica y las muestras occidentales. Al contrario, eran tan típicamente rusos los monumentos arquitectónicos que se conservaron en dichas ciudades que en el momento actual, cuando la invasión de los bárbaros occidentales del siglo XX destruyó lo que respetaron los mongoles del siglo XIII, los rusos proceden a la reconstrucción de Nóvgorod y Pskov en su estilo antiguo. Este ejemplo hace pensar que las razones de la separación con el Occidente no radicaban en los impedimentos exteriores, o mejor dicho físicos, materiales, sino en la incompatibilidad espiritual, que se hizo obvia antes que llegasen los tártaros.

Mas la idea de aislación es contraria al espíritu de comprensión que distingue a la mentalidad rusa, y por ende podemos presumir que el contacto con el Occidente se hubiera mantenido, con la consiguiente evolución, en el dominio de la civilización rusa, si los tártaros no hubieran sido, indirectamente, un obstáculo de índole político y material. Consistía éste en que todas las fuerzas materiales y espirituales de la antigua Rusia estaban dirigidas hacia la liberación nacional de la opresión mongólica. Esta tarea movilizaba enteramente las fuerzas políticas, económicas y espirituales del pueblo ruso, llegando a su culminación en la batalla de Kulikovo (1380), cuando los rusos obtuvieron su primera gran victoria sobre los tártaros. En la historia de la Europa Oriental dicha derrota de las huestes asiáticas tiene la misma importancia que la infligida por Carlos Martel a los sarracenos cerca de Poitiers, en 732, cuando fué salvado el Occidente de la conquista musulmana. Con seis siglos y medio de atraso, Demetrio Donskoy repitió la misma hazaña en el Este. Fué el acontecimiento que marcó el término del avance del Asia hacia Europa, y el principio del movimiento contrario, de Rusia hacia el Asia.

Tales son en grandes rasgos los aspectos históricos de la dominación tártara, a los cuales hay que añadir detalles prácticos de gran importancia y, en primer término, el aniquilamiento, según los cronistas, de nueve décimas de la población rusa. Suponiendo

aún que hay cierta exageración en esta apreciación numérica, cierto es que las principales ciudades del centro, el sur y el noroeste de Rusia fueron arrasadas, con lo que la vida organizada quedó prácticamente aniquilada. Esto supone a su vez un gran retroceso del standard de civilización material anterior a la invasión. También es cierto que la cultura peculiar del pueblo sufrió la influencia de las nuevas condiciones de vida, impuestas por la invasión. Se endurecieron los corazones: se olvidaron los preceptos altamente cristianos que dominaban antes el espíritu de las leyes. El pueblo ruso no se volvió menos creyente, pero su religión se hizo mucho más formal y tras la letra se perdió un poco el espíritu.

Pasemos ahora al cuarto punto, a la barrera que los suecos, los teutones y los polaco-lituanos establecieron en los límites occidentales de Rusia. Por raro que eso puede parecer, hay una semejanza sorprendente entre la política de los vecinos occidentales hacia Rusia, tal como empezó a caracterizarse en el siglo XIII, —en la época de la invasión tártara— y el cordón sanitario, que el Occidente quiso crear en los límites occidentales de Rusia al estallar la revolución de 1917. Motivos idénticos provocaron idéntica reacción: los vecinos occidentales sintieron miedo ante la fuerza potencial del pueblo ruso. En el siglo XIII, tras los rusos estaba el Imperio de Gengis Kan, que abarcaba la mitad del Asia. Y en el siglo XX, tras los rusos está la misma mitad del Asia, pero organizada y fundada por Moscú en la formidable unión de los pueblos soviéticos.

Con el objeto que nos ocupa, esta alusión a la conyuntura política general tiene una importancia fundamental, porque en el problema de la separación de Rusia del Occidente se olvida siempre que la comunión de dos entidades no puede realizarse sin el mutuo acuerdo. Hay que ser dos, por lo menos, para poder pelear; hay que ser dos también para poder comunicarse. La buena voluntad, para tender la mano a Rusia, hacía falta al Occidente en la misma forma en que hoy en día, la gente sin sentido de la realidad, no quiere saber nada de la Rusia actual. Y con esta observación volvemos a la reseña de las relaciones históricas de la Rusia de antaño con sus vecinos occidentales.

Los suecos, que bajo el nombre de varegos, hacían incursiones armadas en Rusia desde la remota antigüedad, conquistaron en 1293, el país nórdico, habitado por tribus finesas, al cual dieron

el nombre de Finlandia. Desde entonces, dicho país ha servido de plaza de armas contra Rusia, primero para la misma Suecia y últimamente para Alemania. Si bien el poderío militar de Suecia fué quebrado para siempre por Pedro el Grande en 1709, en la batalla de Poltava (en Ucrania), los suecos abandonaron sus pretensiones sobre las provincias bálticas sólo con la última guerra ruso-sueca, que tuvo lugar en 1809. Por primera vez, en aquel año, los rusos pisaron el territorio sueco, después de haber cruzado, aprovechando un rudo invierno, el golfo de Botnia helado. Suecia había sido el enemigo occidental que con mayor obstinación disputaba a Rusia el acceso al mar Báltico y menos que otros se prestó a cualquier intercambio cultural.

Los teutones. Los primeros choques con los teutones se produjeron en las mismas provincias bálticas. En 1228 se instaló en Prusia la Orden de los Caballeros Teutónicos, con el fin de tomar parte en el famoso Drang nach Osten (empuje hacia el Este) que, según la Enciclopedia Británica, "es tal vez el hecho más esencial e importante en la historia de Alemania en los siglos XII, XIII y XIV. Desde el Oder hacia el Vístula; desde el Vístula hacia el Dviná; hacia la Praga checa, la Gnesen polaca y aun la Nóvgorod rusa". Alentada por el sostén de la curia romana y confiada en que la invasión tártara debilitó suficientemente a los rusos, para que no pudieran presentar resistencia, la Orden emprendió la famosa Cruzada en 1242, con resultados que ya conocemos: la flor y nata de los caballeros teutones fué aniquilada por Alejandro Nievsky sobre el hielo del lago Peipus. Después de la lección recibida, la Orden se quedó más o menos quieta hasta fines del siglo XIV. Pero a principios del siglo XV renovó su movimiento hacia el este con tanta insistencia que, en 1410, las milicias polaco-lituano-rusas tuvieron que darle otra lección, en la cruenta batalla de Tannenberg, que quebró el poderío de la Orden para siempre. La Orden Teutónica dejó de existir en 1561, alcanzada por la Reforma, y después de una nueva derrota que le fué infligida por Iván el Terrible.

La experiencia de la segunda guerra mundial me dispensa de precisar que de sus contactos con los caballeros teutones los rusos no han podido sacar en limpio nada, salvo la manera en que se aniquilaba el famoso "chancho blindado", formación de batalla teutona, renombrada como invencible, al igual de las panzerdivisionen de la Wehrmacht moderna.

Los polacos. El problema polaco es mucho más complicado y largo de exponer. Al verificarse la invasión tártara, los rusos comprendieron que su salvación estaba en la unión. Esta sensación provocó el movimiento de unificación de los feudos rusos alrededor de Moscú. Pero dicho movimiento centrípeto de los feudos del centro y del noreste de Rusia, tuvo su igual en la congregación de los feudos occidentales alrededor del gran ducado de Lituania. Al principio, los rusos no protestaban contra este movimiento, pues en Lituania, en aquel entonces, predominaba la religión ortodoxa y la cultura rusa. Pero las cosas cambiaron de aspecto el día en que Roma provocó la unión dinástica de la Lituania ortodoxa con la Polonia romano-católica, al arreglar el casamiento del gran duque de Lituania, Yaguelo con la reina de Polonia, Yadviga (1396). La clase dirigente lituana quedó rápidamente polonizada y se convirtió al catolicismo, desatándose del pueblo que quedó ortodoxo. Desde entonces empezó la lucha para la conversión al catolicismo de las poblaciones ortodoxas rusas en las provincias lituano-polacas occidentales, conocidas más tarde como Rusia Blanca, Pequeña Rusia o Ukrania, Rusia Roja, Rusia Negra, Podolia, Volhynia, etc.

En 1569, el rey polaco Segismundo II estrechó aún más la Unión de Lituania y Polonia fundiéndolas en un solo Estado. Al verificarse la Unión definitiva, el proselitismo católico empezó a usar de todos los medios políticos, económicos y espirituales a su alcance, para la conversión de las poblaciones rusas. Pero, como la resistencia de los ortodoxos quedaba inquebrantable, los jesuitas Pedro Scarga y Antonius Possevinus inventaron, a fines del siglo XVI, lo que se llama la Unia religiosa. Consiste en que a los ortodoxos se les conserva su credo y su ritual, con tal que reconozcan al Papa como a su jefe supremo en materia religiosa. En 1596, un concilio de obispos ortodoxos de provincias polacas, reunido en Brest, aceptó la Unia oficialmente, y desde entonces la Iglesia Ortodoxa en Polonia quedó separada en dos. Los que reconocieron la autoridad papal, tomaron el nombre de "uniatos", mientras que los que quedaron fieles al dogma ortodoxo fueron declarados heréticos, en rebeldía no sólo contra su jerarquía, sino también contra el gobierno. De este modo las dos "uniones", la política y la religiosa, tuvieron para la Rusia lituano-polaca consecuencias desastrosas: luchas encarnizadas, tanto en el terreno de la libertad confesional, como en el social, marcadas por levanta-

mientos sangrientos de campesinos y cosacos ucranianos, pues el pueblo quedó fiel a la religión de sus antepasados y no quiso seguir a su clase superior, latinizada casi enteramente. Entre paréntesis, eso condujo más que cualquiera otra razón a mantener vivas las pretensiones del Estado ruso a la devolución de las provincias pobladas por sus correligionarios.

Mientras tanto, en 1572, se extinguió, en la persona del rey Segismundo II, la dinastía de los yaguelones, y la corona se hizo electiva. Fué este el principio de la disgregación de Polonia. Sus vecinos y aun países lejanos como Francia, empezaron a tomar parte activa en las intrigas políticas internas, para lograr la elección de los reyes que les convenían. En la dieta polaca cada noble tenía y usaba el derecho del "veto", lo que originó una indescribible anarquía política. Finalmente este régimen condujo al reparto de Polonia entre Prusia, Austria y Rusia. Sería inexacto decir que Polonia desapareció del mapa de Europa por la voracidad de sus vecinos, pues la perdió la anarquía interna, que hacía imposible la existencia de un Estado de gran extensión territorial entre tres vecinos tan poderosos como Rusia de Catalina la Grande, Prusia de Federico el Grande y Austria de María Teresa. Hacemos caso omiso del Imperio Otomano que lindaba con Polonia al sur. Para los tres países nombrados, el reparto de Polonia llegó a ser una necesidad política, pues equivalía a la supresión de un factor de confusión y de disputa que hubiera provocado, inevitablemente, una guerra al no ser resuelto por la desaparición del objeto de discusión.

Criticando el reparto de Polonia desde el punto de vista de la ciencia histórica rusa, hay que convenir que fué un acto sumamente mal concebido. Lo que los rusos celebran, es la devolución de sus antiguas tierras con poblaciones etnográficamente rusas y ortodoxas; pero censuran la supresión de una nación eslava que servía de Estado tope entre los rusos y los alemanes, así como el haber acaparado ciertas provincias etnográficamente polacas que Rusia no necesitaba. Y si la protesta contra la entrega de tierras polacas a Prusia y Austria; es decir, contra la entrega de poblaciones esclavas a enemigos jurados de la raza eslava, parece justificada, cuanto más lo es el caso de algunas tierras antiguamente rusas, como Galitzia, que fueron entregadas a la dinastía de los Habsburgos austríacos.

Por eso los intelectuales rusos celebraron el renacimiento de Polonia a raíz de la revolución de 1917; pero, desgraciadamente, a los polacos a su vez se les pasó la mano, y ellos quisieron restablecer las fronteras de la gran Polonia, tal como llegó a ser en la segunda mitad del siglo XVII, a consecuencia de una política de agresión y de "Drang nach Osten", ya no alemán, sino polaco. Esperamos que a raíz de la segunda guerra mundial, el asunto de las fronteras ruso-polacas será por fin resuelto.

A esta breve exposición de las razones fundamentales que motivaron la separación entre Rusia y el Occidente, tenemos que añadir la tendencia, común a todos los pueblos occidentales, y que atraviesa como un hilo blanco la historia universal. Me refiero al desprecio que los pueblos europeos manifiestan tradicionalmente hacia las culturas que les parecen exóticas. Todo lo que no cuadra dentro de los cánones rígidos de la civilización occidental les parece siempre inferior y bárbaro. De este concepto general deriva necesariamente la tendencia de tratar a los países del este como tierras predestinadas a ser colonizadas y civilizadas por los europeos. El famoso "Drang nach Osten" de los teutones no es más que una exteriorización de la tendencia general de los pueblos occidentales, sólo expresada con una brutalidad y cinismo sin par. Mientras que las naciones restantes moderaban sus apetitos y modos de proceder por decencia cristiana y política, los germanos procedían sin freno alguno. La separación así originada provocó y fomentó necesariamente el autarquismo moscovita, económico y espiritual, cuyos aspectos e importancia ideológica serán tratados en el capítulo siguiente.

II AUTARQUISMO MOSCOVITA

Hemos establecido ya las razones que motivaron la separación de Rusia del Occidente, desde los principios de su historia, y a las cuales se debe atribuir el fenómeno que yo llamo el autarquismo moscovita.

La palabra autarquismo adquirió sus derechos de ciudadanía cuando empezaron a usarla para definir la independencia económica de una nación. Rusia es precisamente uno de los pocos países que pueden satisfacer sus necesidades económicas por medios pro-

pios. Si eso es cierto en el período actual, lo era aún más en los tiempos pasados de una economía primitiva. El suelo, la selva y los ríos proporcionaban a la población abundantes medios de subsistencia. Sin embargo, la autarquía, sea cual fuese su carácter e importancia, nunca es un hecho positivo. Perjudica siempre al país que la practica y tanto en el dominio económico como espiritual, pues las relaciones de orden material sirven inevitablemente de vehículo a los intercambios culturales. Por lo tanto, no debe extrañarnos que el autarquismo moscovita, con poner al país fuera de las grandes corrientes, técnicas e intelectuales, lo condujo a un estado de estancamiento que inmovilizó no sólo el progreso de la civilización, sino también el desarrollo cultural del pueblo ruso; y eso hasta un punto tal que, para sacarlo de su estado de inercia, se necesitó el esfuerzo sobrehumano de Pedro el Grande.

Desde que las teorías materialistas recibieron el apoyo de la ciencia histórica, hubo una marcada tendencia a explicar la evolución de las comunidades humanas por factores de orden exclusivamente material. No hay duda de que influyen poderosamente sobre la política, al paso que fomentan el progreso material. Pero nada mejor que la actual contienda mundial para comprobar que la cultura no es una función de los alcances de la civilización material. Si esa observación es cierta en su aplicación a las comunidades humanas en general, cuánto más lo es refiriéndose al pueblo ruso, cuyo interés por los problemas de orden espiritual forma el rasgo más peculiar de su imagen íntima. Esta particularidad me dispensa de detallar mayormente los aspectos de la economía moscovita.

Pero hay que precisar lo que se entiende por el adjetivo moscovita. Este se refiere al período de la historia rusa que abarca los siglos XIV-XVII, cuando la capital de la federación feudal rusa, después de haber abandonado en 1157 Kiev, y vagado más de un siglo por las ciudades del noreste, Vladímir, Suzdal, etc., se fijó finalmente en Moscú; donde vino también a establecerse la cátedra del Metropolitano de toda la Rusia. Durante este período los europeos solían llamar a Rusia, Moscovia, por el nombre de su capital. Desde el punto de vista histórico, es el período que concentra en sí los rasgos más peculiares del espíritu autárquico ruso; de modo que, en la manera de hablar de los rusos, y creo también un poco de los estudiosos europeos, la palabra moscovita caracteriza

con gran precisión la época que llegó a polarizar las tendencias que ya se abrían camino en la antigua Rusia kieviana y que se afirmaron definitivamente en el período referido.

En el orden político interno dicho período se caracteriza por la victoria de la tendencia monárquica absolutista sobre la republicana y la feudal. Los príncipes moscovitas consiguieron formar un Estado unido, cuyo poderío exterior el pueblo pagó con su libertad interior.

Apenas fueron echadas las primeras bases de la independencia nacional, los soberanos moscovitas pensaron establecer relaciones con el Occidente. El motivo fué dado por el matrimonio de Iván III (1462-1505) con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador de Constantinopla. Esta princesa griega se encontraba refugiada en Italia, a consecuencia de la toma de Constantinopla por los turcos (1453), y su mano fué ofrecida a Iván III, por el Papa Nicolás V, que esperaba de su influencia el reconocimiento de la autoridad papal en materia religiosa, lo que hubiera puesto fin a la separación de las dos iglesias. Pero el obispado ruso no se dejó convencer por el nuncio papal ni Iván III se mostró tentado por el título de rey que le ofrecía el Papa en compensación. El matrimonio no tuvo otro efecto que afirmar aún más la posición dogmática de la Iglesia rusa, al paso que provocar un cambio notable en la situación internacional de Rusia, cuyo prestigio entre los pueblos ortodoxos aumentó considerablemente. Con la mano de Sofía Paleólogo, Iván III heredó el águila bicéfala de Bizancio, y nació la tendencia de considerar a Moscú como "Tercera Roma". La "Primera" desapareció con la caída del Imperio Occidental Romano, cuando el papel predominante en el mundo cristiano pasó de Roma a Bizancio, capital del Imperio Romano Oriental. Esta "Segunda Roma" desapareció a su vez con la conquista de Constantinopla por los turcos. Moscú, en el concepto ruso, pasó a ser lógicamente "Tercera Roma". Una ola de literatura especial ensalzó la posición en que se colocó la capital moscovita. Los rusos tomaron tan a pecho su nuevo papel que cambió completamente el aspecto de la vida cortesana. Las costumbres sencillas de antaño fueron sustituidas por una imitación de la etiqueta bizantina. Para darse mayor importancia, Iván III reanudó las relaciones diplomáticas con Roma, Alemania, Hungría, Dinamarca, Venecia y Turquía; pero poco a poco, éstas fueron abandonadas por falta de in-

tereses comunes y dificultades de comunicación. Rusia se sintió económica y espiritualmente sola en el mundo cristiano. El único provecho que sacó de este intento de reanudación de relaciones fué la venida de arquitectos y artesanos italianos. Entre ellos figuraba el famoso Aristotel Fioravanti, que edificó las primeras murallas del Kremlin. Lo contrataron en Venecia por 10 rublos de sueldo mensual. Fueron también los italianos los que enseñaron a los rusos el arte de fundir cañones y les dieron las primeras lecciones de la táctica de combate europea. Menos suerte tuvieron dos médicos que vinieron con Sofía Paleólogo y que perdieron sus cabezas acusados de haber envenenado a sus pacientes, dos príncipes, uno ruso y otro tártaro.

Pero si las relaciones con el Occidente europeo no prosperaron mayormente, la posición asumida por la Rusia de Iván III en el mundo ortodoxo provocó una cierta afluencia de griegos y eslavos bacánicos, que emprendían un viaje molesto, para venir a habitar un país ortodoxo libre del yugo mahometano, o sencillamente para pasar algún tiempo en comunión con los círculos correligionarios rusos. Fué así como vino a Moscú el famoso teólogo Máximo el Griego, nacido en Albania, educado en Italia, discípulo de Savonarola, y que tuvo una gran influencia sobre los círculos eclesiásticos moscovitas, cuyos horizontes teológicos fueron notablemente ensanchados por las polémicas que sostuvo y los libros que escribió.

Mas no sólo ortodoxos de los países balcánicos fueron atraídos a Moscú, proclamada heredera del Bizancio. Se verificó también una inmigración de rusos occidentales, que continuaban bajo el dominio lituano-polaco. Pero los contactos señalados no salían del orden de meras conveniencias o simpatías individuales. Para hablar de relaciones seguidas con el Occidente tenemos que esperar la época de Iván el Terrible (1547 - 84).

El primer paso se debió a un caso fortuito. En 1553, tres buques ingleses, que buscaban el camino nórdico hacia China y la India fueron obligados por una tempestad a refugiarse en la desembocadura del río Dviná del Norte, en el lugar donde se encuentra actualmente la ciudad de Arkángel. Cuando los negociantes ingleses desembarcaron en el suelo ruso, Iván el Terrible quiso verles. Les recibió en Moscú con mucho cariño. Acordó en el acto al comercio inglés el derecho de negociar en toda la Rusia sin pagar

impuestos, y los mandó de regreso a Inglaterra, con una carta dirigida a "Nuestra Hermana la Reina de Inglaterra Isabel", en que le pedía entre otras cosas, la mano de alguna princesa inglesa. Honor que Isabel tuvo que declinar pues las esposas de Iván Vasílievich tenían una vida más corta que las de su propio padre Enrique VIII. Este rey se casó seis veces mientras que Iván el Terrible, siete. El rechazo de proyectos matrimoniales no impidió que se establecieran relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Moscovia, y a las notas y cartas de los enviados de Inglaterra debemos el conocimiento de muchos y sabrosos detalles sobre la Rusia de los siglos XVI y XVII. Para facilitar el comercio anglo-ruso, en 1583 fué fundada la ciudad de Arkángel, que tantos servicios rindió a su patria en los momentos difíciles de su historia.

Creo no equivocarme sugiriendo que en la misma época empezaron los primeros malentendidos de incomprensión entre los rusos y los occidentales. Los comerciantes ingleses, al encontrarse en Rusia, se sintieron satisfechos con haber concertado un provechoso tratado de comercio; y con eso dieron por terminada su misión y completamente justificado el enorme riesgo de la aventura que corrieron penetrando en los desconocidos mares del Ártico. Eran comerciantes y no les importaba con quien comerciar; si prefirieron los rusos a los nipones, chinos, o indúes, era porque encontraron a Moscovia en el camino. Pero de la correspondencia cambiada entre la corte de Moscú y la de Saint James resulta claro que los rusos no podían creer que las intenciones de los ingleses eran tan prosaicas y limitadas. Iván el Terrible sospechó que abrigaban planes políticos vastos y se empeñó en encontrar intereses comunes, que forzosamente tenían que ser los accesibles al criterio de un zar cristiano moscovita. En primer término pensó en una alianza contra los turcos, para expulsarlos de Europa.

El casamiento con una princesa inglesa, tenía que consolidar las relaciones establecidas entre los dos Estados; en una palabra, Iván el Terrible quiso aprovechar de modo más amplio, un hecho feliz, pero fortuito y eso en un plano cristiano universal. Todo eso parecía extraño y fuera de lugar a los ingleses, que no querían otra cosa que comerciar. Supongo que encontraron aún bastante ingenuos a los gobernantes rusos, que no supieron aprovechar la firma de un tratado, para cobrar los impuestos que correspondían al Estado Moscovita. Y no es una mera casualidad que

este malentendido perdurara casi un siglo, pues los derechos acordados a los británicos en 1553, y extendidos luego a varios otros países, fueron anulados solamente en 1649.

Pero el establecimiento de relaciones seguidas con Inglaterra es sólo un detalle de la interesantísima época de Iván el Terrible. En el transcurso de su largo reinado, que duró 37 años, se afirmó de modo inequívoco la tendencia absolutista en el interior, al paso que se aclaró la posición asumida por Rusia, por varios siglos, frente al Asia y al Occidente. Iván el Terrible fué en su previsión política un verdadero precursor de Pedro el Grande. Dió aún prueba de una preocupación mucho mayor por la suerte de las poblaciones ortodoxas rusas en poder del Estado lituano-polaco. Abrió la puerta de Arkángel al Occidente; fué el iniciador del pleito ruso-polaco que espera todavía su solución; y en el interior, inauguró la tradición autocrática que perduró hasta la revolución. Para comprender la importancia de su actuación, hay que saber que su padre Vasily III anexó al principado de Moscú el último feudo independiente que quedaba. De este modo Iván Vasílievich recibió en herencia la Rusia unificada, y pudo así coronarse como primer Zar de Toda la Rusia. Antes de este suceso sólo el jefe de la Iglesia era Metropolitano de Toda la Rusia.

Su propia teoría del derecho autocrático la defendió de modo tan hábil con la pluma —en su polémica con el kniaz Kurbsky— que los soberanos rusos que le sucedieron nunca han podido añadir algo más convincente, para afirmar sus derechos de gobernar a Rusia a su antojo.

Pero la Rusia heredada por Iván el Terrible estuvo lejos de ser la poderosa federación que conocemos actualmente. En el sur, la frontera pasaba a menos de cuatrocientos kilómetros de Moscú; en el oeste no llegaba al río Dnieper y en el este atravesaba el Volga a cien kilómetros de la ciudad de Kazán. Kazán era la capital de un reinado tártaro, retoño de la Horda de Oro, que un siglo antes dominaba a Rusia. En Astracán existía otro reinado tártaro, y en Crimea un tercero, que eran también escombros del Imperio de Gengis Kan; de modo que el pequeño Estado moscovita estaba rodeado por enemigos terribles: los tártaros en el este y en el sur, y los polaco-lituanos y suecos en el oeste. No obstante, Iván el Terrible exigió de Polonia la devolución incondicional de tierras rusas arrancadas del núcleo nacional en la época del yugo tártaro.

Al recibir la negativa, decidió conseguirlo por las armas; pero antes de marchar contra sus vecinos del Occidente, tuvo que asegurar su retaguardia. Con este fin conquistó el reino de Kazán en 1552 y el de Astracán cuatro años más tarde. Con estas victorias el río Volga se hizo ruso en todo su curso, que es de tres mil setecientos cincuenta kilómetros; se abrió también el camino hacia los Urales y la Siberia Occidental, que fué anexada treinta años más tarde.

Iván Vasílievich estaban tan convencido de sus derechos sobre las tierras rusas occidentales y las provincias bálticas, que la guerra llamada de Livonia (y que hoy día hubiéramos llamado de Letonia y Estonia) fué declarada, tanto contra los lituano-polacos como contra los suecos. Iván el Terrible la sostuvo desde 1558 hasta 1582, veinticuatro años. Al principio tuvo éxito; pero finalmente la milicia rusa fué derrotada por el rey polaco, Esteban Batory, un capitán sumamente hábil. La guerra terminó prácticamente en nada, también a causa de la situación interna. Rusia estaba debilitada por la lucha despiadada que Iván el Terrible libró contra los elementos feudales y las últimas tendencias republicanas de las ciudades libres de Nóvgorod y Pskov. En la confusión originada por los excesos de este primer zar autócrata, zozobró la dinastía y casi se perdió el país, pues los vecinos occidentales aprovecharon el período de interregno para invadir a Rusia. Los suecos ocuparon el noroeste y la región de Nóvgorod, mientras que los polacos se establecieron en Kremlín, con el propósito de llevar al trono ruso al príncipe Ladislao de Polonia. Los jesuitas, por su parte, desarrollaron una notable actividad preparando con este motivo la conversión de Rusia al catolicismo. Son cosas éstas que se olvidaron en el Occidente, pero que ningún ruso podrá olvidar nunca, ya sea rojo o blanco, creyente o ateo, como ningún francés puede olvidar la época de Juana de Arco, muy parecida a la del "Tiempo Turbio", como llaman los rusos aquel período de su historia.

Quiere decir que durante más de medio siglo no sólo la frontera occidental estaba cercada para los rusos, sino que sus vecinos occidentales renovaron de modo sumamente real el recuerdo de los peligros políticos y espirituales que encerraba el Occidente, atropellador en el doble sentido de acaparamiento territorial y de latinización forzosa.

Con esta sensación, más que nunca ensimismado, entró el pueblo ruso en el siglo XVII.

Las tendencias económicas, políticas y culturales que motivaron la autarquía moscovita, continuaban desarrollándose en todos los campos y aspectos de la vida rusa. Pero al mismo tiempo crecía, también irresistiblemente, la sensación de que Rusia no podía continuar aislada, pues no lo permitía su situación internacional.

Bajo el primer Románov, el zar Miguel (1613 - 45), los dirigentes del Estado se dieron cuenta que el país no podía sobrevivir, si no se asociaba a la civilización utilitaria europea. Había que saber usar y fabricar las mismas armas que manejaban sus vecinos occidentales. En 1632, el holandés Vinius funda la famosa fábrica de armas en la ciudad de Tula, y el alemán Marcellius edifica los primeros establecimientos industriales en los ríos Kostromá y Shegsná, afluentes del Volga, al norte de Moscú. El gobierno favorece la llegada de artesanos extranjeros por todos los medios a su alcance, y el mismo zar, hace esfuerzos para atraer a la gente renombrada por su competencia, industrial o científica. Es así como, mientras el sabio alemán Olearius se detiene en Moscú, a su regreso de Persia, el zar Miguel le escribe: "Hemos sabido que eres muy sabio, muy instruído y acostumbrado a la astronomía y geógrafo, y a la carrera celeste y a medir la tierra y a otros muchos oficios y sabidurías semejantes; y a nos, gran soberano, tal artesano sirve". En sus memorias dicho Olearius estima en mil las familias protestantes radicadas en la capital rusa en aquel entonces. Ya formaban un barrio llamado alemán. Este nombre es un detalle que nos permite medir el retroceso de la Rusia moscovita respecto a la época kieviana, cuando el país servía de intermediario entre los centros europeos y los mercados asiáticos. En la Kiev antigua los extranjeros no cabían en un solo barrio, sino que existían varios: el griego, armenio, judío, árabe, latino, es decir católico, etc., y los escritores bizantinos, en vez de hablar de la pobreza del pueblo ruso, como los viajeros que visitaban Moscovia en el siglo XVII, parangonaban a Kiev, por su lujo y bellezas arquitectónicas, con Constantinopla.

A medida que crecía el barrio alemán en Moscú, aumentaba también el interés de Europa por Rusia. Varios Estados proponen a Moscú la reanudación de relaciones diplomáticas; pero por razones sumamente egoístas: el rey Gustavo Adolfo de Suecia quiere

una alianza contra Polonia y Alemania; el rey de Inglaterra, Jacobo I, adelanta veinte mil rublos para la guerra con Polonia, pero pide en cambio el libre tránsito de mercaderías inglesas a través de Rusia en dirección a Persia. Aun el rey de Francia Luis XIII quiere envolver a Moscú en su política europea. El único desinteresado es el Sha de Persia, quien presta a Rusia siete mil rublos en plata sin pedirle nada.

Mas sería erróneo creer que el primer Románov tomó decididamente el camino del Occidente. Fuera de las necesidades de la defensa nacional, los esfuerzos de su gobierno tendían hacia el restablecimiento de las normas del siglo XVI, destrozadas por las tempestades del "Tiempo Turbio". Pero la vida empujaba irresistiblemente al Estado ruso hacia nuevas formas y arreglos, afirmando que no había posibilidad de volver atrás, a la aislación y el estancamiento.

Este continuo empujar de la vida fomentaba naturalmente la correspondiente reacción, agudizaba las pasiones políticas y produjo finalmente, bajo el segundo Románov, acontecimientos que apasionaron a todas las clases sociales y sacudieron literalmente el edificio del Estado, hasta comprometer su seguridad. En los períodos anteriores de la historia rusa, la participación del pueblo en los destinos de su patria se manifestaba sólo en forma de ayuda a sus dirigentes, si el fin de la acción gubernamental le era claro y correspondía a su ideal nacional. Pero bajo Alejo Mijáilovich, el pueblo manifiesta por primera vez su protesta, sea contra la forma en que se le gobierna, sea contra las innovaciones que introduce la Iglesia, y eso de modo tan violento que se suceden las revueltas populares en el país entero, culminando con el motín de Stenka Razin (1667 - 71), que tomó las proporciones de una verdadera revolución social, puso a fuego y sangre la cuenca del Volga desde Astracán hasta Kazán, detuvo el comercio de Moscú con Persia y el Oriente, y fué aplastado solamente porque a Razin le faltaron elementos de orden y de organización. Lo perdió la anarquía que su movimiento provocó.

Estos vastos disturbios sociales tenían sus raíces en el "Tiempo Turbio" y aun en la época anterior de los desmanes de Iván el Terrible. El pueblo sufrido por las desgracias que cayeron sobre la nación junto con la invasión sueco - polaca, cuando los enemigos exteriores de Rusia aprovecharon el caos interior, demostró

una gran paciencia durante todo el reinado del primer Románov, el Zar Miguel; como si quisiera dar tiempo para poner la casa en orden. Pero de repente, con el advenimiento al trono de Alejo Mijáilovich, perdió la paciencia, a pesar de que éste fuera el Zar más cristiano, bondadoso y solícito para con sus súbditos. La falta de lógica es sólo aparente. Fué precisamente el orden restablecido lo que provocó el descontento. Para explicar la paradoja hay que volver al año 1597, cuando los campesinos fueron atados a la tierra. Durante el "Tiempo Turbio" que siguió luego, a todas las desgracias internas y externas se añadieron tres años de sequía (1601 - 04) que causó un hambre feroz. Los terratenientes, que no tenían con que alimentar a sus labriegos, hicieron todo lo posible para deshacerse de ellos. Pero apenas se restableció la normalidad, quisieron atraerlos nuevamente a sus tierras, ofreciéndoles condiciones de trabajo muy favorables. Esta situación duró hasta que la administración del Estado, recobró su eficiencia. Apenas los terratenientes se sintieron protegidos, empezaron a tratar a los campesinos como si fuesen esclavos. Fué esta la primera razón de los disturbios populares que empezaron bajo el Zar Alejo y que continuaron luego a través de los siglos XVII - XIX hasta la liberación de los siervos de la gleba en 1861. Pero si estas revueltas interesaban únicamente a los campesinos y a sus amos, hubo otro motivo de desorden, que conmovió a todos los rusos, independientemente de sus clases y situaciones, pues se refería a lo más sagrado de la vida íntima de cada hombre: a su conciencia.

Se trata del choque que, más tarde, a mediados del siglo XIX, fué bautizado "disputa entre los eslavófilos y occidentalistas", o sea entre los adictos a la cultura autárquica rusa y los admiradores de la civilización material europea. Pero como en la Rusia moscovita la vida nacional se resumía en los intereses religiosos, la discusión tuvo que estallar en este terreno. Su punto de partida fué la corrección de los errores acumulados por los copistas incultos en los libros litúrgicos. Los autarquistas lo tomaron como un atentado contra las tradiciones sagradas de la conciencia cristiana, y su protesta provocó el cisma de los "Viejos Creyentes", que formaron más tarde el núcleo más obstinado de protestantes contra las reformas de Pedro el Grande. Lo más notable en dicha disputa es que se basaba sobre un mal entendido. Corrigiendo los libros sagrados nadie se proponía cambiar ni siquiera una jota en los dogmas y

cánones de la Iglesia ortodoxa, sino rectificar solamente erratas y los pequeños detalles erróneos del ritual, que se introdujeron por falta de preparación de los copistas. En otras palabras, se trataba de volver a la tradición y no abjurar de ella. Más la discusión, mal enganchada desde el principio, continuaba desarrollándose sobre un equívoco.

Para comprender por qué la situación no tenía remedio, tenemos que volver a las consideraciones de "Moscú, Tercera Roma", y a su papel de conservadora del ortodoxismo puro. Los libros litúrgicos no podían ser corregidos sino comparándolos con los textos griegos. ¿Pero quiénes eran los griegos del siglo XVII para los moscovitas? Nada más que traidores de la fe ortodoxa, por haber firmado, en 1439, la Unión de las Iglesias en Florencia. Si bien el acto cayó por sí mismo en nada, pues el pueblo griego nunca lo aceptó, su firma constituída un hecho. La excusa de que los griegos firmaron porque el papa les prometió la ayuda del Occidente contra los turcos, no valía, pues Rusia tenía su propia experiencia con los mahometanos tártaros, bajo cuyo dominio conservó intacta su fe. Quiere decir que los ortodoxos intransigentes consideraban que seguir a los griegos era como seguir a los cismáticos latinos y que había que conservar a toda costa los libros litúrgicos antiguos, que eran la expresión de la fe cristiana más pura.

Esta lucha en el terreno religioso, que llegó hasta producir un cisma, se generalizó, dividiendo el pueblo ruso en dos grupos: arriba la clase dirigente bastante culta en su mayoría para poder distinguir un error de copista del dogma religioso, y abajo la masa del pueblo que no quería saber nada de correcciones ni innovaciones de ninguna clase. Fué con el pueblo así dividido que Pedro el Grande tuvo que empezar la obra de europeización de la Rusia moscovita. ¿Cuál era el aspecto del país en aquella época? Los extranjeros que visitaban a Rusia en los siglos XVI y XVII se impresionaban por la extensión del país y la abundancia de los bosques. Moscovia les parecía enteramente recubierta de una selva dentro de la cual la agricultura aprovechaba los claros, conquistados a la vegetación con mucho trabajo. Y todos señalaban la pobreza del país. La explicación está en primer término en el yugo tártaro, que socavó la economía rusa durante largo tiempo. Unos 140 años el pueblo ruso trabajó únicamente para enriquecer a los kanos tártaros y unos cien años más para protegerse de sus atra-

cos, sufriendo al mismo tiempo sangrías formidables. Por otra parte la aislación del país no podía favorecer su economía. La agricultura muy primitiva, producía centeno, trigo, cueros y grasa. Lo que abundaba era la caza, que daba una gran variedad de pieles de abrigo; también la apicultura o mejor dicho la explotación de las abejas salvajes, que producía miel y cera, y la pesca. Pero de poco provecho resultaban aquellas riquezas naturales sin industria ni comercio organizados. Unas pocas minas producían las materias primas más indispensables para la vida: sal, salitre, azufre, hierro y mica, que substituía el vidrio. Se extraía también una discreta cantidad de cobre, plata y oro. La industria forestal aseguraba la vivienda y los utensilios de menaje. La loza casi no existía; los platos, tazas y enseres de cocina que no se ponían al fuego, se fabricaban de madera.

Con diferencia notable a la época kieviana, cuando los ríos rusos servían de rutas de tránsito internacional, el comercio con el exterior se congregó ahora enteramente en dos ciudades: Arkángel en el norte, para el intercambio con el Occidente; y Astracán en el sureste, para el comercio con el Oriente. El carácter de operaciones con Europa y Asia era muy distinto. Europa compraba únicamente materias primas: miel, cera, alquitrán, grasa, pieles, lino, cáñamo, madera. Se exportaba también un poco de trigo, y ya en aquella época, caviar. Y de Europa llegaban armas, objetos de hierro, paños, telas de lino, azúcar, moneda de plata y oro, especias, vinos, etc. En cambio el Oriente compraba a los rusos mercaderías de preferencia manufacturadas: vestidos de lana y lino, cuchillos, hachas, flechas, espejos y armas. Y de los mercados orientales llegaban tejidos de seda y algodón, alfombras, brocado, piedras preciosas, especias, seda cruda, colores, etc. En este cuadro pobre de la economía rusa, hay que buscar una de las razones que obligó a los moscovitas cultos a comprender el interés que tenían en estrechar relaciones con el Occidente.

En cuanto a la cultura, para juzgarla tenemos varias fuentes interesantes: los Códigos, los archivos, las notas de Kotoshijin, que describen las costumbres de la corte moscovita y de las altas esferas gubernamentales en los tiempos del zar Alejo Mijáilovich, la Duma boyarda y los prikazes (ministerios); las memorias de Krizhanich, las de Herbestein, embajador del Emperador germano que visitó Moscú en 1517 y 1525; de Fletcher, embajador de

Inglaterra a fines del siglo XVI; de Adán Oleaorius, originario del ducado de Holstein, que visitó a Rusia en 1634 y 1636; de Heyerberg, embajador de Alemania en 1661 - 63; y de Samuel Collins, médico inglés del Zar Alejo (1659 - 67). Entre las memorias nombradas merecen una atención especial las de Krizhanich y Fletcher, pues no se contentan con enumerar los defectos y las virtudes del pueblo ruso, sino que hacen pronósticos sobre el futuro histórico del país y eso en una época en que los extranjeros se limitaban a señalar los rasgos oscuros del temperamento popular: presunción y orgullo en las relaciones con extranjeros, astucia, grosería y falta de educación, arrogancia con los inferiores, el servilismo hacia los superiores, la borrachera, etc. Sin embargo, todos rinden justicia a un raro sentimiento de fidelidad hacia el Zar, a la alta religiosidad; reconocen en los rusos una inteligencia innata, alaban su hospitalidad, paciencia y extraordinaria facultad de aguante. Fletcher está tan impresionado por este último rasgo del pueblo, que dice textualmente: "La ignorancia encadena a este pueblo, pero cuán poderoso y temible será al conseguir la instrucción y tomar conciencia de su propia fuerza". Comentando las notas de Fletcher el gran historiador ruso Soloviov, escribe a su vez: "Realmente hay que reconocer la fuerza moral de un pueblo el cual, en condiciones históricas más desfavorables, en la vecindad y continuas luchas y relaciones con los bárbaros asiáticos, dispersado sobre espacios enormes, en un país rudo, lejos del mar y de los pueblos europeos que aprovecharon las condiciones de existencia más favorables para establecer normas de vida pública, ha podido conservar su imagen europea y cristiana; fué el único de los pueblos eslavos que supo formar un Estado poderoso; y en la lucha ininterrumpida con las circunstancias desfavorables, en medio de su difícil y pobre vida, no perdió su inclinación hacia los ideales mejores. Después de haber terminado su lucha triunfal con el Oriente, y apenas se apagaron las revueltas del siglo XVII, el Estado moscovita empieza a acercarse cada vez más al Occidente, tomándole prestado los frutos de su civilización, si bien de modo fragmentario, con mucha vacilación, como sucede habitualmente al principio de cada gran empresa; y mientras tanto, junto con el crecimiento del anhelo interno de mayor acercamiento con el Occidente, desaparecen los obstáculos exteriores que lo impedían, pues se debilita el Estado polaco, a raíz de los acontecimientos que marca-

ron el reinado de Alejo Mijáilovich; Suecia separa todavía a Rusia de Europa, conservando en su poder la "Tierra Prometida", las riberas bálticas. Quebrar este último obstáculo y satisfacer la tan obvia necesidad del Estado moscovita de acercamiento con la Europa Occidental, fué dado al hijo menor del Zar Alejo Mijáilovich...".

¿Pero con qué espíritu tenía que realizar su cometido Pedro el Grande? Eso lo definió el teórico más eminente y más representativo de la occidentalización de Rusia. Me refiero al croata Krizhánich quien, ante la triste situación de su propio país, que se debatía entre los turcos y los austriacos, vino a Moscú en 1659, con la prédica de la Unión de todos los eslavos bajo la égida rusa. Pero al llegar a la capital rusa se dió cuenta hasta qué punto Rusia era ignorante y desorganizada y qué reformas cabales tenía que realizar para poder cumplir su misión histórica. El modo de considerar el proceso de occidentalización pregonado por Krizhánich diferenciaba del del Pedro el Grande en un solo detalle: Krizhánich no encontraba interesante tomar en el Occidente las formas exteriores de la civilización europea, pues según él la conservación de la cultura peculiar rusa estaba ligada al modo de ser exterior del pueblo. En cambio, recomendaba tomar prestado todo lo que podía levantar la cultura utilitaria (o sea la civilización material, hubiéramos dicho nosotros actualmente) y que podía contribuir a la prosperidad del país. El teórico Krizhánich y el hombre de acción que fué Pedro el Grande, manifestaron una sorprendente comunidad de ideas: los dos atribuían una importancia capital al desarrollo industrial, como medio de mejorar la economía del país.

En cuanto a la idea de la federación de los eslavos bajo la égida de Rusia, lo más notable es que ésta fué expresada por primera vez por un autor que no era ruso y que vino a Moscú de los Balcanes. Hay que suponer que su prédica pareció algo rara al gobierno moscovita, pues éste lo desterró a Siberia bajo la acusación de poca ortodoxia. Esta circunstancia da aún mayor mérito a sus actividades, pues comprueba que la idea de la unión eslava se anidaba aún en medios extraños al ortodoxismo moscovita. Subrayo el hecho porque en el Occidente se afirmó la leyenda de que la idea de la unión eslava es una invención del imperialismo ruso. Mas para poder realizarla había que llevar a cabo una labor hercúlea: había que fomentar la instrucción del pueblo ruso, hasta llevarlo a un nivel de cultura que le hubiera permitido ocupar naturalmente

el puesto de la nación - líder entre los pueblos eslavos. El primer paso en esta dirección, lo tomó Pedro el Grande; el segundo, el más decisivo, dos siglos más tarde, la revolución, con suprimir el analfabetismo y abrir al pueblo las puertas de escuelas y universidades.

III. ESFUERZOS DE COMUNION

Por tradición histórica, el mayor esfuerzo de comunión con el Occidente se atribuye generalmente a Pedro el Grande. Tal afirmación supone ipso facto la existencia de un programa y de un método de ejecución. Muchos historiadores califican aún a Pedro de reformador y llaman a su reinado "época de las reformas". Pero en honor a la verdad hay que decir que Pedro nunca se propuso como fin en sí mismo reformar a Rusia ni mucho menos entrar en comunión con el mundo Occidental. No hacía más que solucionar los problemas que se le presentaban; pero como era un genio, los resolvía con una perspectiva histórica tan amplia y acertada, que sus éxitos y errores dejaron una huella imborrable en la historia de los dos siglos —XVIII y XIX— del llamado período petersburgués. Aun la revolución tuvo que tomar en varios asuntos las soluciones indicadas por Pedro el Grande. Daré un solo ejemplo: en la remota antigüedad las cuencas de los grandes ríos de la Rusia europea estaban unidas por caminos llamados de arrastre, contruídos de madera a manera de los deslizadores de astilleros y que permitían el paso de barcos de un sistema fluvial a otro sin descargar. Dichos caminos cayeron en desuso cuando Rusia dejó de ser intermediaria entre el Occidente y el Oriente, y sus ríos dejaron a su vez de ser vías de tránsito para el comercio internacional. Fué Pedro el Grande quien concibió el proyecto de restablecer las comunicaciones fluviales de antaño, ya en el interés puramente nacional, substituyendo los antiguos caminos de arrastre por canales. Su plan era tan grandioso que le faltaron a él y a sus sucesores medios técnicos para realizarlo enteramente. Sólo la revolución, aprovechando la poderosa técnica moderna, ha podido dar remate al sistema de comunicaciones proyectado por Pedro, y que aseguran actualmente la unión de los cinco mares que rodean la Rusia europea. Para dar una idea de la escala en que los proyectos de Pedro el Grande fueron realizados,

basta decir que las unidades ligeras y aun cruceros de la marina de guerra pasan ahora libremente del Mar Negro al Báltico y al Mar Blanco y viceversa, a través de la Rusia europea.

Ahora bien, volviendo a las intenciones de Pedro el Grande, en lo referente al Occidente, no cabe duda que Pedro buscaba en Europa sólo los frutos de la civilización material. En ese sentido no era él un innovador. Haciendo abstracción de los tímidos pasos tomados con el mismo fin por Iván III y sus sucesores inmediatos, ya el abuelo de Pedro el Grande dió principio a una serie de innovaciones importantes, y que se atribuyen generalmente a Pedro. Me refiero al ejército regular, a la construcción del primer buque de guerra y a la fundación de establecimientos metalúrgicos y manufacturas de armas. Lo que distingue a Pedro de sus predecesores es la escala de los préstamos que hizo al Occidente, así como la clara visión de la importancia que tenía la instrucción técnica para la conservación y el desarrollo de las industrias nuevamente creadas. Es notable que en ninguno de sus decretos, que salían diariamente de su pluma, hable de los problemas industriales en general; no revela ningún plan de industrialización. Trata a cada objeto aparte, pero da a sus empresas un empuje y una ubicación geográfica que les aseguran un éxito permanente. Parece increíble que ligara su nombre aun a las industrias que en la opinión moderna nacieron ayer, como la extracción de nafta, por ejemplo.

Catalina la Grande, que reinó de 1762 a 1796, cada vez que tenía que tomar una decisión importante en algún asunto para ella nuevo, ordenaba una investigación para saber lo qué pensó o hizo en el dominio correspondiente Pedro el Grande; y decía ella misma que siempre encontraba la solución adecuada. No sé si sus sucesores seguían su ejemplo; pero lo cierto es que hubieran podido hacerlo con provecho.

Que Pedro no pensaba en la comunión espiritual con el Occidente resulta claro de su afirmación de que Rusia necesitaba de Europa por un período de cuarenta años, es decir de dos generaciones, pasado el cual podía volverle la espalda. Es un punto sumamente importante y que debe ser subrayado, pues demuestra, contrariamente a lo que se piensa en general, que Pedro no tenía absolutamente ningún interés en el Occidente, ni territorial ni espiritual. El testamento político que se le atribuye es un panfleto inventado por Napoleón, en la época en que preparaba su campaña de 1812

contra Rusia, y que no añade nada valioso a la gloria del gran capitán. Por otra parte, siendo Pedro carne de la carne y hueso de los huesos de su pueblo, tenía que pensar como éste. No sabía cómo poblar y hacer fructificar su propio territorio, al paso que tenía conciencia cabal de que su pueblo evolucionaba espiritualmente en un plano muy distinto del occidental.

En más de dos siglos que pasaron desde la muerte de Pedro, los historiadores no han podido ponerse de acuerdo sobre el verdadero significado de la gigantesca obra cumplida por él. La divergencia proviene de que parten de distintos puntos de vista en la apreciación de la labor del zar. Mientras unos la critican con relación al pasado, es decir a la Rusia moscovita, otros la examinan con relación a las repercusiones que tuvo en los siglos posteriores, y los terceros, desde el punto de vista puramente moral.

A esas consideraciones, el historiador Platónov añade otra explicación. Dice que no hay mente humana que pueda abarcar la obra de Pedro en su conjunto. Con eso confirma que realmente no hay posibilidad de encerrar sus actividades dentro de un plan general, pues si tal posibilidad existiera, la crítica sería factible.

La manera de proceder de Pedro es una propiedad típica del temperamento ruso, que gusta abordar cualquier problema sin impresionarse por su tamaño y aun por la falta de preparación propia. Este modo de proceder, que extraña al espíritu occidental, desliga, sin embargo, el espíritu de los lazos que le imponen habitualmente las disciplinas y a veces los prejuicios tradicionales, dándole libertad para adoptar soluciones originales, de transcendencia tal que su efecto perdura, como en el caso que examinamos, a través de dos siglos y medio de la vida nacional.

Hay otro rasgo típicamente ruso en las actividades de Pedro: es su desinterés personal absoluto. No hay gran hombre en la historia Universal que se le parezca en este sentido. En ningún momento toma poses ni pronuncia palabras históricas; no quiere nada para sí, no digo en el sentido material, lo que sería absurdo en su posición de un zar autocrático, sino como anhelo natural de apreciación o de simple consideración de parte de sus contemporáneos o de las generaciones posteriores. Ama a su patria con toda abnegación y hace lo que considera bueno para ella. Y esta particularidad nos ofrece otra razón de la perduración de su obra. Las medidas que tomaba se referían siempre a Rusia, y nunca a los intere-

ses particulares de clases, o de esferas de competencia; quiere decir que se sobreponían como tiempo y alcance al momento contemporáneo. Sería difícil decir hasta dónde hubiera llegado Pedro en sus realizaciones, si hubiera encontrado un número suficiente de colaboradores medianamente preparados y, bajo el mando de éstos, una discreta cantidad de hombres iniciados en el arte de leer y escribir. Pero en la Rusia Moscovita no existían los elementos que le hubieran podido servir de ayuda efectiva. Bastan los diez dedos para contar a los personajes de las altas esferas que Pedro encontró preparados para ayudarlo; y a ellos hay que añadir a una docena de extranjeros, como el suizo Lefort, el escocés Gordon y otros. Los restantes colaboradores de Pedro eran sus alumnos o moscovitas mandados por él al extranjero para que aprendieran los oficios que tenían que desempeñar luego en su patria. A esta dificultad tremenda debe añadirse la oposición feroz, irreductible a cualquier innovación, que Pedro encontró en las masas del pueblo, y que llegaron hasta el extremo de considerarlo como Anticristo. Si bien lo calificaban así sólo los "viejos creyentes", la insinuación corría a través de la Rusia entera y tenía una vasta repercusión en el pueblo, espiritualmente asustado por la destrucción del antiguo modo de ser moscovita. Todo lo que hacía Pedro para sacarlo del recinto de la Iglesia, que acaparaba la vida nacional, le parecía una campaña contra la fe y el ideal secular de salvación del alma, por el cual el moscovita vivía.

Por falta de ambiente propicio, Pedro tuvo que limitar a la nobleza su preocupación por la instrucción pública, y la obligó a aprender el alfabeto y las cuatro reglas de aritmética. Para las poblaciones urbanas fueron abiertas escuelas en cada ciudad. Pero, para que los maestros primarios no quedaran ociosos, hubo que buscar a los alumnos con ayuda de la fuerza militar y entregarlos a sus profesores atados, como si fuesen reos.

Este cuadro me dispensa de explicar por qué las innovaciones introducidas por Pedro separaron al pueblo ruso en dos partes desiguales: arriba la clase gobernante, que aceptó la europeización impuesta por el zar, y abajo la masa del pueblo, que quedó tal cual lo hemos conocido en el período moscovita. De este modo la época de Pedro marca una bifurcación desde la cual el pueblo y la clase gobernante y junto con ésta el futuro campo intelectual, tomaron decididamente dos caminos distintos. El pueblo quedó

ensimismado dentro de la disciplina peculiar moscovita, mientras que la capa culta siguió el camino de la comunión con el Occidente; al principio, puramente formal, limitándose a imitar a los europeos en sus trajes, en el modo exterior de conducirse, en habitaciones y usos.

Pero con el tiempo, este acercamiento tomó formas mucho más íntimas, hasta provocar, en un momento dado, el estallido del cisma intelectual. Del mismo modo en que, bajo el zar Alejo, en la época de la corrección de los libros litúrgicos, los rusos se dividieron en adictos a la introducción de innovaciones y el contacto con Europa, y en enemigos declarados de cualquier innovación, los intelectuales rusos se separaron, a mediados del siglo XIX, en eslavófilos y occidentalistas; es decir en fieles secuaces de la cultura peculiar rusa y en los admiradores de la civilización Occidental Universal. Para llegar hasta allá se necesitó un cambio profundo en la manera de considerar su propia situación frente al Occidente. Esta evolución la realizaron los sucesores de Pedro el Grande, que se creyeron europeos y empezaron a considerar a Rusia como una potencia europea. Sin embargo, basta mirar el mapa del Imperio ruso para darse cuenta que esta premisa es falsa, ya desde el mero punto de vista geográfico. Tomando de modo aun muy imperfecto los Montes Urales por el eje geográfico de Rusia, no hay posibilidad de negar que estamos en presencia de un país euroasiático. Y si eso es cierto desde el punto de vista geográfico, lo es necesariamente, e inevitablemente, desde el punto de vista político y moral. El contacto y las relaciones seculares íntimas con los pueblos asiáticos, así como una fuerte dotación de sangre mongólica en los llamados "grandes rusos", que forman el núcleo principal y dirigente de la federación rusa, imprimen a la mentalidad popular un sello inconfundible, que la distingue de los pueblos europeos. E independientemente de ello no debemos olvidar que, en el dominio de la civilización material, el atraso ruso debe considerarse de seis a siete siglos en comparación a la Europa occidental. Rusia se fundó un medio siglo después de la muerte de Carlo Magno; cuando la época de los merovingios estaba ya en el lejano pasado; en 1215, cuando Inglaterra recibió su Carta Magna, Rusia esperaba todavía la invasión mongólica. El primer conocimiento de las libertades políticas, Carta Magna de Rusia, data del año 1905, cuando fué inaugurada la Duma del Imperio.

La mera comparación de estas fechas comprueba que Rusia no ha podido estar al par de la Europa Occidental en el siglo XVIII; y no lo está todavía, en el sentido de la práctica de autogobernación. Todo eso es cierto, sin el menor perjuicio para el alto nivel de su cultura espiritual, la cual, según hemos establecido en las lecciones anteriores no tiene nada que ver con los regímenes políticos y demás alcances de la civilización material. Mas no sólo los rusos del siglo XVIII creyeron que eran europeos —y Catalina la Grande lo defendió aún con la pluma— sino que la extensión y la fuerza latente del pueblo ruso impresionaban a tal punto a los políticos europeos que éstos, desde Pedro el Grande, no dejaban mezclar a la corte rusa en sus asuntos internacionales. Los sucesores inmediatos de Pedro se prestaron gustosos a participar en las intrigas políticas europeas, pues siendo personajes mediocres por su preparación, se sentían relevados en su propia opinión con las ofertas que se les hacían.

Pero la política interesaba sólo a muy restringido círculo de las altas esferas, mientras que el contacto con Europa de la sociedad rusa, propiamente dicha, permanecía más que superficial durante todo el siglo XVIII. Se expresaba principalmente en una imitación servil de las modas francesas. Era la época en que Versalles, más bien que París, dictaba sus leyes a la Europa entera, tanto en el dominio de la elegancia y de la vida de la alta sociedad, como de teatro y literatura. Mientras en Rusia reinaba la Emperatriz Ana Ivánovna (1730 - 40), la "invasión" de su corte por los alemanes bálticos, y la presencia de sabios alemanes, invitados —a falta de sabios propios— a integrar la Academia de Ciencias recién abierta en San Petersburgo (1725), aseguraban el predominio de la influencia alemana en la política y la sociedad petersburguesa. Pero con el advenimiento al trono de la hija de Pedro el Grande, la Emperatriz Isabel (1741 - 1762), volvió a reinar en la corte el espíritu ruso, y, por reacción a la intolerable arrogancia alemana, se hizo patente la influencia francesa. Así nació el culto de galomanía, vacío de cualquier sentido espiritual y que perduró casi un siglo.

En mi curso de literatura rusa, hice un análisis detallado de la tendencia de imitación de las muestras clásicas francesas, que frenó durante un largo tiempo el desarrollo de la literatura nacional. Lo peor en la influencia francesa del siglo XVIII era su fe en la infalibilidad de su propio juicio. París, en ese sentido, era como Roma;

no admitía discusiones, y como la Europa entera se sometía a su juicio sin protestar, nada de extraño que los rusos cultos estuvieran completamente subyugados por las despóticas disciplinas francesas. La influencia de éstas, llegó a su cúspide bajo Catalina la Grande, pero, como es natural, provocó también una reacción y empezó a marcar el descenso en la misma época. Habiendo usurpado el trono a su propio hijo y siendo una princesa alemana, Catalina, para afirmar su trono, que tambaleaba mucho al principio de su reinado —a causa de la costumbre que tomó la Guardia de Pedro de cambiar a los emperadores a su antojo— se esforzaba en desempeñar el papel de una auténtica zarina rusa. Por lo tanto, tuvo que manifestar cierto interés hacia el pueblo ruso, su idioma y folklore. Coqueteaba con los enciclopedistas franceses, mantenía una correspondencia seguida con Voltaire y Diderot, pero al mismo tiempo se interesaba por las ediciones periodísticas rusas y hasta colaboraba en revistas satíricas. Por casualidad o por cálculo, sus favoritos, salvo un rey polaco, eran todos rusos; y en su mayoría muy íntegros como espíritu peculiar, sin ninguna tendencia occidentalista. Son detalles de importancia, pues explican la tendencia nacional —que no debe confundirse con la nacionalista— de las corrientes intelectuales en los últimos años del siglo de Catalina.

Desgraciadamente, el principio de la liberación del pensamiento artístico ruso, no coincidió con el principio de emancipación del pueblo. Por una de aquellas paradojas, tan numerosas en la historia rusa, este período al contrario, dió lugar a un gran empeoramiento en la situación de los siervos de la gleba. La razón es obvia. Llevada al trono por la Guardia, es decir, por la nobleza, Catalina, tuvo que cuidar los intereses de la clase que la sostenía. Y fué así, como en virtud de un manifiesto, que llevaba el título extraño de "Carta de gracia a la Nobleza" (1785), y que confirmaba sus privilegios anteriores, Catalina entregó la administración rural a la clase noble. Al mismo tiempo los campesinos perdieron el último derecho que tenían: el de lamentarse de sus amos y pedir justicia. En resumen, el reinado de Catalina puede considerarse como el principio de la llamada era de "absolutismo ilustrado". Consistía en el fomento de la instrucción, pero para la clase noble. Esa tendencia del gobierno zarista de excluir de la instrucción pública al pueblo —idea muy alemana—, se conservó hasta la revolución, si bien con el tiempo tuvo que disfrazarse, pues la vida ampliaba

cada vez más el círculo social que tenía el privilegio de poder educar a sus hijos en los establecimientos de enseñanza secundaria y en las universidades. No obstante, un ministro de instrucción pública, ya en la segunda mitad del siglo XIX, afirmaba textualmente, que "los liceos no deben servir para la educación de los hijos de cocineras".

Acabo de decir: "idea muy alemana". Hay que aclarar el significado de estas palabras. La teoría nacional socialista de privilegio educacional para el pueblo de los "señores" y del analfabetismo para los pueblos destinados a servirles de siervos, tiene su fundamento en la separación de la humanidad en pueblos históricos y no históricos, establecida por la filosofía alemana en la primera mitad del siglo XIX. Hitler no hizo más que llevarla hasta el absurdo. Ahora bien, en Rusia desde la muerte de la emperatriz Isabel, en 1762, no hubo más zares de sangre y de espíritu ruso. La gobernaban los descendientes del duque Carlos Federico de Holstein, casados todos con princesas alemanas. Esos soberanos, que tenían por madres y esposas mujeres alemanas, profesaban naturalmente la más grande admiración y simpatía política hacia Alemania. La única excepción la presentaba Alejandro III, casado con una princesa dinamarquesa y quien, aunque un poco a su manera, era muy ruso.

El absolutismo ilustrado hizo que, a medida que se desarrollaba la instrucción pública, se ahondara la separación entre las clases cultas y el pueblo. La instrucción se concentraba en las capitales y algunas grandes ciudades, pero apenas progresaba en el resto del país. Temiendo la propaganda subversiva, el gobierno hacía esfuerzos positivos para impedir la salida de millones de los siervos de la gleba de su estado de analfabetismo. Los continuos levantamientos de los campesinos, que en el siglo XIX se cuentan por centenares, no tenían otro efecto que extremar las medidas de precaución policial.

La era de reacción notoria, abierta, oficial, terminó sólo con la muerte de Nicolás I en 1855. Pretenden que se suicidó, por haberse persuadido que Rusia no podía seguir por el camino en que su mano férrea mantuvo el país durante treinta años. Dejó el trono a su hijo Alejandro II encargándolo de liberar a los siervos de la gleba y cambiar el rumbo de la política interior. Así empezó la era de las reformas liberales del zar Libertador, apodado dado a Ale-

jandro II por el pueblo ruso. Indirectamente fué éste el período de mayor esfuerzo de comunión con el Occidente, pues no se trataba ya de tomarle prestados los frutos de la civilización utilitaria, sino de realizar reformas que acercaban los aspectos cívicos de la vida rusa a las normas occidentales. Fueron abolidas las restricciones impuestas a las llamadas clases bajas, en lo referente al derecho de instruirse. Los antiguos tribunales de la corona fueron substituídos por los del jurado popular; todos los ciudadanos rusos sin distinción de clases fueron proclamados iguales ante la ley; se introdujo el servicio militar obligatorio para todos, con ciertos privilegios que no dependían ya del abolengo, sino del grado de instrucción. Dentro de las reformas del mismo género, una base para la mejor comprensión mutua con el Occidente tenía que proporcionar la introducción del llamado programa clásico en los liceos rusos. Por primera vez los idiomas muertos, el latín y el griego, fueron colocados en la base de la instrucción secundaria y, como consecuencia lógica, de la universitaria. Dichos idiomas trajeron, junto consigo, a los clásicos griego romanos en su versión original, y esos a su vez una tentativa de implantar el culto de las virtudes cívicas y heroicas del mundo clásico antiguo.

La tentativa fracasó por dos razones. La primera estaba en que el gobierno zarista, al realizar reformas liberales, no pensaba en conceder el régimen representativo; quería sólo abolir las instituciones ridículamente anacrónicas. Y en relación con la instrucción pública, sus reformas no eran más que una ampliación de la vieja política del absolutismo ilustrado. No se trataba de fomentar el culto de las virtudes cívicas clásicas más allá de sus aspectos meramente anecdóticos. La instrucción conservaba una tendencia perfectamente abstractas, fuera del tiempo, de la época y del ambiente patrio. En cuanto al aspecto heroico del clasicismo antiguo, sería ridículo si éste hubiera impresionado a los hijos de un pueblo que tenía ya mil años de historia, que supo liberarse del yugo tártaro, echar del Kremlin a los polacos, vencer a capitanes como Carlos XII y Napoleón; y dar innumerables pruebas de heroísmo colectivo e individual. Venerando a sus propios mártires, que preferían torturas y la muerte a la menor traición a su fe; que se mostraron indómitos e incorruptibles, no podía la juventud rusa impresionarse por la hazaña de un Mucio Escévola que colocó su mano sobre un brasero para comprobar la fiereza de la Roma pagana.

Pero vayamos al fondo del problema educacional. Con la introducción del nuevo programa clásico, el estudiante ruso que aspiraba a una educación superior tenía que cursar un liceo clásico. Los establecimientos de instrucción secundaria que no adoptaron dicho programa se llamaban "realistas", y para sus alumnos estaba cerrada la puerta de las universidades. Sólo quedaban abiertas las de los grandes institutos técnicos de ingenieros civiles, de vías y comunicaciones, etc. De este modo la instrucción pública se dividió en dos ramas: puramente cultural o clásica y utilitaria o realista. Ahora bien, el programa clásico no significaba otra cosa que la comunión con el mundo occidental, cuyas respectivas culturas peculiares, es decir de distintas naciones, tienen por base, todas sin excepción, las disciplinas filosóficas griego romanas, es decir paganas. No es el objeto de mi ensayo criticar esta base de las culturas occidentales. Pero en ella reside la razón principal de la divergencia entre Rusia y el Occidente, en el terreno de la cultura espiritual propiamente dicha. La materialización de la fe, al hacerse Estado la Iglesia Occidental, luego su racionalización por la Reforma, y por fin la vuelta de Alemania a la raíz primaria de la cultura romana, al paganismo, son hechos todavía no estudiados suficientemente por la ciencia histórica objetiva, para que pueda establecerse la relación directa que existe entre ellos. Pero precisamente en la base pagana de la cultura espiritual del Occidente reside la diferencia capital con la cultura rusa, por no haber sufrido ésta la menor influencia del mundo clásico griego-romano. Es por eso por lo que, diciéndose aún atea, Rusia supo conservar el espíritu cristiano mejor que cualquier otra nación. Pues en este plano lo importante no es lo que decimos, sino lo que hacemos. El apego a la doctrina cristiana puede medirse solamente por el sacrificio de intereses individuales y de clases en pro del bienestar general.

Y volviendo a las reformas liberales de Alejandro II, hay que darse cuenta de que el centro de gravedad estaba en la liberación de los siervos de la gleba y la democratización consecuente del Estado. Sobre el derecho de poseer los siervos de la gleba estaba fundada no sólo la economía del país, sino también la organización administrativa del campo y la totalidad de los aspectos político sociales de la vida rusa. Quiere decir que su liberación fue un acto revolucionario, el primero en la cadena de los acontecimientos políticos que terminaron con la revolución de 1917. Fue el principio

de la emancipación rusa. De aquí en adelante ya no hubo medio de sujetar la opinión pública que se hacía cada vez más radical.

En comparación con el orden anterior, las reformas parecían tan trascendentales que los círculos intelectuales rusos, llevados por el entusiasmo, se negaban a creer que las innovaciones no fueran un paso preliminar a la proclamación del régimen constitucional. El camino lo indicaba claramente la creación del zemstvo, organización autónoma de autogobernación en el campo, en que participaban todas las clases sin distinción. Por otra parte, es muy natural que el camino de la libertad, una vez abierto, incita al pueblo a proseguir adelante hasta lograr el todavía desconocido ideal social. A eso hay que añadir que, no sólo el pueblo ruso propiamente dicho, sino aun las clases superiores carecían a tal punto de cualquier preparación política, que les resultó difícil convencerse de que las reformas realizadas no eran más que el cumplimiento de un cierto programa mínimo, realizado por dirigentes convencidos de que no podían ya mantenerse las instituciones arcaicas de sus antepasados. Pero no pensaban así los que pretendían ensanchar cada vez más las libertades conseguidas. Condenaban cualquier orden existente como si formara escollos a la anhelada libertad, al paso que se negaban a reconocer cualquier obligación personal hacia las disciplinas existentes. Apareció toda una literatura "negativa" que fomentó el famoso nihilismo ruso (de la palabra latina "nihil"-nada) o sea la negación de toda autoridad religiosa, política y social. Mas a pesar de que en la literatura occidental el nihilismo se da por una teoría específicamente rusa, en realidad no tenían los intelectuales rusos ninguna fuente peculiar propia, de la cual hubieran podido sacar la teoría nihilista. La negación les vino del Occidente; los rusos no hicieron más que llevarla hasta el absurdo, es decir manifestarse más radicales que el más pronunciado radicalismo occidental. No se puede decir lo mismo del anarquismo ruso, cuyo gran profeta era el famoso príncipe Kropotkin. Si bien su teoría no hacía caso de la doctrina religiosa, no hay duda de que en un mundo de cristianos perfectos no hubiéramos tenido ninguna necesidad de los órganos de autoridad pública, organización que combatía el anarquismo ruso. En este sentido es sumamente típico que Kropotkin tuviera un temperamento extremadamente bondadoso, y al llegar a la edad avanzada, cuando su larga barba se hizo

ya canosa, pareciera mucho más un patriarca bíblico que un anarquista contemporáneo.

Mi afirmación de que la negación la sacaron los intelectuales rusos de las teorías filosóficas occidentales se comprueba por el hecho de que la época del nihilismo ruso coincide con la victoria decisiva, obtenida por los occidentalistas rusos, en el campo intelectual, sobre los eslavófilos. Desde este momento empieza la sumisión de las letras y aun de la ciencia a la influencia de ideas políticas. Para entrar en el círculo intelectual ruso de la segunda mitad del siglo XIX, había que estar en la oposición. Mientras no existió el régimen parlamentario ni partidos políticos, estar en la oposición no significaba tener una determinada orientación política. Con tal de protestar contra el gobierno autocrático, un ruso conseguía su calificativo de hombre decente en el mundo intelectual. Ciertamente, el extremo radicalismo de los nihilistas rusos, así como el extremismo de los grupos terroristas que se formaron durante el reinado de Alejandro II y que finalmente lograron darle muerte a él, pero no destruir el régimen que encabezaba, se explica por la ausencia de los partidos políticos constituidos normalmente, que en discusiones públicas hubieran podido poner freno a los demagogos y a los exaltados. Mas el extremismo se debía mucho también a la democratización de la clase intelectual rusa, que, prácticamente, no conocía límite social alguno. Para darse cuenta de ello hay que saber lo que era la famosa "inteligencia" rusa. Hablar de ello es en cierto modo, hablar pro domo sua, pero para salvar la dificultad no tengo otro medio que ser sincero como siempre. Hay que reconocer que los linderos entre las diferentes clases sociales de la Rusia zarista, antes de ser suprimidos por la revolución, habían sido ya allanados por los intelectuales. La gran fuerza espiritual de los intelectuales rusos residía precisamente en el no hacer caso de divisiones sociales. Esto les permitía engrosar continuamente sus filas aprovechando la savia popular traída por un fuerte movimiento ascendente. A diferencia del pueblo que se interesaba, en el plano terrenal, por ganar su pan cotidiano, y en el plano espiritual, por salvar su alma, un intelectual ruso típico no se interesaba ni por lo uno ni por lo otro. Por el pan no se interesaba porque le preocupaban problemas que nada tienen que ver con las mezquindades de la vida física, y postergaba la salvación de su alma hasta convencerse de que Dios existe. La facilidad con que un intelectual ruso aborda los problemas más

transcendentales es la consecuencia de su universalidad. Vivir en el lindero de Europa y de Asia significa algo, como significa mucho la asombrosa capacidad lingüística rusa. Añadiendo a ello una pasión irresistible por los viajes, tenemos ya los factores principales que proporcionan al intelectual ruso la clave de las idiosincrasias ajenas y la sensación de ser ciudadano del universo. Su desinterés es absoluto, y eso le permite acumular un asombroso caudal de conocimientos. Pero la sed insaciable del ruso por "saber" corresponde a un concepto muy diferente del "estudiar" occidental. El saber ruso es adquirir conocimientos en extensión. En cuanto a las profundidades, un intelectual ruso las fija con sondeos apropiados que acierta por el medio de la intuición. De aquí su repulsión instintiva para el método; sería un empírico cumplido si la experiencia hubiera tenido la virtud de convencerlo, sujetar su fantasía y trazar un límite entre su optimismo y su pesimismo. Esta anarquía espiritual le hubiera impedido aprovechar sus grandes dotes intelectuales, que le valieron el aplauso universal, si no lo hubiera salvado un gusto marcado hacia el orden que puede parecer paradójico. Sin embargo, para dar rienda suelta al vuelo desenfrenado de sus ideas, gustos y fantasías, se necesita un punto de apoyo, una trampolín en el suelo firme. Sobre la existencia de Dios se discute con gusto sólo a la sombra de la Catedral, y sobre el régimen político a la sombra de la fortaleza de San Pedro y San Pablo. La protesta, la burla y el sarcasmo tienen que expresarse contra algo positivo, sólido, firme; y la originalidad tiene que manifestarse en oposición a las formas clásicas tradicionales. Entre paréntesis esta comprobación del sentido común —consecuencia directa de la pitanza proporcionada por la savia popular— preservó a la "inteligencia" rusa de una gran plaga, del snobismo.

La contradicción aparente entre las dos tendencias: la de agarrarse a una base y hacer caso omiso de ella, proviene de que el ruso desconoce los límites exactos de los principios básicos, de situaciones adquiridas, y ello en todos los dominios, en la religión, en la moral, en la ciencia abstracta y aplicada y, con mayor razón, en las artes. Aquella incapacidad de respetar los límites de lo permitido, o al revés, la capacidad de elevarse por sobre los límites concedidos, supone una falta de sentido práctico que no contradice en absoluto la presencia del sentido común. Este último alcanza todo su valor al ser abstracto, al no sujetar su juicio a ninguna conside-

ración de índole interesada; mientras que el sentido práctico tiene su estimulante en la panza llena. En una palabra, el sentido común es Don Quijote, mientras que el sentido práctico es Sancho Panza. Por eso el intelectual ruso típico es magro, inquieto, pálido y pierde todas las batallas de la vida; es un poeta y, como tal, es causa de confusión a su alrededor.

A esta característica de los intelectuales rusos que explica la dificultad que tuvieron para encontrar una plataforma común con el Occidente, hay que añadir otra explicación de las razones por las cuales la revolución les encontró en el aire y también frente a su propio pueblo, cuya tendencia anárquica estaba siempre frenada por el apego a la tierra. Fué precisamente el alejamiento de los intelectuales de su raíz terrenal lo que decidió su suerte, a la hora de la revolución. En su afán de acercarse al Occidente y de hacerse europeos, los intelectuales rusos rompieron los últimos lazos que les unían al pueblo. Quisieron dirigir y encauzar la revolución de acuerdo con los preceptos europeos, entre los cuales el pueblo ruso no encontró nada que le hubiera sido conocido y —lo que es principal— que a su juicio hubiera merecido ser imitado. Y en medio de la tormenta revolucionaria el pueblo echó afuera, como un lastre inútil, junto con sus ex gobernantes, también a sus intelectuales.

Sin embargo, a medida que evolucionaba la Rusia Soviética, abandonando los temas de odio e intolerancia de los años bravos de la revolución, renacía la famosa "inteligencia rusa", pero con espíritu muy distinto de la de antes, porque su orientación cambió por completo. Desaparecieron tendencias "occidentalistas", destruidas por el cordón sanitario que se tendió alrededor de Rusia. Los intelectuales de la nueva formación popular entendieron que su país era una federación euro-asiática, y en vez de fijar sus miradas en el Occidente, se dedicaron a levantar el nivel cultural de los pueblos primitivos, que pueblan las provincias rusas en Asia, y por la civilización de los cuales el pueblo ruso lleva una grave responsabilidad. Así fué corregido otro gran error del régimen anterior.

Y con eso hemos llegado al punto final de este capítulo, en que no hice sino resumir en unos pocos rasgos característicos las razones por las cuales Rusia queda un enigma para los extranjeros, aun después de dos siglos de esfuerzos para entrar en comunión.

IV. REVELACIONES DEL CONFLICTO MUNDIAL

La contienda mundial que estamos viviendo no es más que una de las fases de la lucha palpitante por la libertad, que tomó formas violentas en 1914, cuando los Imperios del Centro provocaron la primera guerra mundial. En aquel entonces era difícil darse cuenta del carácter político - económico - social que finalmente tomaría la guerra, pues ésta se originó entre tres Imperios, ninguno de los cuales parecía interesarse en los problemas de los derechos humanos ni en la búsqueda de una disciplina económica que hubiera permitido al más modesto trabajador conservar su dignidad humana; cosa posible sólo cuando el trabajo no es una concesión, caridad o suerte fortuita, sino un derecho inalienable y asegurado para todos. Cuatro años hemos batallado sin sospechar con qué fin. Eso se hizo obvio solamente cuando, al finalizar la guerra, el soplo revolucionario atravesó el universo entero. Si bien Rusia fué la primera en sublevarse, sería un grave error considerar su revolución como un hecho separado e independiente del estado psicológico del resto del mundo.

El desarrollo de los acontecimientos en Rusia fué más violento y radical que en otros países porque su pueblo tenía, a parte de las razones universales de descontento de las masas, problemas propios que resolver. En el camino hacia la libertad se erguía ante él un doble obstáculo: el régimen autocrático zarista, en el dominio político, y el régimen capitalista en el dominio económico. Había que derribarlos juntos. En este esfuerzo destructor del Viejo Mundo, las masas rusas, por falta absoluta de educación política, de conciencia exacta de sus derechos públicos y de la práctica del régimen representativo, no se sentían frenadas por ninguno de los conceptos que a los pueblos occidentales se imponían como verdades indiscutibles. La independencia de juicio, originada por esta falta de preparación, permitió al pueblo ruso aceptar, sin la menor vacilación, la teoría más extrema, pues ésta le fué servida en forma sumamente sencilla y que correspondía exactamente al sentir popular. ¿Cuál era éste? Antes de contestar la pregunta abramos un paréntesis. Parece mentira, pero yo mismo crecí y pasé mi infancia entre los ex siervos de la gleba de mi abuelo. Esto significa que en el momento en que estalló la revolución rusa, no había anciano en el campo, que

no hubiera podido narrar lo que era el régimen de la servidumbre. Su recuerdo estaba vivo en el pueblo. Sólo 56 años se pasan la fecha de la liberación de los siervos de la gleba de la revolución social. ¡Qué carrera más fulmínea y formidable!

He aquí la razón principal por la cual la revolución rusa se desarrolló con tanto apasionamiento, y en forma tan radical, llegando a formas que contradicen las normas democráticas universalmente aceptadas.

La misma inquietud de las masas por su pan de cada día, que se exteriorizó en forma tan violenta en Rusia, tomó formas perversas de totalitarismo en Alemania, Italia, y finalmente en España. En Francia, donde el frente popular se reveló demasiado débil, y la lucha por la libertad no pudo decidirse, la confusión degeneró en la capitulación y el colaboracionismo. De este modo el bloque de las naciones romano católicas, al igual de su protestante natural, Alemania y de las satélites de ésta, no ha sabido conservar aún sus libertades anteriores, vencidas por la ola reaccionaria del nazifascismo, bajo el ojo "neutral" de su suprema autoridad espiritual. Gran Bretaña supo mantenerse dentro de una lenta evolución hacia cierto progreso social, mientras que los Estados Unidos, asustados por la trascendencia del problema que se debatía, se encerraban en su aislacionismo.

Ahora bien, para apreciar debidamente la evolución de la cultura rusa en medio de la confusión contemporánea, es indispensable hacerse una idea del proceso de evolución de la revolución rusa, antes que el atropello teutón la condujera a la escena de la tragedia mundial, en el papel de uno de los intérpretes principales.

La historia de la revolución rusa puede dividirse grosso modo en tres períodos: 1º, el período heroico de la guerra civil y de la destrucción de la economía capitalista; 2º, el período de reconstrucción de la economía nacional y de la industrialización; y el 3º, el período de la guerra mundial.

Pasemos revista a los aspectos culturales de los tres períodos.

Ya sabemos las razones que motivaron la profunda escisión entre el pueblo ruso y sus clases superiores; entre las cuales éste incluyó a los intelectuales demócratas y aun socializantes y revolucionarios.

La razón de la identificación de éstos con las capas superiores proviene de que los primeros intelectuales, como todos los autores

clásicos rusos, con una o dos excepciones, salieron de las filas de la nobleza. A medida que se democratizaba el Estado ruso, los elementos de procedencia mediana y proletaria, que conquistaban sus títulos de intelectualidad, se agregaban al núcleo anterior. Como no existían límites entre los intelectuales de distinta procedencia social, y por otra parte como todos ellos adoptaban el mismo modo de ser burgués, el pueblo los confundía —nada más que por signos exteriores de trajes y de modo de hablar y de vivir— con la clase de sus ex opresores. A esta razón principal de la poca confianza que merecían los intelectuales rusos de parte del pueblo, se añadió una grave acusación de orden puramente político.

Como es natural, los intelectuales rusos se dividían en varios sectores. Desde que el gobierno zarista concedió a su pueblo el régimen representativo, a consecuencia de la primera revolución del año 1905, provocada por la desastrosa e inútil guerra ruso-japonesa, funcionaban en el país varios partidos políticos legalizados. Entre éstos, el más izquierdista —hablo de los partidos legalizados— era el llamado partido de los "cadetes". Este nombre deriva del programa CA - DE "constitucional democrático", adaptado por aquella agrupación eminentemente intelectual; también se llamaba, familiarmente, el partido de los profesores. Lo encabezaba el profesor Miliukóv, más tarde ministro de Relaciones Exteriores en el Gobierno Provisorio de Kariensky, y un "occidentalista" convencido. Le gustaba llamar a su partido: "Oposición de Su Majestad". Con sólo mencionarlo es obvio que era admirador del régimen parlamentario británico; pero le faltaba el sentido de la realidad; no se daba cuenta de que en Rusia no había Lores ni Comunes preparados para el desempeño de los papeles correspondientes . . . Además de los partidos legalizados existían varios otros, medio ocultos en la sombra, de tendencias socializantes, pero constitucionalistas, así como agrupaciones completamente secretas, y entre éstas grupos de terroristas. Claro que los intelectuales que militaban en las filas de los partidos, sea legalizados, sea revolucionarios, profesaban distintos credos que no coincidían en absoluto con la doctrina del partido que finalmente ganó la revolución. Apenas alcanzada la victoria, todos los partidos que no suscribían la teoría extremista fueron declarados contrarrevolucionarios y enemigos del pueblo. El pueblo lo creyó. En esta forma global los intelectuales fueron barridos de la vida nacional. Pero echándolos afuera, el pueblo tenía la sensación de que,

junto con ellos, se desterraban elementos de la cultura espiritual de las clases superiores. Para no confesar su pesar por haberlos perdido, las masas desacreditaron en bloque, la cultura intelectual anterior, tachándola de burguesa y capitalista, y afirmando su nulidad y para ocupar el puesto que dejaba, proclamaron la alborada de una nueva era de Cultura proletaria. Ningún líder político de responsabilidad se atrevió a definirla; se limitaron a afirmar su aparición y su brillante futuro. Como hongos después de la lluvia, aparecieron en seguida poetas, escritores y artistas que se decían ser los portaestandartes de la recién nacida cultura proletaria. El primero de aquellos poetas Damiano Biedny, seudónimo de Efímio Prodúrnov, acaba de morir en Moscú.

Lo interesante en este proceso es el malentendido sobre el objeto que se discutía: sobre lo que los intelectuales rusos llevaron, en parte a la tumba y en parte en el exilio. En vísperas de la guerra, los refugiados rusos, en París, entre los cuales se contaban numerosos escritores universalmente conocidos, como Bunin, Merezhkovsky, etc., celebraban todos los años "el día de la cultura rusa", convencidos de que ésta dividía su exilio. No se daban cuenta de que la cultura rusa no es una cosa que cualquier emigrante puede poner en su valija y llevar consigo a tierras extrañas. En realidad, según lo veremos luego, la cultura rusa quedó en su tierra natal. Lo que emigró fué la tendencia "occidentalista" de las intelectuales rusos. No hay duda de que muchos de éstos se encontraban en el exilio no porque el camino tomado por la revolución hirió sus sentimientos peculiarmente rusos, sino porque su orientación política obedecía a normas occidentales, incompatibles con las formas tomadas por la revolución en su principio. Desde el punto de vista puramente ruso, lo único que podía chocarlos era la orientación internacional de la política exterior de los dirigentes soviéticos. El ruso, por razones inherentes a su formación nacional, es ciudadano del universo, pero en el plano de pan-humanismo, que nada tiene que ver con la orientación internacionalista, que niega lo que más aprecia el ruso, y que es precisamente su propia nacionalidad, el único medio de afirmar su imagen espiritual. El hombre es como una planta; echa raíces en el suelo en que vive, y más fuerte y original es su cultura espiritual, con mayor fuerza se evidencia el lazo indestructible que su idioma, arte y actividades conservan con el lugar en que nació. Por lo tanto, lo único que podía chocar el rusismo de los intelectuales

tuales rusos, en los primeros años de la revolución, eran los sonidos de la internacional que fué adoptada como himno patrio.

Pero si los emigrantes rusos llevaron consigo algo que no era ruso sino occidental, los nuevos dueños lo substituyeron con algo que tampoco convenía a los rusos, y que fué también tomado prestado en el Occidente. Me refiero a la doctrina comunista, en la parte que ésta contradecía el espíritu peculiar ruso. En primer término, el pueblo ruso es, orgánicamente, contrario a la idea de una doctrina política. Claro que un gran pueblo no puede vivir sin una política definida, pero hay distintos modos de considerarla. Para el mundo Occidental la política es un negocio, y sus móviles parten de la razón, mientras que, para un ruso, la política es un asunto de sentimiento, que parte del corazón. Supongo que será una consecuencia de la inclinación romántica, que se refleja con tanta fuerza en el folklore nacional. Mas para comprender esta tendencia de tratar la política como un asunto del corazón, hay que volver al principio de este ciclo de conferencias, a la definición de la diferencia que existe entre la civilización material y la cultura espiritual. Siendo para un occidental la política un negocio, ésta entra necesariamente en el dominio de la civilización material; mientras que, siendo para un ruso un asunto de sentimiento, está dominada por las directivas de su cultura espiritual. Pero, ¿qué diferencia hay entre la política dictada por la razón y la impuesta por el corazón? La misma que entre todas las acciones humanas que emanen de estas dos fuentes distintas. Mientras que las cosas andan bien, y como nosotros deseamos, no notamos ninguna diferencia entre los dos modos de obrar; pero ésta se hace obvia apenas hacemos un error o nos damos cuenta de que seguimos un camino equivocado. Nada nos cuesta confesar y reparar un error cometido por la razón, pues es un asunto de cálculo; y luego cambiamos de rumbo, eligiendo el que más conviene a nuestros intereses. Pero qué tragedia si el error cometido proviene del corazón. Con qué dificultad lo confesamos, y muchas veces nos encontramos en la imposibilidad de repararlo, pues los rumbos dictados por el corazón no se cambian como los guantes, y el error, al ser comprobado, se vuelve una catástrofe. Lo que en este sentido es cierto en la vida de un hombre particular, es cierto también en la vida de una nación. Al igual que un hombre —que un error de corazón puede echar a perder—

un error de sentimiento cometido por una nación la pone también al borde de la perdición.

Establecida así la diferencia entre la política de la razón y la del corazón, es del todo evidente que un pueblo que la entiende sólo en esta última forma, no puede aceptar ninguna doctrina política, sin modelarla de acuerdo con su propia mentalidad, o sea, sin separar y echar por la borda como un lastre inútil todo lo que no rima con los impulsos de su corazón. Y fué así como el pueblo ruso no dejó subsistir de la doctrina que le fué ofrecida nada de lo que chocaba sus sentimientos.

Pero antes de entrar en la crítica de este proceso tenemos que revisar brevemente el camino seguido en el terreno cultural durante el segundo período de la revolución, que va desde el año 1928, llamado año de la "gran vuelta", hasta la invasión germana. Es el período más interesante de la historia de la revolución rusa.

En los diez primeros años, la mayor parte de lo que había que destruir podía considerarse ya como destruido; y lo que no ha podido ser destruido, podía considerarse ya como indestructible; por ejemplo, la fe religiosa del pueblo. La Iglesia Ortodoxa fué legalizada un año antes. Ahora se trataba de reconstruir sobre los escombros del mundo derribado otro mundo mejor, sirviéndose —por la inevitable lógica histórica— de los mismos escombros. Fué anunciado el primer plan quinquenal. La tarea por cumplir parecía fantástica; fuera de cualquier medida normal humana. No vamos a entrar en el detalle de la industrialización del país y de cómo el pueblo ruso aprovechó la primera consecuencia directa de la nacionalización de las tierras, del subsuelo y de los instrumentos de producción. Quedémonos en el plano cultural. Para realizar la suma de trabajo proyectado se necesitó una formidable movilización de las fuerzas técnicas, en su gran parte dispersadas por la tempestad revolucionaria. El camino de cómo y dónde hallarlas estaba ya indicado por Pedro el Grande. Millares de ingenieros y especialistas norteamericanos y alemanes fueron alistados al servicio del gobierno ruso, al paso que los técnicos rusos fueron mandados al extranjero, sobre todo a Estados Unidos, para aprender los secretos de la fabricación en cadena y los principios de la "taylorización" del trabajo fabril. Al mismo tiempo, esfuerzos realmente heroicos fueron hechos para abolir el analfabetismo —sin límites de edad— multiplicar las escuelas y universidades y preparar

cuadros de maestros y profesores para los establecimientos de enseñanza, proyectados en una cantidad también fantástica. Por segunda vez desde Pedro el Grande, Rusia se dirigió al Occidente para tomarle prestado los frutos de su civilización material, y esta vez en una escala inmensamente más grande, pero con la misma intención de no tomar nada de las respectivas culturas espirituales. Bajo Pedro el Grande no quisieron tomar nada de éstas, pues tenían la conciencia de evolucionar en otro plano; y bajo la revolución se mostraron reservados, pues el nuevo plano en que evolucionaban también era muy distinto de la rutina occidental. Lo paradójico fué que esos materialistas doctrinarios, por ser rusos, no podían deshacerse de su esencia espiritual, y se encontraron por lo tanto aun más distantes del Occidente de lo que eran los moscovitas de Pedro el Grande.

A medida que avanzaba la labor puramente técnica y la vida misma corregía los errores de la doctrina extremista, que no eran errores de corazón, sino el producto de frías especulaciones racionalistas, cambiaba el aspecto cultural de la Rusia Soviética. Poco a poco callaron los últimos propagadores de la cultura proletaria, y aparecieron los primeros signos de la vuelta general a la cultura rusa sencillamente. El espacio me falta para entrar en los detalles de este proceso que, una vez iniciado, no podía ya detenerse. Lo notable es que los dirigentes revolucionarios no le opusieron el menor obstáculo, al contrario, lo facilitaron. En ello está el secreto de los grandes éxitos de los dirigentes soviéticos actuales. Pretendiendo ser comisarios del pueblo, ellos no le engañaron. He aquí la diferencia básica, fundamental que separa la dictadura del partido extremista ruso de las dictaduras occidentales con las cuales la gente mal informada quiere encontrar el parecido que no existe.

En el proceso referido lo más notable es que mientras el teatro y la literatura marcaron una tendencia firme hacia la vuelta a los tesoros clásicos rusos, el pueblo recién sacado de su estado de ignorancia total y del analfabetismo, se mostró sumamente comprensivo hacia las formas del arte clásico, aun tan refinado como el ballet, y muy reacio hacia las formas poco comprensibles del futurismo, y otras tendencias artísticas del decadentismo refinado.

La vuelta de los dioses de antaño a sus altares, derrumbados en un momento de enojo mal razonado, tuvo su apogeo con la cele-

bración del centenario de la muerte del más grande de los poetas rusos, Púshkin. Rusia entera vibraba en el año de gracia de 1937, celebrando aquel aniversario, y no sólo el pueblo ruso propiamente dicho, sino que todos los pueblos que componen la Unión Soviética. Es interesante recordar que en una visión profética, seis meses antes de su muerte Púshkin expresó que su nombre sería exaltado por toda lengua existente en el país., aún por el tunguso, en aquel entonces salvaje. Cien años más tarde, y en los días de la celebración del aniversario de su muerte, los tungusos podían ya leer al poeta, y no sólo en ruso, sino también en su idioma natal. La revolución les dotó de un alfabeto propio y vertió a su idioma a los grandes clásicos rusos. Y aquí tocamos el secreto del éxito universalmente reconocido de la revolución en lo referente a la solución del problema de las minorías. Moscú asoció a todos los pueblos que forman la Unión, a la cultura rusa, con proteger y fomentar el desarrollo de sus culturas peculiares. Fué una política sumamente inteligente y del todo contraria a la seguida por el gobierno zarista. Este veía la unificación de los pueblos del Imperio ruso con su núcleo de los "gran rusos" en la rusificación forzada, cuyo primer cometido consistía siempre en impedir el fomento de las culturas propias. Tal política provocó, como reacción natural, un movimiento centrífugo separatista. Pero con la revolución, apenas los distintos pueblos sintieron que la tendencia del gobierno central era la de estimular el desarrollo de las culturas particulares, éstas empezaron a formarse como ríos que corren todos a desembocar en el gran mar ruso.

Hacia la misma época se produjo un acontecimiento notable: salieron de las escuelas secundarias y de las aulas universitarias las primeras generaciones, el relevo de los padres que hicieron la revolución y afirmaron sus conquistas. Estas fuerzas jóvenes, que recibieron una instrucción política ortodoxa, dentro de la doctrina dominante, salieron a la vida muy distintos de lo que el mundo Occidental esperaba. Ya mientras estaban estudiando no quisieron encerrarse dentro de la doctrina que con los años perdió mucho de su énfasis revolucionario. El odio y la lucha de clases eran ya cosas del pasado, que no encontraban ninguna justificación dentro del régimen triunfante. Por otra parte, esos hijos de rusos no podían abandonar de un día a otro los rasgos característicos de sus antepasados ni la predisposición espiritual del alma rusa, por el

solo hecho de que el régimen zarista fué derribado y substituído por la dictadura del proletariado. Ellos no aceptaron la idea de que el mundo del cual formaban parte nació ayer junto con la revolución; quisieron saber de dónde procedían, quienes eran sus antepasados, qué pensaban, de qué vivían, qué ideales albergaban. Y no sólo eso; quisieron saber también lo que era el mundo restante, en qué se diferenciaba de Rusia y de los rusos, cómo se formó y a qué aspiraba. Este anhelo irresistible por saber —que es también un rasgo peculiar del espíritu ruso, y cuya curiosidad nunca alcanza a saciarse— condujo a la reedición de todos los escritores nacionales sin distinción de sus credos políticos, así como de todos los autores relevantes del Universo. El cuidado con que las obras clásicas extranjeras fueron traducidas al ruso llegó a tal punto que se formó una escuela especial de traductores, para establecer las bases de lo que se llama actualmente en Rusia la traducción científica. Pero científica no en el sentido del pedantismo sabio, sino en el de la conservación del espíritu y de las intenciones del autor.

Hablé ya en el Colegio sobre el sector literario que forma hoy en día la literatura infantil enriquecida por obras de popularización científica, extraordinarias por su inspiración y el remate artístico. Es notable que la idea, que fué puesta en la base de la selección de los libros destinados a los niños, parte del concepto de formación de hombres cuya imaginación, en el camino del progreso, no debe tener los límites que los egoísmos individuales, corporativos o nacionales, oponen generalmente a la creación desinteresada. En esta formación del espíritu infantil libre de prejuicios y en que la idea del materialismo seco está continuamente superada y vencida por el empuje espiritual, reside el gran secreto del éxito de los planes quinquenales, de la industrialización del país y de ciertas obras formidables, cumplidas por la revolución, como la represa de Niepropetróvsk, Moscú, puerto de los cinco mares, o la famosa ruta del Norte, que une los puertos septentrionales de la Rusia europea, Múrmansk y Arkángel, con Vladivostók y los restantes puertos de la Siberia Oriental, a través de los hielos del Océano Ártico. El primer verano, después de la abertura de dicha ruta, 67 o 68 barcos pasaron por aquel camino. Es muy natural que este proyecto nunca hubiera podido realizarse si las discusiones acerca de su utilidad hubieran girado en torno a su costo y rendimiento comercial. Para realizarlo se necesitaba el criterio del desinterés mate-

rial absoluto; y es este el punto sobre el cual llamo la atención, pues si obras de este tamaño han podido cumplirse, es porque la mentalidad rusa se prestó a aceptar un proyecto que hubiera parecido una locura a los países regidos por el principio de la iniciativa privada, que en este caso tendría que contentarse con el beneficio de la gloria, sin interés pecuniario alguno.

Abordamos ahora el tercer período de la revolución, el de la guerra. Cuán limitada confianza el mundo Occidental tenía en Rusia, al producirse la invasión, resulta claro de las apreciaciones que los críticos militares aliados hacían en aquella época. Recordarán ustedes ciertamente que los comentaristas y aun los dirigentes aliados consideraban que si Rusia podría resistir durante seis semanas la ofensiva germana, ya hubiera rendido un servicio inestimable a la causa democrática.. Entre este juicio del mes de junio de 1941 y la toma de Berlín por las tropas rusas en mayo de 1945, hay una distancia inconmensurable. No sería entonces una exageración el decir que el mundo occidental no tenía la más remota idea de lo que es Rusia en general y el Estado Soviético en particular. Hago esta diferencia, pues los alemanes fueron vencidos por factores que pertenecen a estos dos conceptos fundamentales, pero distintos: Rusia y su régimen actual.

No hay duda de que el espíritu de resistencia feroz y abnegada al invasor, es un rasgo peculiar del pueblo ruso. En ese sentido la historia es concluyente.

Veintiocho invasiones de los suecos, teutones, polacos, del gran Napoleón, y por fin de la coalición nazifascista, que los rusos sufrieron en los últimos siete siglos de su historia, terminaron todas en desastres para los invasores.

Pero hay un límite de resistencia a la invasión, que fija la relación existente entre las respectivas fuerzas. Los tártaros dominaron a Rusia feudal y desunida porque formaban una coalición de los pueblos unidos de la mayor parte del Asia, encabezadas por jefes militares de extraordinario valor. A siete siglos de distancia, Rusia hubiera sucumbido, probablemente, ante la nueva invasión germana si al espíritu indomable de sus ciudadanos no se hubiera añadido otro factor de importancia capital: el poderío industrial del país y su preparación militar. No es azaroso afirmar que la razón del éxito ruso reside en la realización de dos y medio pla-

nes quinquenales que crearon grandes centros industriales en la región de los montes Urales y más allá, en el Asia Central y a lo largo de la gran vía Transiberiana. La generación rusa, que se acuerda del estado de la economía nacional bajo el antiguo régimen, no duda ni un momento de que su patria hubiera sucumbido al producirse la invasión del año 1941 en condiciones en que el país se encontraba bajo el régimen anterior. Pero la industrialización no fué el único factor que ayudó a Rusia a salir airosa de esta gran prueba. Todas las actividades del país durante los años de la revolución se encaminaban hacia la defensa. Desde que la revolución social se afirmó en el país, Rusia esperaba una cruzada de los países capitalistas, o sea la de una coalición de naciones europeas. Lo único que ignoraba, era cuándo, cómo y en qué combinación de países adversarios se produciría la invasión. Tomando en cuenta este estado de mentalidad de los dirigentes y del pueblo entero, no hay misterio alguno en el hecho material de la resistencia rusa ni en su política frente al Occidente. La invasión fué realizada, efectivamente, por una coalición, media voluntaria media obligatoria, de dieciséis países, encabezados por Alemania. Nosotros sabemos actualmente a qué abismo de degradación llevó a este país la ideología nazifascista, pero para comprender la reacción rusa no debemos olvidar que Alemania se jactaba de ser una nación de "Kulturträgers" o, traduciéndolo textualmente, de "Portadores de la Cultura", y que las naciones occidentales le asignaban siempre uno de los primeros puestos entre los pueblos civilizados. Abran ustedes por curiosidad el diccionario filosófico de Ferrater Mora; les asombrará la cantidad de nombres propios, de citas y títulos de obras germanas. Hay páginas enteras que producen la impresión de ser más bien una edición alemana que latinoamericana. Entre paréntesis, he aquí otra indicación de que la cultura espiritual no tiene nada que ver con la civilización material, incluyendo en ésta las doctrinas filosóficas y pseudocientíficas. Empleo la palabra pseudo porque toda la ciencia contemporánea, y en este sentido la rusa no difiere en nada de la occidental, se encuentra en un callejón sin salida, pues más sabemos y más aprendemos, más desesperada y ridícula es nuestra situación ante los secretos de la Creación.

Peró volvamos al tema. Para apreciar debidamente la medida de la desilusión experimentada por el pueblo ruso, no debemos olvidar que los rusos no se dejaron engañar en cuanto a la verdade-

ra raíz ideológica del atropello que sufrieron ni de las formas que ésta tomó. Los occidentales pueden ignorarlo, pero los rusos saben que el nazifascismo no era más que el instrumento de una doctrina que empezó a elaborarse en Alemania hace un siglo, y que tuvo su expresión definitiva en la teoría racial. Ya dije en el capítulo anterior, que hace un siglo la filosofía alemana separó a todos los pueblos en históricos y no históricos. Los primeros colaboran, según los sabios teutones, en el progreso espiritual universal, mientras que los segundos tienen que seguir servilmente las enseñanzas de los llamados pueblos históricos. Sobre esta base se desarrolló en Alemania la doctrina que pretendía que la raza eslava no es más que un abono para el desarrollo de la cultura germana. No vamos a entrar en la discusión de estos postulados filosóficos que la vida ya había comentado y condenado; llegamos a la conclusión de este ciclo de conferencias con la idea de contestar la pregunta: ¿Qué quiere Rusia y en qué dirección la llevan sus destinos históricos?

Los puntos cardinales de su pasado, que hemos revisado en las cuatro lecciones, son los jalones que pueden indicarnos el camino que nuestro razonamiento tiene que regir. Los temas tocados son como aquellas luces de faros grandes y pequeños, a veces sólo boyas luminosas que, en medio de la noche, que cubre el futuro próximo de Europa, indican el rumbo que Rusia seguirá a través del mar de las relaciones internacionales. Para trazarlo acordémonos una vez más que en la política de un pueblo es seguro y duradero sólo lo que tiene un fundamento en su pasado histórico y que coincide con el espíritu e inclinaciones naturales del alma popular; acordémonos también que el pueblo ruso no admite en su política otros dictados que los de su corazón, o sea de sus sentimientos. Eso lo lleva de modo natural hacia la unión con los pueblos eslavos, inclusive con los polacos, pero sin la menor idea de dominación o agrandamiento territorial. No quiere más que asegurar la independencia eslava —siempre que los eslavos lo quieran— y poner una vez para siempre una barrera insalvable al "Drang nach Osten" de los opresores seculares de su raza. De este modo se cumpliría la profecía de Dostoievsky —del más grande de los escritores rusos en su comprensión del espíritu popular—. Afirmaba, setenta y dos años ha, que en Europa se preparaba la solución de un proceso cultural mile-

nario, y que en su última fase incumbirá a Rusia decir a los pueblos occidentales lo que Dostoievsky llamaba: "una palabra nueva", pues la civilización de éstos, según él, había llegado a su término sin proporcionar al Occidente otra cosa que desilusión.

Es fácil de comprender que una afirmación tal parecía ridícula a los contemporáneos de Dostoievsky, así como a la generación que les siguió, pues nadie veía entonces dónde podía refugiarse la idea de esta "palabra nueva" en la Rusia zarista. Por cierto no había que buscarla en el ambiente de los intelectuales rusos, en su inmensa mayoría secuaces miopes de las muestras de la civilización occidental, y que perdieron por completo cualquier lazo con su pueblo. Tampoco podía refugiarse entre la clase gobernante rusa que, angustiada, presentía ya su próxima desaparición. Y por cierto, por lo menos así nos parecía —me refiero a mi generación— sería vano buscarla entre el pueblo analfabeto que tenía que aprender primeramente a leer y a escribir. Por lo tanto los admiradores más convencidos de Dostoievsky consideraban dicha profecía como utópica. Sin embargo, la revolución y luego la guerra revelaron una extraordinaria vitalidad espiritual del pueblo ruso, y eso en todas las formas que el factor espiritual puede tomar en la vida; tanto en las tareas prácticas como en las artes. Pero esta misma vida no le permite extenderse en el dominio del pensamiento abstracto. Los rusos quedaron también en este sentido fieles a la tradición. Al contrario del pueblo alemán, que dió al mundo un sinnúmero de filósofos, los rusos no dieron ni una sola doctrina filosófica, probablemente porque el oficio de filósofo no está bien considerado en Rusia. Esta frialdad hacia el razonamiento abstracto no es otra cosa que el resultado de la tendencia general de seguir en sus gestos y acciones los movimientos del corazón de preferencia a los de la razón. Es este el camino secular del pueblo ruso del cual sus ex gobernantes germanófilos nunca han podido desviarlo, a pesar de todos los esfuerzos que hacían. Tampoco ha podido desviarlo la revolución, cuyas directivas, finalmente, el pueblo sometió a las indicaciones de su propia mentalidad peculiar. Y con eso creo haber dicho bastante para demostrar que Rusia aspira solamente a la paz, y al desarrollo cultural de los pueblos que forman su enorme y heterogénea federación. Se llame ésta Imperio Ruso o Unión Soviética, no importa; es un detalle; lo importante es que se trata del mismo pueblo con las mismas tendencias, pero que ahora es el

dueño de sus propios destinos, y no habrá fuerza en el mundo que lo haga desviar de la ruta que sigue. Para envolverlo en una nueva guerra habrá que atacarlo, pero creo que después de la lección recibida por los invasores teutones, tendrán que pasar varias generaciones antes que nazcan otros agresores, dispuestos a repetir la experiencia.

Curso dictado en el Colegio en el mes de junio de 1945.

Cuatro gigantes del alma

Por EMILIO MIRA

Publicamos a continuación una síntesis de las clases dictadas en el Colegio por el doctor Emilio Mira, los días 28 y 30 de junio y 5 y 7 de julio.

I. EL MIEDO

El miedo es el más antiguo de los cuatro gigantes del alma. Nuestro ser no podría existir sin él, pues de su vientre han brotado los otros titanes que lo animan y le dan humano sentido. No hay vida sin afán, pero tampoco hay afán sin temor. Curioso destino el nuestro, que nos arrastra de una a otra Nada, y cuando no es concedido el instante luminoso de la conciencia, esta vive de prestado, ya que el "Yo" sería una pura entelequia si no lo "animasen" las ingentes energías de esos titanes llamados el Miedo, la Ira, el Amor y el Deber, tanto más sentidos cuando menos comprendidos, tanto más poderosos cuanto más resistidos.

En cierto modo solamente podemos creernos independizados de su acción cuando, por plena insulsez de un existir vegetal, se echan a dormir y dejan titilar la débil llama de los llamados pensamientos "neutros". Mas tan pronto como queremos vivir se despiertan y lucha entre sí, siendo nuestro Yo peloteado y rebotado entre sus poderosos brazos. Y, otra paradoja; en la medida en que ese "Yo" se siente atenazado por el gigante negro (que le señala su muerte, oculta tras el señuelo de la paz... eterna) o

enloquecido por el gigante rojo (que le impulsa a la destrucción bélica) o arrebatado por el gigante rosa (que le extasía, trasciende y efunde) o coaccionado por el más joven de ellos (el subictérico e intransigente deber) es decir: en la medida en que ese "Yo" se siente menos libre, menos autónomo y más inerme para fraguarse su propia ruta, es en la medida en que mayores fuerzas le impulsan a los actos "cumbres": las grandes huídas, los grandes ataques, los grandes sacrificios y las grandes decisiones, de las que dependen nuestro presente y nuestro porvenir surgen, precisamente, tras el combate conflictivo de esos titanes, para defendernos de los cuales no nos queda, casi siempre, otro recurso que el de una tardía e inoperante autojustificación o autoengaño, que nos brinde, a posteriori, una vana satisfacción.

No comprende el árbol quien se limita a comer sus frutos, admirar sus flores, cobijarse en su sombra, otear desde su copa o analizar sus feas raíces bajo el microscopio, sino quien lo toma cuando es semilla, lo planta, lo cuida y se prende de sus infinitos matices existenciales. Así, tampoco comprenden al hombre quienes lo enfocan poética, política, filosófica, médica o psicosocialmente, sino quienes son capaces de integrarlo totalmente, a lo largo de su devenir onto y filogénico, sin renunciar a la consideración de cualquiera de sus múltiples aspectos. Todo intento de sistematización de conocimientos antropológicos que no tenga en cuenta esa radical complejidad y aspire a una "monarquía teórica", basada en la primacía de uno, dos o tres principios rectores de la vida humana, es falaz; por ello es preferible atenerse al puro plano descriptivo (fenoménico) y contentarse con los andamiajes hipotéticos del "como si", en tanto la acumulación de hechos permite una ulterior síntesis.

El miedo se acusa en los dos planos de la actividad personal: subjetivamente considerado es una vivencia disfórica, una impresión de desvalimiento, anulación, encogimiento e impotenciación: el Yo se retrae y propende a desaparecer, convirtiéndose en pura Nada. Objetivamente, la conducta miedosa difiere según cual sea el grado y la fase de esa "inactivación", de esa premuerte, característica de esta emoción primaria. El conferenciante describió en esos dos vertientes, los 6 ciclos del proceso inactivador del miedo, que el sujeto recorre en forma inversa (regresiva) a como los recorrió

su especie: prudencia y modestia; caución y precaución; alarma y malestar; ansiedad y desintegración; pánico y tempestad cinética; terror paralizante.

A continuación analizó las diversas motivaciones del miedo, poniendo de manifiesto sus rasgos comunes y sus matices diferenciales. Pasó entonces a describir las "derivadas" del miedo, es decir, las formas bajo las que esta emoción se disfraza, oculta o desvanece en apariencia. Incluyó entre éstas el pesimismo, la desconfianza y el escepticismo.

Al ocuparse de la lucha contra el miedo recomendó: a) poner coto a la ambición (quien menos desea, menos teme); b) sustituir, siempre que se pueda, la imaginación por la acción (concreta) o sea, cultivar menos el ensueño y más la creación plástica; c) vivir sanamente, o sea equilibrar todas las funciones y corregir precozmente todos los déficits (corporales o mentales); d) despreciar el logro y valorar el intento: interesarse más por "hacer el bien" que por "quedar bien"; aspirar no tanto a vivir como a "merecer la vida"; e) dar a toda nuestra conducta la serenidad de la fe (amorosa) gracias a la trascendencia de sus fines y la pureza de sus medios.

Terminó su conferencia el doctor Mira con esta frase: siendo el miedo la vivencia angustiosa del hombre ante su interna Nadedad, que aparece proyectada en el mundo circundante, hay que dar a este hombre una plenitud de vida —física y mental— combatiendo, simultáneamente su propensión al egoísmo solipsista, lo que equivale a impregnarlo de Eros y hacerle un modesto y perpetuo "héroe".

II. LA IRA

El doctor Mira inició su conferencia, expresando que del negro vientre del miedo habían brotado las rojas fauces de la ira, muy en lo hondo de los tiempos: indicó, después, que, desde entonces, el temor y la cólera discurrían juntos por el mundo, cual la muerte y la vida, turnándose en los papeles de cabalgante y cabalgadura; y agregó, luego, que, por ello, el Génesis afirmaba que, si bien Dios hizo primero, en el orbe, al miedo, no había, empero, mundo sin ira.

Dijo luego el doctor Mira que los antecedentes biológicos de

la reacción iracunda había que buscarlos en la "irritabilidad" de toda sustancia viva, propiedad por la que ésta no sólo acusaba el impacto de las variaciones de su ambiente, sino que, también, reobraba sobre ellas, de suerte que el "excitante" se transformaba en "incitante", liberando una cantidad de energía mayor que la vehiculada por él. Expuso, después, que, cuando sin externa causa, surgía el impulso de absorción del perimundo, y el ser —ya móvil— se lanzaba al dominio imperialista de su no-ser inmediato, se tenía la "agresividad", segunda coordenada de la cólera; declaró, a su vez, que brotaba la chispa de la autognosis, el ser se hacía consciente de sí, y esa agresividad podía entrar en conflicto con la autoestimación, vertiéndose sobre dos laderas: la del cruel sadismo o la del paradójal masoquismo; añadió, a continuación, que, tras ellas, cual centinela, aguardaba la muerte, según lo afirmaban y probaban los psicoanalistas; y explicó, luego, que, por ello, las cóleras aumentaban con la robustez, asimismo, que, desde el neonaraban en el hombre mucho más que en los más feroces animales. Advertió, a su turno, que, para que la ira se instalara, se requería, empero, otro factor: la concienciación de un obstáculo, que no fuera suficientemente potente como para inactivar el curso vital y sí, en cambio, lo bastante fuerte como para frenarlo o detenerlo momentáneamente; hizo ver, asimismo, que, desde el neonato, que rabiaba cuando veía obstaculizados sus anárquicos movimientos, hasta el premio Nobel, que se enojaba cuando era interrumpido en su trabajo de laboratorio, la misma ley condicionaba la cólera: la vulneración del curso reaccional, es decir, la amenaza al éxito previsto o a la espectación intuída; enseñó, por otra parte, que si esa amenaza era leve, el sujeto —al igual que en la primera fase del miedo— se concentraba y "ponía en ojo" el fin visado, a la vez que "sentía enojo" o molestia por el cambio de actitud; y, tras manifestar que la persistencia del obstáculo llevaba al progresivo refuerzo e irradiación de la exaltación, el individuo sentía, entonces, "encenderse la sangre en sus venas", y su ira, ya totalmente enrojecida, se transformaba en rabia; indicó, en fin, que, un paso más, y estallarían tempestuosamente la "furia". Más adelante, observó que, empero, si junto con la persistencia del obstáculo, aumentaba la amenaza del fracaso, si se evidenciaba el alejamiento del triunfo y se vislumbraba la impotencia reaccional, la cólera se tornaba verde, es decir, se hacía biliosa, se invaginaba y enfilaba por

las entrañas, se escondía, cual el miedo, y se refugiaba en la intimidad visceral, descargando en ella sus golpes: el sujeto palidecía, se introvertía y sufría la penosa transformación de la ira en rencor; conceptuó, así, que, ahora, podía afirmarse que la cólera se había "enconado", se había hecho crónica, y había configurado la peculiar situación, ambivalente del odio; y reveló, por su lado, que éste, no obstante, podía tener dos vertientes: o se degradaba y pervertía cada vez más, cayendo en todas las indignidades, o se sublimaba y salvaba en la competitiva emulación rival. Todavía, subrayó que, de todas maneras, el odiador y lo odiado quedaban prendidos entre sí por un misterioso hilo que hacía a sus vidas paralelas: a fuerza de enfrentarse sin compenetrarse iban impregnándose del resto de experiencias afectivas, se temían y se maldecían, pero, también se admiraban y se interesaban recíprocamente; y apuntó, por último, que, de ahí, era que el odio pudiera dar paso al amor, por un proceso de transformación tan gradual como el que llevaba del rojo al rosado.

El conferencista entró, así, a señalar que debía diferenciarse la ira de la firmeza, como se diferenciaba el genio o "mal humor", de la energía, o como se diferenciaban, en la carga eléctrica, los conceptos de intensidad y potencial. A tal respecto, dijo que esfuerzos de liberación de la ira, compatibles con las normas sociales, eran: el desplazamiento, el desdén de la crítica peyorativa; hizo notar, seguidamente, que la contradicción de una moral competitiva, que consideraba justificada "la lucha por la vida", y una ética cristiana que predicaba "el amor al prójimo", llevaba, a una inmensa mayoría de personas, a la necesidad, peligrosa, de justificar sus iras, en vez de "enjuiciarlas"; estableció, igualmente, que, de ahí era que la función judicial y decisiva de la crítica (crisis significaba "decisión") se transformara en pretexto de liberación malevolente y maldiciente; y expresó, aquí, que, por ello, una gran mayoría de críticos no merecía ese nombre y sí el de "criticones": su actividad no era valorativa y constructiva, sino desvalorante, despellejante y corrosiva (olvidaban los tales que era fácil quitar, por ejemplo, la batuta a Toscanini, pero difícil moverla como él). Precisó, después, que, cuando la ira empezaba a enconarse, surgía la "sed de venganza", que el sujeto vivía como "tendencia a la reparación de la ofensa", y trataba de ampararse en el concepto de justicia; y mostró, a su vez, que esa raíz iracunda y penal de la justicia —que,

primitivamente, no sólo castigaba, sino que premiaba, y que, ahora, solamente intervenía para el daño— engendraba un círculo diabólico en el que, con frecuencia, caían no sólo pequeños grupos personales (luchas de partidos, de gremios, de profesionales, de bandos familiares, etc.), sino —y lo que era peor— la sociedad, representada por el Estado, y el rebelde individual, encarnado en el delincuente recidivante. Declaró, más tarde, que, cuando la relativa atenuación de la ira, proporcionada por el acariciado proyecto de venganza, se veía, de nuevo, perturbada por el fracaso (en la ocasión o en el propósito), se instalaba el peor de los estadios pasionales: el resentimiento, tan perfectamente analizado por Scheler; y puso, en síntesis, de relieve, que el sujeto no sólo sentía, sino que resentía su ira, fuera y dentro de él: se despreciaba y se aborrecía tanto como al primitivo objeto de su enojo, al que, ahora, envidiaba tanto como odiaba. Finalmente, sostuvo que la auténtica salida de la ira no la proporcionaban ni la racionalización vanidosa y narcisista (“no ofende quien quiere, sino quien puede”), ni el resignado y estoico conformismo, sino la transformación del impulso de afirmación del ser en actividad constructiva que no anulara, sino que superase al adversario y lo pusiera al servicio, también, del ideal deseado, ahogando, así, el mal en superabundancia de bien.

Terminando su conferencia el doctor Mira dijo que perseverar en la creación amorosa, a través de todos los obstáculos, poniendo el acento en la perfección intencional y no en el logro, era la mejor defensa contra las asechanzas del gigante belicoso.

III. EL AMOR

El doctor Mira comenzó expresando que, desde el punto de vista estrictamente naturalista, el amor se presentaba como un puro “celo”, es decir, un movimiento de atracción hacia el “complemento”, necesario para asegurar la perpetuación del individuo, gracias a la fuerza del llamado “instinto de reproducción”; agregó, en seguida, que, desde el punto de vista filosófico, el amor era concebido desde Platón, como un movimiento de atracción hacia el bien (Eros), o como un movimiento evangélico, del bien, que iluminaba, elevaba y perfeccionaba al mal, “bonificándolo” (Caritas); indicó, después, que ambos criterios, pagano y cristiano, represen-

taban dos polos dialécticos entre los que discurría toda la problemática categorial del amor; y afirmó, luego, que, empero, desde el punto de vista estrictamente psicológico, el amor era un modo de existir correspondiente a una radical actitud o postura personal, en virtud de la cual el ser se efundía en y se infundía de otro ser, constituyendo un super-ser nuevo, del que habrían, siempre, de emerger frutos (carnales o espirituales), para poder seguir existiendo (fecundidad del amor).

Añadió a continuación que cuatro raíces aparecían como savias nutricias, desde el enfoque psicobiológico: la raíz tánica o mortal (vaciamiento, éxtasis, "muerte chiquita"), que anulaba al enamorado y lo vaciaba en el objeto de su amor; la raíz sádica o posesiva, que "aspiraba" o sorbía, y fagocitaba ese objeto, incorporándolo al amador; la raíz érgica, elativa, turgente, impulsora de la "obra" o fruto amoroso; y la raíz sensual, puramente instintivo-fisiológica, que propendía al ayuntamiento carnal, para lograr la detumescencia y liberación de las cargas hormonales. Expuso, después, que no había amor que no se nutriera de esas fuentes, integrándolas al resto de las energías, y constituyendo, en síntesis, un proceso de "existir amoroso" que tendría peculiares características en cada caso: no sólo no había dos personas que amaran igual, sino que no había dos veces en que una misma persona amase igual; y señaló, a continuación, que, cuando una de esas raíces privaba sobre las demás, se perfilaba un "tipo" de referencia amorosa: así, si predominaba la raíz tánica, se obtendría el amor masoquista, que iba desde el arrobamiento místico ("muero porque no muero") hasta el auténtico suicidio del novelón de barrio, (y esa dirección era la preferida, generalmente, en los sistemas religiosos: budistas, taoistas, cristianos, etc.); en cambio, si predominaba la raíz sádica, el amor se transformaba en perpetuo combate, se intentaba la "conquista absoluta" del ser amado, su total anulación y asimilación, llegando, si preciso era, hasta el asesinato celoso (el tristemente célebre "crimen pasional"); por su parte, si predominaba la raíz érgica, el amor se transformaba en puro diálogo y colaboración, propendiendo a la amistad inefable; y, en fin, si privaba la raíz sensual-genital, el amor se perdía en una serie de esfuerzos y resoplidos orgiásticos, que no animaban sino que animalizaban al ser. Por último, sostuvo que, empero, cuando esos ingredientes se combinaban en un robusto espíritu, con plenitud de vida interior y buen

equilibrio pasional, el resultado ofrecía matices nuevos y florecía en calidades amorosas no reducibles a tal esquema.

Entró, así, a explicar que, fenoménicamente, la conciencia amorosa —perfectamente definida, entre los filósofos contemporáneos, por Joaquín Xirau, en su libro "Amor y Mundo", y, entre los poetas españoles, por Pedro Salinas, en su suite: "Razón de Amor"— se presentaba con cuatro signos y fases esenciales: A) iluminación; B) valoración y subordinación axiológica; C) orientación hacia el bien; y, D) fusión recíproca. A tal respecto, declaró, en seguida, que, en la primera, se vivía el proceso de "ilusionismo"; en la segunda, el de "meditación y estimación"; en la tercera, el de "elevación"; y, en la cuarta, el de alegría inefable —que surgía de la correspondencia— así cantada por Salinas:

"Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido.

Rendirse

a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo . . .

Añadió, luego, que, en la dialéctica sexual, acostumbraba a privar el componente sumisivo, pasivo o masoquista en la mujer, y el dominante, activo y sádico, en el hombre (por eso, en la mujer el amor era "llorón" más veces que iracundo, y, en el hombre, viceversa; pero, por la bisexualidad constitucional de una y otro, la parte feminoide del varón creaba, con frecuencia, un componente de ternura sumisiva, en tanto que la parte viriloide de la mujer la impulsaba a una felina actitud de crueldad, disimulada en el temor celoso); y consignó, entonces, que bien podía afirmarse que el "encaje" amoroso se hacía completo cuando no solamente se complementaban las partes conscientes y emergentes de las dos individualidades emparejadas, sino, también, sus contrasexos, reprimidos y subconscientes. Destacó, a continuación, que fenómeno consustancial del amor, que lo complicaba y, a la vez, aclaraba en su complejidad, eran los celos; enseñó, a su turno, que éstos serían tanto más visibles cuanto menor fuera la seguridad y firmeza-amorosa, o cuanto mayor fuese la ambición posesiva: (en el primer caso, surgió la variedad quejumbrosa y, en el segundo, la amenazante, aunque, con

frecuencia, se combinaban ambas, cual ocurría, por ejemplo, en los celos paranoides de los alcohólicos y de muchos psicópatas) y reputó, en consecuencia, que nadie podía evitar sentir celos, pero que todos debían aguantárselos, pues el amor se desvanecía en cuanto se le imploraba, ordenaba o reglamentaba (por eso, muchas veces, el matrimonio resultaba su tumba). Finalmente, y a ese mismo propósito, subrayó que los celosos debían recordar siempre los profundos versos de Rabindranath Tagore:

“Quise proteger mi lámpara contra el viento
cubriéndola con los pliegues de mi manto . . . y se apagó.
Quise proteger la rosa de la helada apretándola
contra mi pecho . . . y se marchitó.
Quise regar mi jardín con el agua del arroyo
desviando su cauce . . . por eso secó.
Quise arrancar una nota demasiado vibrante
a la cuerda de mi laúd . . . por eso se rompió”.

Al terminar, el doctor Mira diferenció las formas marginales de la constelación amorosa: la amistad, la devoción, la simpatía, la admiración, la gratitud y la piedad.

IV. EL DEBER

El más joven de los gigantes del alma, el deber, surgió tan pronto como el hombre dejó de ser un animal anárquico-natural y empezó a convivir con sus semejantes, constituyendo un grupo, más o menos amplio y estructurado: desde ese instante, tras innúmeros forcejeos, se fué cristalizando, en él un equipo de hábitos, llamados costumbres o “mores” y se hizo un ser moral; y señaló, después, que fué, por lo tanto, la vida en sociedad la que dió simultáneo nacimiento a las dos manifestaciones de la dinámica interpersonal —el derecho y el deber—, imponiendo un sistema de “normas” que, al principio, fueron compulsivas y coactivas, es decir, física o mecánicamente ineludibles (por ir seguida su vulneración de inmediatas y terribles sanciones, capaces de asegurar, por condicionalización refleja negativa, su absoluto cumplimiento). Luego, recordó que, más tarde, empero, empezaron a introyectarse individual-

mente, dejando, así, de ser "obligaciones interpersonales", para pasar a ser normas intrapersonales, conscientes y aparentemente autónomas.

Expresó el conferencista que no competía al psicólogo el estudio de la fundamentación filosófica de las normas éticas o deberes, pero que sí, en cambio, le interesaba la descripción y la comprensión de los conflictos anímicos que, en el hombre, ocasionaba la presencia, más o menos visible de ese "juez interior" que, a menudo y en forma violenta, interfería con nuestra espontaneidad, haciéndonos torcer el camino de nuestros impulsos, so pena de crearnos un inevitable sufrimiento (el llamado "remordimiento"): agregó en seguida, que resultaba verdaderamente alarmante la escasa comprensión que, en ese aspecto, había alcanzado la Psicología de fin de siglo, en la que apenas si cabía mencionar los estudios de Hofding, Brentano y Baldwin, desde el punto de vista laico - social, y los de Kierkegaard desde el enfoque místico - existencial; y sostuvo, por otra parte, que, en nuestro siglo, las contribuciones de Bergson, Cassirer y Kalsen, principalmente especulativas, tenían menos valor que las experiencias de Piaget, Ellis, Harshorne y May, M. Mead y, especialmente, que la aportación psicoanalítica, iniciada en 1904, con la publicación de la célebre obra de Freud: "Totem und Tabú". Declaró, después, que, desde el enfoque psicoexperimental, se veía aparecer al deber en forma de invasión coercitiva del ambiente psíquico sobre la personalidad en formación del niño; éste había tenido, ya, sus dudas, ante las llamadas reacciones selectivas, en su segundo año de vida, mas las había superado siempre desde el plano instintivo (realizaba aquello que le daba más ganas de hacer); indicó, a continuación, que, con perseverante e inflexible actuación, empero, los mayores lo "inducaban" o "inducían" a realizar, en múltiples ocasiones, lo que ellos querían, y solamente le dejaban una estrecha franja neutra, de actividades libres, enmarcadas por el doble influjo, propulsor y frenador de la externa coacción: cada vez que se le impedía hacer algo, se le daba, como suprema explicación, que no "debía" hacerlo, porque estaba mal; cada vez que se le obligaba a realizar algo, se le decía que "debía" hacerlo, porque estaba bien; expuso, entonces, que, de esa suerte, en la mente de los niños de 3 a 5 años, la fórmula ética era hartamente sencilla: bueno era todo lo que debían hacer; malo era todo lo que no le dejaban hacer; hizo ver, igualmente, que, pronto, aprendía el niño a realizar actos mandados y a abste-

nerse de actos prohibidos, aún en ausencia de sus censores, por temor a sus sanciones ulteriores; y subrayó, en fin, que era, así, cómo la regla se incrustaba —cual una cuña— en su propio ser, se hacía hábito, y empezaba a constituir parte central de su Yo, y que, más tarde, su no observancia provocaría un desajuste, inverso desde el punto de vista ético, pero semejante desde el punto de vista neurológico, al que provocaba la brusca interrupción de un vicio. Manifestó, a su turno, que, en esa fase, la regla, como afirmaba Piaget, era “sagrada” y absoluta, pero que he aquí que los mayores comenzaban a tener tolerancias y distingos de comportamiento, unas veces se contradecían y, otras, se desbordaban, en su criterio: le aconsejaban el “haz lo que digo y no hagas lo que hago”; demostró, en consecuencias, que ahí surgía un confusionismo en la mente infantil, que llevaba a ésta a proceder por sí y a opinar por su cuenta, a dialogar en forma monocorde, oponiendo dialécticamente sus “ganas” y las de los “demás”: de esa suerte, surgía la “deliberación moral”, tras la cual era el propio sujeto quien se autorizaba o se prohibía tales o cuales actos; y añadió, a su vez, que a partir de ese instante, la moral era autónoma (Piaget), y el sujeto se hacía propiamente responsable, puesto que, ante cada problema de conducta, sabía diferenciar lo que le gustaría, lo que le convendría, lo que podría y lo que debería hacer. Todavía, precisó que, de ahí era que la angustia ética surgiera, ahora, con mayor intensidad, especialmente cuando se oponían las tres primeras soluciones (que configuraban la vocación natural hedonista) y la cuarta (vocación ecológica, trascendente), y, tras referir que el conflicto estaría, en la inmensa mayoría de las veces, perdido para el deber si la sociedad no se hubiese ocupado de hacer que esa línea coincidiese con la de la utilidad, o sea, que resultara un buen negocio ser bueno, porque “el delito no pagaba”; reputó, por último, que era así como se habían creado barreras de sanciones reforzadoras del deber: el repudio de la opinión (familiar, profesional o social), la cárcel, el infierno; y que, así, aguardaban, tras la esquina, al individuo su familia, su grupo social, el gobierno y, en última instancia, Dios, con diversas formas de “estímulos absolutos”, destinados a reforzar la posible claudicación de sus hábitos morales.

Señaló a continuación que el problema se complicaba por el hecho de que la represión que el sujeto hacía de sus “ganas”, es decir, de sus impulsos naturales, llevaba a éstos a buscar su des-

carga por vías anormales, para disminuir la angustia conflictiva; y afirmó, aquí, que, entonces, surgían los actos "ersatz" o sustitutos, que acostumbraban a ser peores remedios que la enfermedad. A igual respecto, dijo, después, que, así como el jugo gástrico, si no tenía alimento, corroía las paredes del estómago y lo ulceraba, así los llamados "impulsos pecaminosos" —que, en definitiva, eran todos los impulsos instintivos primarios—, si no conducían al delito o al pecado apetecidos, revertían sobre el sujeto, lo inquietaban, atenaceaban y molestaban, hasta que, en postrer instancia, surgía o se creaba el llamado "arrangement" neurótico que, de un modo catatético, intentaba dar satisfacción a ellos y a la censura (social e individual: opinión pública y super - Yo freudiano); recordó, a continuación, que, por ello, Freud afirmaba que el precio de la cultura era la neurosis, y nos amenazaba con el trágico dilema de ser "brutos sanos" o "cultos enfermizos"; y consignó, luego, que, empero, si de una parte su teoría resultaba cierta, en cuanto al proceso genético de los autorreproches, era falsa, en cambio, en cuanto a sus deducciones prácticas, pues se trataba de combatir los efectos sin remontarse a las causas, que cabía buscar en un defectuoso planteamiento de las relaciones interpersonales, aún ligadas por prejuicios, tradiciones y errores multiseculares, que esclavizaban al hombre innecesariamente, llevándole, de vez en vez, por supercompensación, a rebeliones tan violentas como estériles, si no se ajustaban a una concepción teórica justa y no se efectuaban de un modo planificado y oportuno. Aún, conceptúo que ni el autoengaño, ni la renunciación, ni el sacrificio expiatorio, ni la sublimación (social), eran las vías convenientes para conseguir la serenidad ética; enseñó, entonces que vivir en paz consigo se conseguía tan sólo cuando se vivía una vida justa, dialécticamente equilibrada entre nuestros derechos y deberes, individuales y colectivos; y expresó, así, que eso requería organizar, en lo posible, al mundo de suerte que, a cada cual se le exigiera, según sus posibilidades y se le atendiese según sus necesidades. Finalmente, e insistiendo, dijo que eso requería que cada cual adquiriera totalmente su máxima categoría humana, tal como la concebía Paul Valéry, cuando escribía: "Etre humain c'est sentir vaguement qu'il y a de tous dans chacun et de chacun dans tous. Il y a de la victime dans le bourreau et du bourreau dans la victime, du croyant dans l'incroyant. Il y a

de quoi passer de l'un a l'autre et c'est peut-etre cette pulssance de transformation qui est l'essence mesme du veritable Moi''.

Explicó, al finalizar, que, en suma, entre la tesis intelectualista del deber (amar y realizar el bien supremo), la sensualista (paradigmar la conducta del hombre más perfecto), y la voluntarista (hacerse digno de la dicha), se interponía la solución integral: vivir con amor creador y con armonía plurirradical de la persona, procurando llegar al final de la jornada con el entusiasmo de Idomeneo y no con la extenuación de Agenor''.

Vida del Colegio

El viernes 6 de julio se efectuó, la comida anual de camaradería del Colegio, dedicada esta vez a celebrar el décimo quinto año de la fundación de nuestra institución. Al servirse los postres hablaron el secretario, Luis Reissig, el secretario de la filial de Bahía Blanca, Pablo Lejarraga y los miembros más antiguos del actual Consejo Directivo, señores Roberto F. Giusti y Juan José Díaz Arana.

DISCURSO DE LUIS REISSIG

El 20 de Mayo de 1930, en el viejo restaurante Pedemonte, un grupo de amigos suscribíamos el acta de fundación del Colegio Libre de Estudios Superiores. Estaban presentes Roberto F. Giusti, Carlos Ibarguren, Narciso Laclau y Anibal Ponce. Con una carta de presentación de Giusti fui al día siguiente a La Plata a ver a don Alejandro Korn y obtuve de inmediato su firma. Poco tiempo después, Korn me diría: "Ahora le confieso que yo era escéptico el día en que fué Vd. a verme; pero he cambiado de opinión. Mucho se ha hablado sobre la Reforma Universitaria sin hacerse nada, y ahora veo que se concreta algo". Habíamos pensado en el séptimo integrante del grupo inicial, en el Dr. Adolfo Holmberg, pero su mal estado de salud hizo que renunciáramos a ello. El número impar parecía canónico para el desempate; pero vencimos fácilmente el temor de comenzar con números pares, pues tal como íbamos encarando la labor a realizar, la primera labor a realizar, nos dábamos cuenta de que sólo animados por un gran espíritu de comprensión y cordialidad podría ser llevada adelante nuestro propósito. Después de reunir con dos donaciones los mil pesos indispensables para la compra de los primeros instrumentos de trabajo y alquilar una habitación en la Federación de Sociedades Gallegas de la calle Belgrano, iniciamos el 4 de julio el primer curso del Colegio, que estuvo a cargo del Dr. Eusebio Gómez y versó sobre "Sociología criminal". Entre el 20 de mayo y el 4 de julio fué necesario resolver muchas dificultades, que hoy pueden parecer muy pequeñas, pero que entonces eran tremendas. Recuerdo que Ponce y Laclau decían: "Muy bien: ya está todo en el papel, pero ahora falta lo principal, que es llevarlo adelante". Y llevarlo adelante significaban muchas cosas. La más espinosa de todas fué: "¿Con qué recursos va a mantenerse el Colegio?" Se propuso lo más revolucionario, entonces: cobrar la entrada por cada curso y cada conferencia. ¡Tan luego aquí, donde los conferenciantes tenían muchas veces que repartir invitaciones y llamar

por teléfono para tener público! Pero era la única manera de afrontar el porvenir y se resolvió cobrar la entrada. Los diarios acogieron con simpatía la iniciativa de la creación del Colegio; el nombre de los integrantes —no el mío, que era casi del todo desconocido— inspiró confianza por la obra que cada cual tenía realizada. Todo hacía presumir que la primera clase tendría público: Y tuvo público, mucho público para aquel momento. La primera batalla estaba ganada, y creo que bien ganada. El aporte popular —asistencia a clase y colaboración económica— lo decidieron. Al curso de Eusebio Gómez siguieron los de Korn, Laclau, Ponce, Giusti, Venancio Deulofeu, Agustín Marenzi, Carlos Vega, Héctor Greslebin y José Destéfano, con regularidad desusada, a la hora en punto y con el número de asistentes que hubiera. Un día, el 5 de setiembre del mismo año de la inauguración, la víspera del golpe militar del general Uriburu, Giusti tenía anunciada una clase de su cursillo sobre "La Celestina". La calle estaba ya en los prodromos del motín. Recordará mi buen amigo Giusti que las dudas sobre si debía o no dar clase fueron dejadas enseguida de lado, y que a la hora justa, desarrolló el punto V. de su programa que versaba sobre "Lugar probable de la acción de la "Tragicomedia" y fecha de su composición. ¿Drama o novela? Modelos literarios de su asunto, escenas y caracteres". ¿Era indiferencia? No: El conflicto de la calle superaba, entonces, a nuestras fuerzas; el Colegio no estaba preparado como tal para interpretarlo; una suspensión de la clase no hubiera producido otro efecto que el dispersar por un día, acaso por dos o más a uno de los primeros grupos. Los días de la definición ya se preveían en la carta del Colegio, pero estaban algo lejos. Voy a recordar los temas del primer año: "Sociología criminal", "Estructura de las monosas y disacáridos", "Fundamentos reales de la sociología", "Los poemas homéricos desde el punto de vista estético", "Examen crítico de la Celestina", "Problemas de psicología infantil", "Biología de la célula cancerosa", "Problemas modernos de la nutrición", "Música Americana", "Axiología", "Introducción al estudio del arte autóctono en la América del Sur". El programa completo está denunciando el espíritu del Colegio en aquel momento. Buena o mala, equivocada o acertada, esa era nuestra realidad, entonces. Y lo cuerdo era aceptar que no podíamos modificarla a dos tirones. La conciencia de la realidad de nuestros límites al par que la constancia para ampliarlos es lo que ha permitido el desarrollo progresivo del Colegio, es lo que ha dado al Colegio su verdadera fuerza y espíritu.

Pero a partir del año siguiente se inician los cursos que poco a poco la irían perfilando como institución muy atenta a los problemas y necesidades de información de la hora. Así, en 1931 Nicolás Repetto dictó 9 clases sobre "Cooperación Libre", que han quedado como el manual más completo entre nosotros; Juan José Díaz Arana sobre "La democracia y sus problemas", en plena dictadura y sin postergarse ni

una sola clase; y Eusebio Gómez sobre "Delincuencia política". En 1932 Augusto Bunge sobre "La revolución rusa" y Nicolai sobre "Rusia actual y futura", cuyo solo anuncio provocó gran escándalo en el peligroso brote nacionalista de entonces, determinó la renuncia de Ibarguren, creó al Colegio la dificultad, entonces terrible, de ser tildado o sospechado de "comunista", y dió a nuestra tesorería una vitalidad insospechada: centenares de asistentes concurren a todas las conferencias. En verdad, se repetía, en pequeño, aquello de que el pueblo quiere saber de qué se trata.

Fué una bella lección la de aquellos días: aprendimos a no perder la cabeza, a no dejarnos vencer por la preocupación o el temor, y a saber que en nuestra convicción estaba nuestra propia fuerza. Supimos que teníamos por delante días duros y algo amargos, pero que también teníamos confianza en triunfar, como hemos triunfado y como vamos a triunfar, todavía. Sí, es cierto, que hubo algunas defecciones, pero los más, la inmensa mayoría comprendió su deber moral, y siguió dictando sus clases, un año y otro, sin la menor preocupación por lo que aquí y allí se decía. Es que el Colegio comenzaba a formar su opinión, comenzaba a entender que además de las buenas lecciones de la letra estaban las buenas lecciones de la conducta. El país iba formando su opinión, despertando un cierto estado de conciencia que antes no existía. No en balde se tenían ya dos años de dictadura entre pecho y espalda.

En 1933, se dicta el primer curso que atiende a una realidad inmediata. Acaba de dictarse la ley de Impuesto a los Réditos y a las Transacciones, y el Dr. Félix Weil, desarrolla un cursillo que explica los fundamentos y la aplicación de la ley. Numerosos funcionarios, empleados, o simplemente curiosos, asisten para informarse. El Dr. Alejandro E. Shaw dicta siete clases, estoicamente ante media docena de alumnos, sobre "Normas impositivas para la República Argentina". René Berger hace lo propio sobre "Liquidación financiera de la guerra y los pagos internacionales". Augusto Bunge aborda el espinoso tema de "El petróleo argentino y los trusts mundiales". Y Aníbal Ponce se despide de los temas de una etapa cultural que había muerto ya en él: dicta siete clases sobre "El diario íntimo de una adolescente" sobre María Bashkirsseff. Recuerdo como si fuera hoy sus dudas para dictar el cursillo, que resultó hermoso. En setiembre se decidió, al fin. Su pensamiento estaba ya en otra parte, en los temas sociales, y tenía un no sé qué de vergüenza —me dijo— de ocuparse en esos momentos de tales temas: Hitler había saltado de la cervecería de Munich a la cancillería del Reich. ¿Cómo no iba a ser dura la incertidumbre? Pero lo que correspondía era hablar de lo que ya se tenía en el alma y empezar enseguida la tarea de poner la vida al servicio de la vida.

En el mismo año de 1933, Francisco Romero, celebrando el cen-

tenario de Dilthey desarrolla su pensamiento en tres lecciones. En 1934, José Tuntar, periodista de talento, muerto hace unos años, dicta en seis clases un curso sobre "Las luchas sociales en la antigua Roma", que interesa sobremanera; Korn sobre "Alberdi y el positivismo argentino"; Pascual Guaglianone hace un examen valioso sobre la ley 1420, con motivo del cincuentenario de su sanción, que desgraciadamente nunca dió a publicidad; y Aníbal Ponce inicia su nueva etapa con un curso sobre "Las luchas de clase y la educación", que marca a su vez, en nuestro medio, nuevos modos de ver en cuanto a interpretación histórica.

En 1935 se consideran los problemas que suscita la creación del Banco Central, los problemas de la economía dirigida y la crisis de la economía argentina. Ponce dicta su curso sobre "Humanismo burgués y humanismo proletario"; Leónidas Anastasi habla sobre "Teoría Política del Estado Fascista Italiano", y Sebastián Soler sobre "Derecho Penal Liberal, Soviético y Nacional-socialista".

En 1936 se inicia la "Sección Información Crítica de Actualidad" con una conferencia de Alejandro Castiñeiras sobre "Máximo Gorky", al producirse la muerte de éste; Bernhard H. Dawson sobre "El cometa 1936 a", que acaba de descubrirse; Pedro Henriquez Ureña sobre Chesterton, y Ponce dicta un curso magistral sobre "Examen de la España actual", que le vale la exclusión de su cátedra en el Instituto del Profesorado Secundario y poco después el destierro. ¡Qué cosa de otro mundo debió parecer a muchos el que un profesor avanzara tanto en sus ideas! La sección, "Información crítica de actualidad" tiene ese año una actividad de primera fila: no se deja de tratar acontecimiento cultural que pueda ser explicado por algún profesor de autoridad.

En 1937 Angel Battistessa recuerda a Mariano José de Larra en un cursillo en el centenario de su fallecimiento; el Dr. Alberto Hueyo habla sobre "La política financiera argentina" durante su fenecido ministerio, y Lisandro de la Torre pronuncia sus dos famosas conferencias sobre "Intermedio filosófico" y "La cuestión social y los cristianos sociales", que desata la polémica más grande del siglo en la Argentina. En 1938 Héctor Lafaille aborda en un cursillo "La reforma del Código Civil", que ha proyectado, y de la Torre da su tercera y última conferencia sobre "Grandeza y Decadencia del fascismo", que es el acontecimiento político más significativo del momento. El gran salón del Colegio no da abasto para todo el público que desea asistir, y la prensa recoge, en general, la conferencia del tribuno como un pronunciamiento de la opinión nacional contra el nazifascismo.

En 1939 Arturo Frondizi inicia su actuación en el Colegio para tratar "El régimen jurídico de expulsión de extranjeros"; Adolfo Dorfman habla sobre "Las nuevas industrias agrarias en la Argentina"; Giusti recuerda al gran poeta y gran republicano que fué Antonio Ma-

chado; Rodolfo Puigross da tres clases sobre "La herencia que el país recibió de Rosas", esbozo de excelentes trabajos posteriores.

En ese mismo año el Colegio, que va perfilando año tras año su espíritu y sus métodos, ensaya por primera vez en nuestro país el curso colectivo, y en 33 clases estudia la revolución francesa con motivo de su sesquicentenario. Todos los profesores que colaboraron en la preparación del mismo recordarán la gran cobardía de la Universidad y de los grandes bonetes de la enseñanza en aquellos momentos. Nadie se atrevía a hablar, desde el púlpito, de la revolución francesa. Les parecía sentir ya el olor a cadáver de la democracia, arrojada al abismo tres lustros antes por el señor Mussolini, y buena parte del profesorado universitario escondía vergonzosamente su liviana democracia cuando no la traicionaba con ignominia. La historia, el país, tendrán que pedir algún día cuentas —entre tantas cuentas— a esa Universidad de la contrarreforma. Otro curso colectivo de significación fué el dictado en ese mismo año por los profesores Jorge Romero Brest, Gregorio Halperín, Segundo a Tri y José Luis Romero sobre "La recepción de la cultura griega en Roma". En ese mismo año llega el ex-profesor de la Universidad de Bologna, Rodolfo Mondolfo, y el Colegio le brinda su tribuna.

Al promediar 1940 el único cuerpo directivo del Colegio estaba constituido por Roberto F. Giusti, Juan José Díaz Arana, incorporado pocos días después de la muerte de don Alejandro Korn, y el que habla. Laclau había muerto en Noviembre de 1930 y Ponce en 1937, los dos de manera trágica. Decidimos los tres sobrevivientes de aquella hermosa aventura que tenía ya una década, entregar a todos los más próximos al Colegio la dirección del mismo. No nos interesaba perpetuar nuestro nombre sino la obra colectiva que era el Colegio Libre, porque nos debíamos al país antes que a nada y eso lo sentíamos vivamente. Recuerdo esto porque era una parte de la conducta y del pensamiento del Colegio, porque sólo prosiguiendo invariablemente la línea trazada desde el comienzo, en los actos pequeños como en los grandes, cumpliríamos aquella frase final de la declaración de principios, que lo decía todo, de "hacer de la cultura superior (en lo que de nosotros dependiera) un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina". El primer Consejo Directivo estuvo así constituido por Díaz Arana, Giusti, Gregorio Halperín, Ricardo M. Ortiz, Telma Reca, Francisco Romero, Alejandro E. Shaw, Jorge Thenon, Adolfo Dorfman, José Luis Romero, y yo, como Secretario. Se entrega también a la nueva organización otra empresa heroica, quizás todavía no valorada bien: la revista "Cursos y Conferencias" única en su género en Sudamérica, en la que se publican casi íntegramente o íntegramente la mayoría de las clases dadas en el Colegio. Se fundó en 1931, a propuesta a Aníbal Ponce, que la dirigió hasta el día de su exilio. ¿Con qué recursos se fundaba esa revista que entrará también

pronto en su décimo quinto año de vida? Con los recursos exclusivos de la confianza más absoluta en la obra que se iba a emprender. ¡Pobre Colegio Libre, pobre empresa de cultura si hubiéramos esperado a hacer las cosas con recursos previos, con un debe y haber bien equilibrado! Es como si las tres grandes naciones que han ganado la guerra se hubieran detenido, ante el ataque de Hitler, a estudiar sus recursos propios. Hubiéramos tenido que decir: no tenemos dinero suficiente para hacer la guerra y no está bien que compremos un sólo cañón. Nada podemos hacer para detener a Hitler. No: a Hitler hay que detenerlo, ahora y siempre, con una tenacidad inquebrantable, cueste lo que cueste. Y la cultura política democrática es uno de los grandes medios para detener a Hitler.

En 1940 el Colegio cumple un programa de gran significación preparado en buena parte en el verano de 1939, antes de su organización legal definitiva: un curso colectivo sobre economía argentina, desarrollado en 47 clases, en el que se abarcan sus aspectos más salientes, —que “Cursos y Conferencias” recoge en cinco gruesos tomos— y otros sobre “siglo XIX” en 66 clases. Nunca se había hecho en el país un esfuerzo semejante, que se cumple totalmente y que enseña dos cosas: que la Argentina cuenta ya con nuevos valores, algunos desconocidos para el gran público, y que el curso colectivo es una experiencia cultural inestimable. A mi modo de ver, y el día en que la dañosa insularidad en el profesorado sea vencida o superada, la casi única experiencia que valdrá para las grandes empresas culturales del futuro será la obra colectiva. El 17 de Setiembre de ese mismo año se funda la “Cátedra Sarmiento de Educación”, la primera de las tentativas de organización en equipo que hace el Colegio, y que señala muy bien la línea cultural —yo diría política, con mayor propiedad— del Colegio, pues Sarmiento es la antítesis de Rosas y sabemos que en estos dos nombres se han polarizado desde hace un siglo dos tendencias y irreconciliables en la vida social y política argentina.

A esa creación seguirían en los dos años siguientes, la Cátedra “Alejandro Korn” de Filosofía, “Juan María Gutiérrez” de Estudios Literarios, “Lisandro de la Torre” de Economía Argentina, “Alberdi” de Estudios Jurídicos y Políticos, “Mitre” de Estudios Históricos, la de “Orientación e investigación artísticas”. Son sus secretarios Gregorio Halperín, Francisco Romero, Giusti, Ricardo M. Ortiz, Nicolás Halperín, José Luis Romero y Jorge Romero Brest.

En 1940 se conmemora también el cincuentenario de la revolución del 90 con un curso colectivo a cargo de José P. Tamborini, Julio A. Noble, José P. Barreiro y Puigross, publicado también en volumen en “Cursos y Conferencias” y se organiza un curso colectivo con debate sobre la obra de Freud. En 1941 se inicia el contacto con grupos culturales de América. El Colegio invita a ocupar su cátedra a los pro-

fesores chilenos Amanda Labarca, Humberto Fuenzalida, Norberto Pini-lla y Francisco Walker Linares. La Cátedra "Mitre" organiza un curso colectivo sobre "El siglo XVII" en el que colaboran los dos profesores Romero, Erwin Leuchter y Battistessa, y otro, seguido con vivo interés sobre "Siete figuras representativas de la Francia contemporánea": Barrés, Barthou, Briand, Clemenceau, Jaurés, Poincaré y el Cardenal Verdier". La última clase dicta la noche en que el gobierno de Castillo decreta el estado de sitio. La cátedra "Sarmiento" se ocupa en un curso colectivo sobre "Problemas de la enseñanza industrial en la Argentina" y prepara un abundante programa de cursos de vacaciones para maestros especialmente del interior del país. Se dicta una serie de conferencias sobre "El intercambio comercial argentino con los países americanos" y Stephan Zweig pronuncia su gran conferencia sobre "La unidad espiritual del mundo". En ese mismo año se organizan las primeras filiales, con muy variada suerte en cuanto a sus resultados visibles pasados y presentes, pero de enorme trascendencia futura; con lo cual el Colegio señala nuevamente un rumbo firme en su política cultural: el acercamiento cada vez mayor a los hombres del medio y a los problemas del medio. Con la fundación de sus filiales en Bahía Blanca, Comodoro Rivadavia, Río Gallegos, Córdoba, La Plata, Mar del Plata, Mendoza, Paraná, Santa Fe, Rosario, Santiago del Estero y Tucumán, el Colegio ha demostrado que su capacidad de acción, las simpatías que ya lo acompañaban, que su obra estaba en el camino de las grandes realizaciones, y que había llegado a ser ya una institución nacional. Podrá pensarse que la mayoría de las filiales no han trabajado bien, que no trabajan todavía bien. Pero yo me pregunto: ¿qué es lo que trabaja del todo bien en nuestra Argentina todavía desmembrada? Pero no me pregunto, sino que me contesto diciendo que el Colegio trazó un camino —con su revista, con sus cursos colectivos, con sus cátedras y con sus filiales— que es el camino de toda acción futura en la cultura argentina, que podríamos sintetizar en la imagen de libertad de movimientos y de coordinación en un gran plan dentro de una gran línea de política cultural, nueva en nuestro país.

En 1942 se inicia en el Colegio el primer curso extenso, que con todo éxito realiza Jorge Romero Brest sobre "Historia de la arquitectura, de las artes plásticas y aplicadas en Occidente". Son 39 lecciones que duran alrededor de seis meses, y Emilio Mira realiza un curso con seminario sobre "Psicotecnia y orientación profesional". Con el propósito de iniciar un acercamiento cultural con Brasil se funda la Cátedra de Estudios Brasileños, cuyo secretario es Homero Baptista de Magalhaes. El profesor uruguayo Pedro D. Baridón dicta un cursillo, muy documentado, sobre "Historia económica del Uruguay". Se realizan en Paraná las Jornadas Pedagógicas organizadas por la Cátedra "Sarmiento". El diario "Crítica" dona tres mil pesos para dos becas destinadas a realizar estudios sobre la cultura argen-

tina en el período posterior a Caseros. José Antonio de Aguirre, de paso por Buenos Aires, habla sobre "El sentido histórico y la libertad entre los vascos" y Waldo Frank pronuncia sus tres famosas conferencias sobre "La guerra que está debajo de la guerra", "Ustedes y nosotros", y "El comienzo del nuevo mundo en los Estados Unidos". En aquellos días se repitieron las escenas de tumulto, de los días de estrépito de Nicolai, de Lisandro de la Torre y de Stephan Zweig. No es cosa baladí el tumulto y aún el profesor más concentrado en su laboratorio, el que más jura y perjura que sólo le interesa el silencio de su gabinete y el pequeño grupo de iniciados, debe confesar, si es leal consigo mismo y lo quiere ser para con los demás, que el calor del pueblo es el más rico y el más potente de los fuegos del alma. Encontrar al pueblo en las cosas de uno mismo es la más bella de las construcciones humanas.

En ese mismo año de 1942 el Colegio adhiere al mitin de solidaridad con el Brasil y pocos días después envía al Congreso una nota en la que adhiere también al pedido formulado por el Círculo de la Prensa, cuyo digno y valiente presidente era entonces Adolfo Lanús, sobre cesación del estado de sitio. El Colegio fijó entonces con absoluta claridad, cual era la línea de su pensamiento, es decir cuál era su línea política. Dijo entonces: "desde hace más de un década asistimos al espectáculo deprimente de una generación privada del libre ejercicio de derechos fundamentales, que es condición de soberanía y de comunidad nacional. No es espectáculo éste que ha de honrar, por cierto, a la historia de la vida política argentina, ni es escuela de democracia, de la que debemos ser todos, pueblo y gobierno, celosos sostenedores. El régimen del estado de sitio cuando es expresión de un sistema, atenta contra el organismo social en su progreso cultural y cívico. Se impide, así, que la conciencia nacional logre su debida madurez y que el pueblo colabore en la determinación de su destino. Pero hay un hecho que para el Colegio supera por su trascendencia el problema política e institucional que se discute: es el de la educación cívica. Basta acostumbrar a una generación a vivir en el acatamiento y en el silencio para que comiencen a sentirse amenazadas las mismas instituciones que se quiere defender con tal medida y el propio perfeccionamiento moral del país, que es inconciliable con la privación del derecho de crítica. Las instituciones se mantienen y valen por el espíritu que las anima. Y ese espíritu vive hoy cohibido por las violaciones reiteradas de principios sagrados de nuestras leyes, por la triste condena a la mudez del pensamiento político argentino sobre los problemas más fundamentales, y por el alojamiento de voluntades que otrora hicieron grande y próspera a nuestra patria, hija del esfuerzo de varones ilustres que nos dieron un estado, una constitución y una democracia".

Así quedó fijada, en ese momento y no dudo que para siempre la doctrina política del Colegio. Sobre ella tendrá que construir. Son

horas ya las nuestras de definiciones y sólo sobre la base de las definiciones es ya posible construir en este largo siglo de conflictos. En 1943 este pensamiento se pone en evidencia desde el comienzo de la actividad del Colegio, y es así como se inician las clases del año con tres exposiciones sobre "Los problemas económicos actuales" a cargo del ing. Ortiz, "La filosofía y la hora actual" por Francisco Romero y "Afirmación de una política cultural" a mi cargo. Unos meses antes, en Diciembre de 1942, un significativo acto había tenido lugar en el departamento de la calle Esmeralda 22, con motivo del aniversario del nacimiento de Lisandro de la Torre, organizado por el Colegio y para hacer pública al mismo tiempo la institución de la beca Virgilio Tedín Uriburu. Se recordó al gran varón y al gran demócrata. Fué entonces cuando se dijo: "no tenemos una opinión pública. Los grandes hombres capaces de lograrla han desaparecido. No estamos conviviendo ni con Sarmiento, ni con Mitre, ni con Alem, ni con Lisandro de la Torre. Debemos mirar a la realidad sin dejarnos encandilar por ella. No estamos en los días de los grandes, pero estamos viviendo, eso sí, su mismo drama de la construcción nacional". Se recuerda en 1943 el centenario de la muerte de Benito Pérez Galdós, en un ponderable curso colectivo organizado por Giusti en la Cátedra "Juan María Gutiérrez". La Cátedra "Sarmiento" organiza a su vez con Gregorio Halperín y Pedro Henríquez Ureña el primer curso del "Bachillerato de los cien autores", que es una adaptación a nuestro medio del plan que sigue el Saint John's College de la Universidad de Chicago. Vamos a Chile con Giusti y Halperín a hablar sobre aspectos de la vida cultural argentina ensayando la nueva etapa de acercamiento personal hacia el interior de América, que el Colegio deberá retomar muy pronto, pues está en evidente retraso esta tarea fundamentalísima, para superarse e influir. Nos visita el decano de arquitectura de la Universidad de Columbia, señor Arnaud, quien dicta en español dos extensos cursillos, uno histórico y otro técnico sobre la arquitectura en los Estados Unidos. Vienen en delegación, a ocupar la "Cátedra de Estudios Brasileños", invitados por el Colegio, los señores José Lins do Rego, Walter Osvaldo Cruz y Nelson Romero, que visitan también algunas de nuestras filiales del interior. Do Rego, sobre todo, produce una honda impresión, y su mensaje de libertad en la comida con que los despedimos el 3 de Noviembre de 1943, fija un común punto de vista entre su Brasil y nuestra Argentina. José Lins do Rego nos decía aquella noche: "Nosotros, los escritores, habíamos perdido el uso de la palabra: amigos míos del Colegio Libre de Estudios Superiores, habéis creado en la Argentina una tribuna para redimir aquello con que Dios empezara la creación. Nosotros los del Brasil os agradecemos la oportunidad que nos habéis dado de hablar en tierra de Sarmiento sin degradar nuestra misión de escritores. Sois un refugio de la palabra en su esplendor. Llevamos para el Brasil los modelos de vuestra organización, vuestro sistema de enseñar sin prepotencia, de hacer

de la sabiduría un camino de paz entre los hombres. Queréis rehabilitar al hombre de letras, al hombre de ciencia. Sois el adverso de la torre de Marfil, sois el taller, un campo de batalla. Nosotros, los del Brasil, hemos tenido también nuestra torre de Marfil, nuestros ausentes de los dolores del mundo, como si las bombas respetasen a las torres inviolables. Estamos aquí, hoy, en este local de fiesta, y os convoco, escritores de la Argentina, artistas, hombres de ciencia, para un compromiso que yo siento que es sagrado; os convoco para la lucha por la libertad de pensar en el mundo entero. Señores: vamos a salvar la palabra”.

El señor Embajador del Brasil, don José de Paula Rodriguez Alves pronuncia palabras que todos los diarios del país destacan y comentan: la falsedad de que hay tropas en la frontera con ánimo agresivo y la seguridad de que los dos pueblos deben marchar unidos a un gran destino común. Es quizás su más grande discurso político en su larga carrera diplomática.

Y llegamos a 1944. Se celebra el centenario del nacimiento de Anatole France. El embajador del Perú en México don Luis Fernán Cisneros lee una hermosa conferencia sobre “Ricardo Palma”. Francisco Romero organiza en la cátedra Korn un curso colectivo sobre Nietzsche, también conmemorando su centenario y el Dr. Teófilo Isnardi, con la valiosa colaboración de seis que fueron sus discípulos, organiza un curso colectivo sobre la Teoría atómico-molecular, no dado hasta entonces con igual precisión y tono en la misma Universidad. El 11 de Setiembre se celebra un acto magnífico de recordación a Sarmiento, en el que hablan Gregorio Halperín y Américo Ghioldi. Se celebra en Diciembre un nuevo acto recordatorio a Lisandro de la Torre, al par que se hace pública la institución de una beca para la cátedra de Economía, de diez mil pesos, hecha por don Jacobo Slavsky.

Y estamos ya en el año que corre. El 12 de Abril muere el gran demócrata Franklin Delano Roosevelt. El Colegio resuelve, en sesión extraordinaria, enviar un telegrama de pesar al gobierno de los Estados Unidos, depositar una ofrenda floral en el monumento a Washington y crear la Cátedra “Franklin Delano Roosevelt” de estudios americanos, tanto de proyección continental como internacional, la que se inaugura el 17 de mayo con un acto de valor y resonancia, en el que participan la secretaria de la cátedra Dra. Margarita Argúas, Juan S. Valmaggia, Ricardo M. Ortiz y José María Cantilo. Ultimamente Raymond Ronze pronuncia en el Colegio una conferencia sobre “Las crisis de las democracias en Europa antes de la guerra” y Silvio Frondizi continúa su fructífera labor de Seminario sobre cultura política, iniciada un año antes.

Forzosamente he tenido que circunscribirme en esta larga enumeración a una línea que quería documentar y explicar: la línea de la política cultural del Colegio.

Creo que es la línea de la cual el Colegio puede esperar su desarrollo más original y de mayor significación en nuestro país y en América. En esa línea caben, cabrán poco a poco, grandes cursos de especialización y de investigación. Ninguno estará privado de no seguir esa línea, si así lo desea. Pueden y deben en tal caso, continuar los cursos que se distinguen como cursos de investigación y de especialización, por si creyeran que prestan así mejor servicio a su formación intelectual y a la de otros. Quiero decir sin embargo que creo que el país reclama de sus hombres de estudio, de sus mejores hombres de estudio sobre todo, como reclama de sus estadistas, de sus técnicos, de sus obreros de todos sus profesionales y de todos sus individuos, la colaboración franca, para que la democracia argentina cobre el desarrollo que necesita, tanto para ella misma como para la cooperación que ésta democracia está obligada a prestar por el sólo hecho de vivir en el mismo planeta que otros pueblos y que otros seres humanos. Es sospechable de miopía, o a veces de dudosa buena fe, a esta altura de la vida y de la época en que todos saben bien que es su educación cívica, el hacer distingos entre los deberes del profesor y los deberes del ciudadano. El profesor no es una creación arbitraria; el profesor no sale de una caja todos los días para ser depositado por un ángel invisible en la tarima donde está su pupitre, y luego vuelto a poner en la caja hasta la lección siguiente. El profesor vive en el mundo de todos, es un ente tan de carne y hueso como cualquiera, y toma partido a cada instante, aún en el momento en que se recoge como un gran sibarita a leer o a escribir, pues si se aísla sigue por lo menos la política de la línea de menor resistencia, que es muy cómoda. No, no hay separación entre el hombre de la calle que es N.N. y el Sr. profesor que es el mismo señor N.N.; y cuando N.N. insiste en que tal separación es real, no perdamos tiempo en discutirle sino en observarle; y se verá, sin ninguna duda, que el día tal del mes tal del cuarenta y tantos, o del cincuenta y tantos, nos explicará en forma muy viva, con una actitud tal o cual, por qué defendía como separable lo inseparable, como divisible lo indivisible. La gran lección del tiempo es siempre la gran lección de la vida y de los hombres. Siempre es fácil encontrar argumentos para defender una tesis. Los argumentos son siempre el vestido. El hombre que se define con actitudes se muestra tal cual es en su desnudez más bella o más ridícula.

No quiero terminar esta larga exposición —que puede quedar como mi borrador de testamento con respecto al colegio—, sin recordar, primero, a los viejos amigos desaparecidos, Laclau, Korn y Ponce; sin recordar también a todos los amigos no mencionados todavía que prestigiaron con su saber la por ellos también digna cátedra del Colegio Libre, colaboradores muchos de la primera hora, como Amado Alonso, Vicente Fatone, González Galé, Horovitz, Hurtado, Raimundo y María Rosa Lida, Raúl A. Orgaz, Juan Mantovani, Oría, Payró, Nelson, Vassallo, Rosenvasser, Telma Reca y José A. Gilli —cuya tesore-

ría ejemplar es toda una conquista del Colegio— y a todos los republicanos españoles que nos infundieron tanta fe en la lucha por la democracia. Al viejo amigo desaparecido Enrique Navarro Viola, benefactor silencioso, a Juan S. Valmaggia, verdadero propulsor del Colegio desde las páginas de "La Nación", y en el hondo afecto de buen camarada; a Juan José Navarro Lahitte, hoy subdirector de "La Prensa", que en aquel momento difícil de la vida de la institución, en ocasión de la conferencia de Nicolai, fué el hombre comprensivo que ayudó decididamente a descartar en la opinión el falso rumbo que se le atribuía al Colegio; a los amigos de aquella "Crítica" de 1930, que nos brindaron ampliamente sus páginas; a los cordiales gallegos de la Federación, que nos acogieron con simpatía en los días difíciles de los alquileres atrasados y de la cuarentena política; a todos los que nos han seguido y nos siguen con el interés de la cosa común; que poco a poco será más común y que abrirá sus puertas a otros que esperan el debido turno en el gobierno de la institución, del mismo modo que los tres navegantes de los primeros años cedimos buena parte del comando en todos los que hoy forman el cuerpo legal de la institución. Hay que abrir el Colegio al pueblo, hay que democratizar totalmente al Colegio dando paso a la juventud, a los problemas de la juventud, a los ideales de la juventud. Esa será la nueva y creo que la definitiva etapa del Colegio. Ya no podría repetirse el programa de 1930, pues estaríamos muy a destiempo; la obra esencial del Colegio debe ser la obra de formación de la juventud, de esta juventud valerosa, consciente y hasta heroica que ha dado el magnífico ejemplo de la resistencia, y que sabe bastante más de lo que se supone. Los cursos que se dicten, las conferencias que se pronuncien deben ser fundamentalmente para ella. La juventud necesita cumplir debidamente sus estudios superiores, que la Universidad no ha de concederle por ahora, que no podrá concederle hasta que el país no realice su gran transformación política, que implica a la vez una transformación honda de su cultura casi enteramente antidemocrática, que hoy realiza en sus planes de estudio. Mientras que esa transformación democrática no se cumpla, el Colegio debe contribuir, y contribuir más que ninguno, a preparar con los mejores hombres del país, y de América, por no decir del mundo, a esa generación argentina que proseguirá y cumplirá el gran programa de la Reforma, de la bien entendida Reforma de la vida nacional, que es más, mucho más que la Reforma universitaria de 1918. La Reforma que se teoriza y concreta en Rivadavia, se cumple en buena parte en Sarmiento y se exalta con un sombrío y áspero aliento de emoción cívica en el incorruptible don Lisandro de la Torre. Brindo, pues, por ese posible futuro, en que todos comprendamos la inmensa e impostergable tarea que nos corresponde acometer, para bien de todas las generaciones argentinas que hayan de sucedernos.

**DISCURSO DE PABLO LEJARRAGA, SECRETARIO DE LA FILIAL
DE BAHIA BLANCA**

Amigos:

Veníamos desde Bahía Blanca, a compartir vuestra celebración, nuestra celebración, y se nos ha invitado a que compartamos vuestra palabra. No sabríamos hacerlo mejor que volcando en esta mesa fraterna nuestro afán cultural, nuestra inquietud argentina, y nuestra esperanza ciudadana, que al fin no son más que expresiones del espíritu del Colegio Libre de Estudios Superiores.

Cuando hace varios años, en 1940 para dar la fecha exacta, el Colegio Libre de Estudios Superiores puso en marcha su plan de "ligar su obra a todo el país", "y más que su obra, sus principios, sus métodos, y sus objetivos", mediante la creación de las Cátedras y de las Filiales, y fuimos invitados a sumarnos a la tarea, teníamos ya una imagen del Colegio Libre, que el tiempo no ha hecho más que subrayar. Es cierto que algunos, estudiantes o de paso en Buenos Aires, en el transcurso de 1930 a 1940, habíamos sido sus alumnos u oyentes, pero todos sabíamos de uno u otro modo de su existencia, y su perfil característico no nos era desconocido. En el espíritu de todos, su nombre y los términos de su nombre. —Colegio, Libre, Estudios, Superiores— como alcanzando una definición, tenían repercusión cordial y solidaria. El Colegio empezaba por tener amigos, más que autoridades, amigos en la cooperación intelectual, moral o material, y de ahí se nos ocurría, ese acento de comunión fraterna que lo caracterizaba. Tenía un punto de partida y un destino, el país, y de ahí su flexibilidad, que le permitía en la adaptación y el renuevo, sin mengua de sus principios, mejor servir su programa cultural. Denunciaba también un limpio espíritu democrático, y una serena presencia de libertad, hasta el punto de que, en aquel término Libre de su nombre, que pudo empezar siendo una delimitación de orígenes, veíamos como una condición —condición exigencia y condición virtud— de su vida y de su obra. De ahí también su sensibilidad y su dignidad, que demandaban precisos deberes y justas responsabilidades. Después, sus Cátedras, que llevaban nombres ilustres —es alentador repetirlos, Sarmiento, Alberdi, Mitre, Gutiérrez, Lisandro de la Torre y Alejandro Korn—, y a cuyo frente se habían puesto profesores prestigiosos, se nos ocurrían a nosotros, amigos del interior, orientación, programa y banderas significativas de una noble convocatoria a los hombres de estudio, capaces de presidir en la vasta extensión de la República un esfuerzo de enaltecimiento cultural, de generosa proyección social. Esta era nuestra imagen entonces, y pensamos ahora, que era bastante fiel.

Pero volvamos al plan nacional. En 1940 era ya evidente que el Colegio Libre de Estudios Superiores, durante 10 años se había venido preparando y rápidamente ajustaba mecanismos, para una empresa cultural de amplitud y profundidad nacional, en que sin restar nada

a las exigencias propias de sus disciplinas de estudio, y sin limitar las vocaciones de sus profesores y amigos, se proponía abarcar todo el país y ahondar en el mismo; "ahondar la investigación de los problemas nacionales, establecer su vínculo, descubrir directivas de progreso, encauzar una cultura nacional". Un conocimiento profundo de nuestra realidad, en sus distintos aspectos, para la obra de la superación nacional. Una milicia cultural en fin, para la cual debía contarse también con el interior, con el país, y que naturalmente decidieron el surgimiento de las filiales en la capitales y puntos más importantes de la República.

El impulso inicial en esta segunda etapa de la vida del Colegio, como habéis dado en llamar esta ampliación nacional, tomó todas las direcciones del país, y alcanzó hasta el extremo sur de la Patagonia, con la fundación de las Filiales de Comodoro Rivadavia y Río Gallegos. Ni error ni ilusión. Si se aspira a una obra de cultura verdaderamente nacional, en extensión y concepto, el país en su integridad debe ser contemplado, y para ello, tan puntos de partida son la Capital Federal como el extremo sur de la Patagonia. No importa que alguna de aquellas Filiales hayan desaparecido de momento, y que otras, podamos considerarnos en retardo. En condiciones más propicias, que advendrán, resurgirán las unas y se acelerará el ritmo de las otras. Pero como en aquella gran ocasión del resurgir de Mayo, — esta cuestión de que estamos tratando es también resurgir de Mayo —, podríamos decir que el rumbo ha quedado trazado y el vínculo establecido. Que sólo hay que seguir trabajando.

Pero las Filiales, amigos, y aquí querría realmente ganar vuestra atención, no pueden ser solamente una prolongación del Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, organizadas si fuera posible, a vuestra imagen y semejanza. No pueden ser Colegios Libres de Estudios Superiores en pequeño, haciendo su propia vida, al estilo de cualquier otra entidad local, aunque con la colaboración siempre valiosa de la Capital Federal. En relación al propósito que inspira la obra, las Filiales deben ser junto con Buenos Aires, como partes de un cuerpo común, partícipes de una empresa común. El Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires y las Filiales deben vertebrarse nacionalmente, como el país lo permita, por esos sus tremendos desequilibrios, pero vertebrarse nacionalmente. Definir aún más su programa de cultura nacional, y avanzar con él por todo el país, reuniendo gentes y concertando anhelos, —Filiales, Cátedras, Delegaciones, hombres—, seguros de que la siembra es fecunda y la cosecha no nos defraudará. Por eso el vínculo no debe ser solo entre la Capital Federal y el interior, los distintos interiores, tanto en un dar como en un recibir, sino también entre los distintos interiores, o sea entre las distintas regiones del país, para que la integración sea total. Por eso también la visita de un profesor o de un amigo del Colegio Libre de la Capital Federal, o de cualquier otro lugar, no es para nosotros,

ni debe ser, la simple visita de un conferencista —una conferencia más— sino una comunicación espiritual y un nuevo lazo para la acción común.

No excluye esto, lejos de eso, la adecuación de las Filiales a la realidad local o regional en que se desenvuelven, que el primer vínculo, debe serlo con la tierra en que se nace o se vive. Podemos hablar así, porque ya creemos haber dejado a salvo el vínculo espiritual, y el espíritu tiene medida nacional y universal. Las regiones por otra parte, sin perjuicio de armonizarse en lo nacional argentino, existen, y tienen una caracterización bien definida en el país, con todas sus resultancias en el problema de nuestro desarrollo cultural. Nosotros por ejemplo, en Bahía Blanca, pensamos que formamos parte de la zona o región constituida por el sur de la Provincia de Buenos Aires, La Pampa y una parte de la Patagonia, que apura su incorporación, como zona característica, capaz de más de una creación, al desarrollo expansivo de la cultura nacional. Y hasta aspiramos a cumplir una función —todo lo importante que sea posible— en el proceso de formación y definición cultural de la región. Es región que todavía no cuenta con una Universidad, necesaria por las necesidades que vendrá a satisfacer, y necesaria también por las que vendrá a provocar, cuya demanda, nosotros con nuestra tarea, modesta por cierto, pero empeñosa, creemos haber avivado. No importa que en la primera jornada la Universidad del Sur, como se ha proyectado, sea un instituto tecnológico. Bien sabemos que con el tiempo y a su hora se estructurará con los demás elementos científicos y humanistas de una verdadera Universidad. Ya véis que no tenemos conflicto con la Universidad, como no lo tenemos, en nuestra tarea que llamaremos propia, que no es "profesional ni de vulgarización", con ninguna entidad consagrada a la cultura de la ciudad o de la zona. Es zona, vuelvo a mi reflexión, que no tardará en hacerse presente, con sus temas y sus hombres, y con su contribución, a la tarea de conjunto de la cultura nacional.

Es claro, amigos, que estos afanes culturales, como tantos otros en el país, no pueden cumplirse sino en el ambiente de la democracia, modo peculiar de la vida argentina y americana. Fuera de ésta poco podríamos hacer, poco seríamos, a no ser una fuerza más para su reconquista. Permitidme entonces, una palabra ceñida a esta inquietud argentina y esperanza ciudadana, de que os hablaba al principio. Palabra de política, diría, desde que lo es todo lo que hace al abrigo social de la persona humana, al gobierno de nuestra comunidad, al progreso de nuestro pueblo, si no fuera que arbitraria y maliciosamente se ha desvirtuado un tanto la significación del término. Quizás es la hora de volver por él. No dejan por cierto de ser críticas y deplorables las circunstancias del momento que vive el país, y no deja de ofrecer cierta inseguridad el porvenir, el inmediato y el más lejano. Cuando digo esto, pienso tanto en el camino o en la incógnita de nuestra normalización constitucional, como en las esperanzas y desesperanzas de

la post-guerra, que forzarán grandes cambios, y que debieran por lo mismo encontrar a nuestro pueblo tranquilo y fuerte, con todas sus energías en tensión, en el dinamismo de la vida democrática, y no excitado como está, en una reivindicación de los atributos esenciales de su personalidad política y moral.

Pero la esperanza nos asiste. Estamos en el final de una crisis, quizás en el último episodio —crisis que se inició alrededor del año 1930, y el Colegio Libre, fundado precisamente ese año, la viene acompañando desde entonces—; en el final digo, no en el principio, y el final se resuelve en hora de anunciaciones. Hora de anunciaciones en el país, en América y en el mundo. Tras la crisis que termina, asistiremos al renacimiento democrático argentino, con una noción definida de la libertad, con una afirmación categórica de la justicia. Será a lo mejor la revelación para muchos. El pueblo argentino se ha esclarecido y aleccionado desde 1930 hasta hoy, en la dura y sufrida experiencia nacional, y en la contemplación del drama del mundo, cuyas alternativas ha vivido, como si se tratara, y con razón, de su propio drama. La ciudadanía, con una noción más cabal de sus derechos, deberes y responsabilidades, ha penetrado en todos los ambientes del país y penetrará aún más. El pueblo además se ha mantenido intacto y puro, y la juventud resurge con un vigor y una lucidez admirables, insospechables para algunos, pero previsible para los que han estado atentos a su gesta. La Argentina ofrecerá también su prueba de superación, y América y el mundo —América de cuya unidad somos integrantes y el mundo con cuyos libres destinos somos solidarios— sabrán que estamos donde por tantas razones debemos estar y donde siempre debimos estar. Y donde queremos estar. Para esa hora, que se presenta cercana, hora de rectificación y de construcción, en que se necesitará tanto del pensamiento creador como de la acción colectiva en todas sus formas, nosotros, hombres del Colegio Libre, profesores y alumnos, los viejos valores y los jóvenes que se incorporan, colaboradores y amigos, ciudadanos todos, creo que tenemos una misión que cumplir: seguir colaborando, en misión de cultura, en la elaboración de los elementos morales e intelectuales de nuestra organización, fieles a la orientación de la declaración inicial, que en su parte final invoca el "progreso social de la Argentina" y con la certidumbre de que estamos en la inquebrantable ruta del destino nacional.

DISCURSO DE ROBERTO F. GIUSTI

Cursé los grados en la escuela italiana que sostenía a fines del siglo pasado la Sociedad Unión e Benevolenza, casualmente en el mismo edificio donde hoy tiene abiertas sus aulas nuestro Colegio. Podéis figuraros qué ola de recuerdos me asaltan cuando descendiendo por Cangallo, poblada todavía para mí de tiernas presencias del pasado y subo las escaleras del Colegio. Pero esto es cosa mía.

La Unión e Benevolenza celebraba anualmente su fundación con una gran fiesta en el salón de la planta baja que todos conocéis. De los números del programa, nutrido de discursos, recitaciones, juguetes infantiles, exhibiciones atléticas y coros, ninguno que interesaba tanto como, en la hora de la distribución de premios y medallas, la presentación en el escenario de los viejos garibaldinos y mazzinianos que sobrevivían de los fundadores de la sociedad. Esos ancianos de barba blanca me hacían soñar con lejanías del tiempo que mi mente infantil exageraba; en empresas heroicas, en grandes acciones, imposibles para los nuevos. Y creo que en el secreto del corazón, mi aspiración más íntima era graduarme algún día por ancianidad de fundador de algo. Me corresponde el honor de haberlo sido del Colegio, por haber merecido la confianza de Luis Reissig, que fué quien tuvo la idea, buscó a los colaboradores, la realizó y la hizo y hace fecunda día tras día con su voluntad desvelada; pero todavía no me ha llegado la hora de paladear el placer, pregustado de niño, de sentirme mítico fundador en la lejanía del tiempo. Los anales del Colegio forman ya un alto rimerero de páginas de indudable significación en la historia de nuestra cultura; la importancia de la institución y su influencia crecen cada día; sin embargo, todavía estamos en los comienzos de la obra soñada. Son apenas quince años los que han transcurrido, los precisos para echar cimientos firmes. Un destino adverso nos arrebató tempranamente a dos de los primeros obreros: a Narciso Laclau, mente lúcida de investigador científico, humanizada por nobles ideales y Aníbal Norberto Ponce, pensador, escritor y animador, cuya obra entera, a semejanza de la de su maestro Ingenieros, trate de lo que trate, es un mensaje cordial a las nuevas generaciones para que no se queden en el punto donde quedaron sus mayores, aun cuando éstos cumplieran su deber. Y entre ambas pérdidas tempranas tuvimos la, no por natural menos sentida, de Alejandro Korn, una de las raras figuras de maestro auténtico que conoció mi generación, en quien la ciencia se integraba con el talento, el pensamiento con el corazón.

Pero los claros eran de inmediato llenados con otros generosos e ilustrados colaboradores, honor muchos de ellos de la universidad, a la vez que el Colegio multiplicaba sus actividades en tal medida que sus propios fundadores juzgaron que lo que había sido una espontánea asociación de profesores y oyentes, fácilmente regulable por unos pocos hombres de buena voluntad, debía ser convertida en la institución democráticamente organizada que bien conocéis, como que la mayoría de vosotros participáis en ella de uno u otro modo.

Reissig os ha hablado de los fines del Colegio, muchos de los cuales trascienden la labor respetable pero limitada de la mera comunicación a los oyentes de parte de un profesor, de tal o cual aspecto del conocimiento histórico, o económico, o jurídico-social, o científico, o literario o artístico. También lo ha hecho mi respetado amigo

el Dr. Juan José Díaz Arana. Cuanto ellos han dicho con el fervor que no excluye la rigurosa deliberación, y antes bien la supone como previa, toca al espíritu y razón de ser del Colegio. Otro tanto hizo el amigo Pablo Lejarraga, bravo animador del centro de cultura bahiense. Permitidme ahora a mí, agregar algunas breves reflexiones personales.

Hay mucha subversión y trueque de funciones en nuestro país; pocos son los que están en su lugar. Los niños pretenden dictar estatutos universitarios, los sacerdotes gobernar los cuerpos, además de las almas, y los soldados levantan cátedra de economía. Lejos de mí la idea de una sociedad donde todo esté rígidamente encasillado y jerarquizado, y cada hombre y cada cosa ocupen en el columbario su nicho a perpetuidad. No; los elementos sociales deben ser plásticos, móviles, flúidos: capaces de adaptarse dúctilmente a las siempre renovadas condiciones de vida y de circular con libertad a través de los diferentes medios y clases. Cuanto digo de los individuos, lo extiendo a las instituciones, cuya osificación las condena forzosamente a morir. Lo que miro con fastidio y temor es otra cosa. En el orden individual, no me asusta la ausencia de una rigurosa especialización de las funciones, para la cual nos hace poco aptos nuestra inquietud, movilidad y ambición de pueblo joven: pero sí que aquellas cualidades se tornen viciosas por la excesiva dispersión de la actividad de cada uno: a la vez, supongamos, médico, profesor, estanciero, político, literato o industrial, y no hay exageración en el ejemplo, porque suelen abundar entre nosotros estos hombres-orquestas múltiples y polifacéticos. En otro orden no creo censurable que también las instituciones y demás órganos de expresión colectiva tengan ojos y oídos lo mismo que los individuos componentes, y no sean ciegos y sordos hasta aislarse del cuerpo social; pero me parece peligroso que se arriesguen demasiado lejos fuera del límite de sus funciones específicas hasta invadir las que pertenecen a otras instituciones o instrumentos sociales. Una puerta cerrada puede trasponerse con una llave o con un hacha. Yo puedo ser partidario de derribar ciertas puertas; pero generalmente me basta abrirlas, y en tal caso la llave me servirá y el hacha no. Y bien: nuestro Colegio ha respondido siempre a mi opinión perogrullesca de que no hay que confundir las hachas con las llaves y por eso me siento cómodo en él.

Al nacer, no quiso ser un apéndice de la Universidad, ni de la oficial que preferentemente otorga diplomas, ni de la llamada popular, que, con ser útil, debe mantenerse en otro nivel; y eso sigue siendo el Colegio. No busca a las masas, aun sin desdeñarlas, ni da clases de repetición a universitarios rezagados o insatisfechos de la enseñanza oficial. Estudiosos intelectualmente responsables, con algo que decir en la disciplina que cultivan o en el campo que han explorado, se ofrecen al Colegio o el Colegio los llama, para comunicar desinteresadamente el fruto de sus meditaciones e investigaciones a auditorios que

acuden a escucharlos con igual desinterés, o más exactamente, contribuyendo los últimos a formar el fondo de sostenimiento del Colegio, experiencia antes nunca intentada en el país, luego imitada por otras instituciones, dicho sea en honor de la ciudad que tiene en su seno tantos y tan numerosos sectores cultos, capaces de no estimar en menos una conferencia que un concierto o una función cinematográfica.

El Colegio es, pues, ante todo y por encima de todo un institución creada para difundir el conocimiento teórico y práctico y ahondar en él. Mi amigo Reissig ha demostrado en una conferencia reciente, si lo entendí bien, que el profesor de Física también es profesor de ciudadanía cuando enseña inteligentemente su materia. El Colegio quiere ser escuela de ciudadanía, entendiendo su misión de ese modo. No es una escuela confesional ni está adicto a ningún partido político; diré más, no es de izquierda ni de derecha ni del centro; pero antes de que la Universidad hiciera jurar la Constitución a sus miembros, era sabido que todos cuantos pertenecemos al Colegio la habíamos jurado en nuestro fuero interno en todas las partes donde ella garantiza las libertades esenciales del hombre y funda la organización del estado y de sus instituciones sobre la voluntad de los ciudadanos, manifestada sin coerción. Antes de que la Universidad resolvieran separar de su seno a los que profesan ideas antidemocráticas, el Colegio cortésmente y sin alboroto, no los había admitido. Un letrero, invisible pero no menos imperioso hay en la puerta de nuestra casa que dice: "No entre quien no crea en la democracia y la libertad". Cumplido este requisito, todo credo religioso y opinión política de los profesores y amigos debe merecernos recíproco respeto.

Otra conducta no cabe en los días presentes. No se nos acuse de intolerancia en nombre de una abstracta libertad de pensamiento. No nos engañemos: las venenosas ideas totalitarias todavía no han sido extirpadas por la Victoria. La concepción política nazifascista sacrifica despiadadamente la persona al Estado. Moloch tiránico, belicoso y cruel, cuyos resortes de acero gobiernan bandas cínicas y rapaces, como vamos viéndolo por las propias confesiones de los bandidos. Hasta tanto aquella concepción no sea barrida de las mentes, no habrá seguridad para la cultura, la cual no florece sino en tierra de libertad. El Colegio, institución de cultura, tiene el derecho y el deber de defenderse. Aquí concluye su misión política. Está implícita en su espíritu. Normalmente el Colegio no debe franquear la línea que he trazado. Sirviendo lealmente a la inteligencia, sirve a la patria. Esto no es aislarse en torre de marfil, ser indiferente a los ideales humanos ni sordo al rumor de marea de la calle. En las cátedras de economía, de historia, de sociología, de derecho, de filosofía, de literatura y de arte, se hacen presentes todos los problemas terrenos del hombre, si bien discutidos científica y críticamente, no por cierto con gélida indiferencia con respecto a sus soluciones.

Si alguien me señalara que el Colegio en los últimos años ha fran-

queado dicha línea, cumpliendo actos y suscribiendo declaraciones que lo muestran mezclado a la lucha, piénsese que estábamos y estamos en guerra y que en la guerra muchas normas usuales quedan abolidas. Hay que movilizarse. El sacerdote viste el traje del soldado, las mujeres empuñan el fusil y el más obstinado pacifista se defiende como puede de quien le amenaza con la cárcel, el campo de concentración o la muerte. Cuando el nacionalismo copiado del nazifascismo levantaba la bandera sangrienta de Rosas para arremeter contra las instituciones democráticas, y ensusiaba la estatua de Sarmiento, el Colegio enalteció como símbolo la figura del gran civilizador sin disimular que la lección era una respuesta a la barbarie, al fanatismo y la tiranía. Del mismo carácter han sido otros actos suyos; y hasta tanto no le hayan devuelto al pueblo las garantías constitucionales, a cuyo solo amparo puede desenvolverse plenamente la cultura, el Colegio unirá su voz a la unánime del país reclamando la vuelta al orden. Restablecido éste, retornaremos a nuestro programa de estricta prescindencia política, en el cual cabe mucha obra por realizar, y cuenta dentro de ella levantar el edificio propio, que también nos escamoteó la desdichada política reaccionaria.

No han de tardar en venir días mejores. Los espero. Ya me forjo la ilusión de verme en medio de todos vosotros, a quienes deseo larga salud y vida, celebrando dentro de diez años las bodas de plata del Colegio en un ambiente de paz, libertad, orden y brillante desarrollo cultural. Entonces sí se habrá realizado mi sueño de niño: el de sentirme señalado por los más jóvenes como fundador. Me faltará la barba que ostentaban los heroicos garibaldinos de mi infancia; pero procuraré componer una linda figura de respetable anciano. Hoy quiero ser considerado simplemente uno de los tantos obreros de la primera hora que estamos levantando el Colegio, con la esperanza que él pueda mostrar en días futuros que no veré, pergaminos seculares como muchas ilustres instituciones privadas de cultura europeas y de los Estados Unidos.

PALABRAS DE JUAN JOSE DIAZ ARANA

Ya que a título de ser uno de los tres miembros más antiguos del Consejo Directivo se me ha designado para que pronuncie algunas palabras en esta cordial reunión de profesores, alumnos y amigos del Colegio, permítaseme que me limite a expresar un anhelo que debo suponer compartido por todos los cooperadores en su obra y es el de que nos sea posible, cuanto antes, dedicar nuestros afanes a la meritoria labor de nuestro instituto, en la plenitud de un estado de espíritu libre de la angustia que hoy nos obliga a anteponer nuestras preocupaciones cívicas a cualesquiera otras de la vida social y cultural.

Nuestras tareas no se han interrumpido, por cierto. Aun ofrece-

mos un sereno refugio para el culto desapasionado de la filosofía, de la ciencia y del arte. También repercute en nuestras aulas la honda emoción popular y en nuestras cátedras se alza la voz de maestros de la libertad.

Pero por mucho que nos esforcemos para seguir avanzando en el cumplimiento de nuestro programa después de quince años de progresivas y fecundas tareas docentes ¿podemos negar que las inquietudes y los deberes patrióticos de esta hora distraen nuestro pensamiento y nuestras energías de la tranquila devoción al estudio y al trabajo?

Vivimos en un estado de anormalidad mortificante. Cuando todos los espíritus sufren la prepotencia de la fuerza material, se esterilizan, debilitan o desconciertan las actividades creadoras, que exigen un clima de seguridad y libertad.

Si dirigimos la mirada hacia las universidades argentinas, advertimos que sus tareas ordinarias están afectadas y son frecuentemente interrumpidas por la gravitación de los factores que excitan por sobre todas las cosas las aspiraciones del ciudadano. En los propios consejos universitarios y académicos se formulan declaraciones en el sentido del necesario retorno al régimen de la Constitución. La juventud estudiosa se siente irresistiblemente agitada por los móviles patrióticos que concentran y absorben sus mejores entusiasmos. ¿Quién podría contrariar el santo impulso que lleva al estudiante del aula a la acción pública bajo el pabellón de la libertad y la democracia?

Yo sé que el esfuerzo casi heroico de nuestro infatigable secretario y de tantos abnegados colaboradores mantiene siempre en lo alto y en actividad continua la función cultural y patriótica del Colegio, pero evidentemente no gozamos, no gozan los estudiosos del país de las circunstancias propicias para aplicarse sin limitaciones ni recelos a la labor metódica de la cátedra, del gabinete o del laboratorio ni a cualesquiera actividades superiores de la vida espiritual.

En todo tiempo un centro de estudios como el nuestro debe proponerse, por una parte el cultivo de las altas disciplinas que, sin finalidad utilitaria inmediata, dignifican y fertilizan la inteligencia, poniéndola frente a los problemas permanentes de la vida y orientándola hacia la verdad y la belleza; y por otra parte debe abordar el examen científico de las múltiples cuestiones concretas que se renuevan sin cesar y que requieren cada vez más la atención ilustrada de los idóneos.

Ciertamente, este doble programa subsiste en nuestra casa, pero no podemos aislarlo de las preocupaciones legítimas e invencibles que en todos los campos de la vida argentina se unifican en el ansia de un efectivo retorno a la normalidad.

Que esto ocurra cuanto antes, para bien de la patria, es el voto que expreso en esta asamblea representativa de la cultura y la ciudadanía.

HOMENAJE A PIO DEL RIO HORTEGA

El jueves 12, a las 18 y 30 se efectuó un homenaje a la memoria del ilustre sabio español.

Abrió el acto el doctor Jorge Thenon, quien consignó ante el auditorio el testimonio de gratitud de quienes tuvieron "la dicha de recibir las lecciones del eminente histólogo, de estudiar a su lado las técnicas precisas con las cuales habían penetrado la trama delicada de los tejidos nerviosos".

"Los neurólogos y psiquiatras que le rodeamos —agregó— apenas comenzó a prodigar sus lecciones memorables, aquilatamos la rara suerte de conocer un maestro de verdad, que no ocultaba secretos y a quien sólo le movía el supremo deleite del saber. Era un magnífico exponente de las mejores tradiciones de la ciencia, heredero de los grandes maestros de este siglo, de un siglo de luces y descubrimientos prodigiosos, mas también un siglo convulsionado, de revoluciones y de guerras. Y fué así como este monje laico de la investigación científica, recio y ascético, llegó un día a nuestras playas arrojado por la marea de los acontecimientos que empezaron en España, que habrían pronto de conmover a toda Europa y al mundo entero, sembrando la desolación y la muerte, la confusión y la ignorancia".

El doctor Thenon, dijo después: "Don Pío venía a radicarse a la Argentina, se refugiaba en ella, quería hablarnos a nosotros, enseñarnos a nosotros, desdeñando el llamado de las fundaciones científicas más poderosas del mundo. Ellas ponían a su disposición los elementos más modernos, todo el dinero, todos los hombres que él juzgase necesarios para proseguir investigando. Pero él deseaba aproximarse a una parte de aquello suyo que había perdido, a una porción auténtica de su patria, de su alma, de su lengua, de su Madrid, de sus cafés, de su bohemia, en ésta su Argentina evocadora de nuestra España eterna. ¿Qué encontró? El vacío, la calumnia y la indiferencia. Don Pío era un "rojo". Aprendió súbitamente que aquella disciplina en apariencia la más apolítica, era en realidad como las otras".

Terminó el disertante con estas palabras: "Contribuyó poderosamente a elevar ese monumento imperecedero que es la escuela española de Histología. Tenía fe en su pueblo, creía en la ciencia y confiaba en algo cierto: en que sólo la libertad de los pueblos desata las energías creadoras de la vida y asegura un progreso indefinido y pujante de las ciencias y las artes".

Prolongados aplausos siguieron las últimas palabras del doctor Thenon, a quien sucedió en la tribuna el doctor Moisés Polak para referirse a Del Río Horteiga en la escuela histológica argentina.

Después de señalar la pérdida que para la ciencia universal significó la muerte del sabio, añadió el orador: "El doctor del Río Horteiga era hombre de ciencia auténtico, de los nuestros, de los que man-

tuvieron la bandera de la democracia, del antinazismo del republica- nismo hasta el último soplo vital. De los nuestros, como Langevin, de los nuestros como Rolland, de los nuestros como Bouin, como Haldane, como Prenant, como Peri, como Einstein y como los miles y miles que repartidos por el mundo tuvieron fe y lucharon, y lucharon como pu- dieron contra las fuerzas asesinas de la barbarie y de la reacción. De los que no permanecieron "au dessus de la mêlée", de los que opo- nemos a Claude cómplice y a Knut Hamsun traidor".

En el curso de su conferencia expresó el doctor Polak: "Sólo los maestros tienen discípulos que son los encargados de perpetuar su obra; los otros tienen subalternos, y pobre del que equivocado llega a uno de estos centros "científicos", y no tiene la fuerza de voluntad sufi- ciente para cortar el cordón umbilical que lo tiene aprisionado. Co- nozco algunos jóvenes inteligentes que faltos de orientación no pueden producir en la medida de sus conocimientos y ven truncadas sus as- piraciones investigadoras".

Después de referirse a la labor que, pese a los obstáculos oficiales realizó el doctor del Río en nuestro país, dijo el doctor Polak: "La influencia de Río Hortegea en nuestros medios histológicos será valo- rada cuando sus jóvenes discípulos comiencen a producir siguiendo sus métodos de trabajo, sus normas de conducta y sus enseñanzas. En- señanzas que repartió toda la vida, que nos dió en el laboratorio, en la vida diaria y desde su lecho de enfermo".

A continuación el doctor Felipe Jiménez de Asúa habló sobre "Pío del Río Hortegea en la escuela histológica española". El orador siguió la actuación del hombre de ciencia desaparecido, en el campo de la investigación y a través del carácter que investía el ambiente cientí- fico español de la época, y terminó su conferencia con las siguientes palabras: "La histología pura está cediendo su puesto a la histofisiolo- gía, pero a pesar de ello, los hombres que hayan asimilado las ense- ñanzas de nuestro maestro podrán seguir la nueva senda provistos de las armas con que él los dotó, e imitándole, forjar otras nuevas cuando aquéllas hayan dado todo lo que pueda obtenerse de ellas. Esa fué la gran lección de Cajal, esa ha sido también la de Del Río. Los que tuvimos la fortuna de ser sus discípulos, no debemos olvidarla".

EL COLEGIO ADHIERE A UN MANIFIESTO

Publicamos a continuación el manifiesto dado a conocer el siete de julio y suscrito por un numeroso grupo de asociaciones intelectuales y profesionales, entre las que se cuenta el Colegio Libre.

"Las asociaciones que suscriben, representativas de actividades in- telectuales, no pueden ocultar su inquietud por la actual situación del país, que amenaza desintegrar su organización política, jurídica y so- cial. Respondiendo a una inspiración patriótica ajena a todo interés

material o de facción, consideran un imperativo de conciencia expresar a los ciudadanos, al gobierno y a las fuerzas armadas, su pensamiento en esta hora grave de la vida nacional.

“Más de dos años han transcurrido desde el movimiento revolucionario del 4 de junio de 1943, habiéndose creado en ese lapso un clima de incertidumbre y temor, del que es urgente salir, por la única vía que garantiza la tranquilidad y el progreso del país; o sea, mediante el retorno inmediato al régimen de la Constitución, a la plenitud del ordenamiento jurídico que ella implica.

Ese anhelo ha sido expresado reiteradamente, en una u otra forma, en toda la República por la prensa y por las instituciones más representativas, universidades, partidos políticos, centros juveniles, colegios profesionales, gremios obreros, entidades patronales, agrupaciones diversas, pudiendo afirmarse, sin énfasis que traduce el pensamiento y el deseo hondamente sentido del pueblo de la Nación, que contempla angustiada el porvenir incierto y aspira al restablecimiento de la confianza, de la seguridad y de la libertad perdidas.

“La situación actual no beneficia ni al pueblo, ni al gobierno, ni a las fuerzas armadas que lo sustentan. Producirá una división entre los argentinos como jamás existió antes de ahora. Ha divorciado al país de sus gobernantes, en términos que exigen una solución perentoria para evitar males irreparables. Provoca una lamentable confusión y un clima de animosidad en las relaciones entre el capital y el trabajo, que encontrarían solución pacífica a sus diferencias en un régimen de libertad y libre discusión. Dificulta el cumplimiento de los compromisos internacionales, causando fricciones que afectan nuestro prestigio.

“Para conjurar los males que se ciernen sobre la patria, urge el restablecimiento pleno de los órganos representativos de la voluntad popular, de los derechos y de las garantías consagradas en la Constitución Nacional, mediante la fijación inmediata de la fecha de las elecciones a breve plazo, para que el pueblo decida libremente, conforme a la ley Sáenz Peña, quiénes deben ser sus gobernantes. Toda cuestión previa que se plantee, equivale a postergar, limitar o negar el derecho inalienable del país a elegir sus autoridades.

“Esta es nuestra más profunda convicción. Es también, sin duda, la más profunda convicción de todo el pueblo argentino. En el cumplimiento efectivo e inmediato de este anhelo, reside el progreso moral y material de la Nación; y reside también la condición de existencia de la Nación misma, sólo posible en la unidad moral y material más absoluta entre el pueblo y el gobierno que él elija, al amparo de nuestra Carta Fundamental”.

El documento ha sido suscripto por las siguientes entidades:

Agrupación Amigos de Agustín Alvarez; Asociación Constitucional Argentina.

Asociaciones de Abogados de Buenos Aires y de San Juan; de In-

genieros de Rosario; de Músicos de la Argentina (Adema); de Profesores del Colegio Martín Zapata (Mendoza); de Maestros de la misma ciudad; Médica de Rosario y Pro Juicio Oral de Buenos Aires.

Centros: Argentino de Ingenieros; de Ingenieros de Entre Ríos, Junín, La Rioja, Mendoza, San Juan, Tucumán; de Ingenieros Agrónomos de Mendoza; de Ingenieros Titulares de Santa Fe; de Profesores Diplomados de Enseñanza Secundaria.

Círculo de la Prensa; Círculos de Médicos Legistas de Rosario; Médico de Mendoza; Médico de Rosario; Odontológico de Rosario.

Colegios de Abogados de Bahía Blanca, Bell Ville, de Buenos Aires, de La Plata, de Mendoza, de Mercedes (San Luis), de la Provincia de Córdoba, de Presidencia Roque Sáenz Peña (Chaco), de Resistencia, de Rosario, de Salta, de San Juan, de San Nicolás, de Santiago del Estero, de Villa María (Córdoba), de Abogados y Procuradores de Formosa, de Rafaela, Colegio de Escribanos de Mendoza, de Martilleros Públicos de Mendoza, de Procuradores de Buenos Aires, de Procuradores de San Nicolás, Farmacéutico y Bioquímico de Mendoza, Libre de Estudios Superiores y sus filiales de Rosario y Santiago del Estero, Médico de la Provincia de Córdoba, Médico de Rosario, Consorcio de Médicos Católicos de Rosario.

Federaciones: Argentina de Colegios de Abogados, de Bibliotecas y Asociaciones Culturales de Córdoba, Universitaria Argentina, Universitarias de Buenos Aires, Córdoba, La Plata, del Litoral, de Tucumán y de Profesores y Maestros Católicos de Santa Fe.

Institutos: Argentino de Filosofía Jurídica y Social, Cultural Joaquín V. González.

Sociedades: Argentina de Artistas Plásticos, Argentina de Escritores, Argentina de Escritores filial Córdoba y filial Mendoza, Argentina de Pediatría filial Mendoza, Central de Arquitectos, división Rosario y Santa Fe, de Biología de Rosario, de Cirugía de Rosario, de Gastroenterología de Rosario, de Médicos del Hospital Español de Rosario, de Médicos del Hospital Italiano de la misma ciudad, de Médicos del Hospital de Niños de Rosario, de Médicos del Hospital Sáenz Peña de Rosario de Neurología, de Obstetricia, de Otolaringología de Rosario, de Pediatría del Litoral, de Psicología, y Médica de Mendoza.

LOS LIBROS

"MAL DE CIUDAD", por Isidoro Sagüés. Editorial Losada.

La trascendencia de una novela no depende de la complejidad de sus personajes, ni de la intrincada trama en que puedan desenvolverse aquéllos. Creemos, en cambio, que puede haber un tema simple, simplísimo; personajes psicológicamente "normales", sin que por eso la novela caiga a plomo y se desvanezca en su importancia. Trascendencia es siempre sinónimo de profundización, de ahondamiento en las almas que componen, en última instancia, el verdadero motivo de la novela.

"Mal de ciudad" es una novela construída en base a "personajes de todos los días". Pero el novelista no ha sabido ahondar en ellos, y se ha quedado en la superficie. Si los personajes son de vida y sueños monótonos, el novelista podría aligerarlos de peso, haciendo que su obra, además de fotografía —y esta novela lo es, en sumo grado—, sea expresión honda y esencial de ese mundo.

Los personajes no se hallan definidos totalmente y no alcanzan a hacerlo cuando se termina de leer el libro. Sólo al padre se lo adivina en sus reacciones, y es el único que aparece más o menos moldeado en sus características.

Los buceos psicológicos nos parecen simples, y esto sí que es una falta de profundización artística.

La novela no es porteña. Tanto es así, que sus personajes son importados para la gran ciudad, y viven problemas y angustias que pueden presentarse en cualquier ciudad del mundo. Buenos Aires tiene rasgos y personajes, nos aventuramos a afirmar, que son sólo de ella, pero que no aparecen ni por asomo en las páginas de "Mal de ciudad". Solamente el padre, insistimos, con sus hábitos de "quinielero" consuetudinario, es un apunte costumbrista de relativo mérito. Clara, María y la madre, aparecen confusamente delineadas.

En cuanto a las descripciones pecan de excesivas y minuciosas, y hacen recordar a otro novelista también fotográfico: Elmer Rice. Ni siquiera los barrios, donde transcurre buena parte de la trama, aparecen delineados con sus colores. Todo es anodino, simple, sin perspectivas ni relieves. Por eso decimos que la novela, tanto en ambiente como en personajes, no es porteña. Como dato muy curioso anotamos que no se nombra, ni una sola vez, la palabra tango.

Valentín Fernando.

"EL ESTADO MODERNO. Ensayo de crítica constructiva", por Silvio Frondizi, Buenos Aires, Losada, 1945, 172 pp.

Con esta obra el profesor Frondizi aporta un valioso esfuerzo "para que el hombre continúe escalando la montaña". Aporte valioso no sólo por las ideas con que aclara el intrincado problema político, ni por la claridad conceptual y rigor lógico con que las expone, sino también (y éste es, quizá, uno de los méritos más relevantes de la obra) por el camino que sigue, por el método que emplea en su estudio: investigación histórica y fundamentación filosófica. La solución propugnada es así la conclusión a que lleva un estudio objetivo y científico de la evolución humana, y una valoración filosófica de lo que en el hombre es eterno e indestructible: la espiritualidad. No se trata, pues, de una posición tomada a priori y defendida para salvar un sistema, sino del resultado de un método de trabajo, método riguroso y estricto, por basarse en la precisión de la ciencia y la amplitud y profundidad de la filosofía; método que no conduce a una solución estática sino que, por su carácter histórico, tiene un profundo sentido de progreso, y por su fundamento filosófico, uno de plena humanidad. Sentido este último, manifiesto, sobre todo, al considerar a la democracia no como un sistema político sino como una concepción de vida. Método fecundo y rico, que puede colmar, a mi entender las esperanzas de su autor, y abrir una corriente de investigación provechosa. El profesor Frondizi lo dice, y muchos lo pensamos: uno de los males mayores de nuestra época es el desconocimiento del problema político. No bastan la buena voluntad y las sanas intenciones para dirigir la acción política: ésta debe estar basada en el profundo conocimiento del problema, de sus causas y de su desarrollo. Es decir, es preciso una escuela de cultura política, es preciso aprender (y enseñar) a investigar, antes de dar soluciones. Y en este sentido puede el libro comentado constituir el punto de partida de una escuela política. Es una lección de metodología, cuyos frutos pueden ser magníficos: la formación de investigadores, de personas que sepan cómo deben trabajar para aclarar el problema, qué camino seguir para comprenderlo y tratar de solucionarlo. Esto es mucho más importante por la trascendencia que adquiere, que la solución misma, con ser ésta de la importancia y jerarquía de la que allega el profesor Frondizi.

H. R. M. Tate

¿PUEDE EL VENEZOLANO CAMBIAR DE NACIONALIDAD? por Lorenzo Herrera Mendoza. Caracas, 1943.

Se analiza en esta interesante publicación los problemas de la adquisición de una nueva nacionalidad (naturalización); de la pérdida de la antigua (desnacionalización); y del cambio de nacionalidad desde el punto de vista de la legislación de la República de Venezuela.

No se ciñe, sin embargo, el autor —profesor en la Universidad de Caracas— a la sola exposición de la legislación venezolana actual. Tanto la legislación comparada como la doctrina nacional y la extranjera han sido adecuadamente traídas a colación y un claro esquema de la legislación Venezolana demuestra que desde el año 1864 ésta se incorpora a las corrientes modernas abandonando la concepción feudal que alcanzó sintética expresión en el derecho tradicional anglosajón con la frase: "Onse a subject, always a subject". (Quien es súbdito una vez, lo es para siempre).

Sin embargo, la ley de Naturalización de 1940 vuelve —contradiendo la tradición venezolana y la razón universal que debe inspirar al legislador; contradiciendo razones jurídicas, políticas y prácticas que aconsejan suprimir la posibilidad de conflictos derivados de la doble vinculación nacional de los individuos— sin explicación alguna, a fundarse en esa concepción periclitada. Contra esto reacciona el distinguido profesor Lorenzo Herrera Mendoza y después de una eficaz crítica hecha a la luz del derecho nacional e internacional ofrece una serie de principios, de raíz profundamente liberal y fundados en los derechos inalienables del hombre, que deben inspirar la imprescindible reforma de la ley.

Oscar Chornogubsky

NOMINA DE LOS CURSOS Y CONFERENCIAS DEL MES DE JULIO

- JOSE LUIS ROMERO: "Del Imperio Romano a la Edad Media" VII. La fórmula de conciliación germano - romana. El lunes 2.
- FRANCISCO ROMERO: El lenguaje y la lógica (Seminario). Todos los martes.
- VICENTE FATONE: "Los problemas de la mística". El problema estético. El problema lógico. El problema teológico. El problema ético. Los miércoles 4, 11, 18 y 25.
- JUAN L. TENEMBAUM: Economía de los cultivos en la Argentina. Todos los jueves.
- EMILIO MIRA: "Cuatro gigantes del alma". III. El amor y IV. El deber. Los días 5 y 7.
- OLGA COSSETTINI: La escuela argentina y la educación social. El viernes 6.
- BENVENUTO TERRACINI: Lenguas y cultura. Los días 10 y 16.
- FRANCISCO VERA: "Cinco episodios en la historia de la Matemática". La geometría griega. La superstición del número. La geometría analítica. Los miércoles 11, 18 y 25.
- JORGE THENON: Alocución inicial en el homenaje a Pío del Río Hortega. El jueves 12.
- MOISES POLAK: Pío del Río Hortega en la escuela histológica argentina. El jueves 12.
- FELIPE JIMENEZ DE ASUA: Pío del Río Hortega en la escuela histológica española. El jueves 12.
- JUAN JOSE NISSEN: Ptolomeo. El Almagesto. En el segundo curso del Bachillerato de los Cien Autores. Los sábados 21 y 28.
- SIMONE M. DE GARMA: Publicaciones clandestinas de la resistencia francesa. El lunes 30.

LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

PABLO SOHOSTAKOVSKY:

Ver "Cursos y Conferencias", año XII, volumen XXIII, núm. 134 - 35, mayo - junio de 1943.

EMILIO MIRA:

Ver "Cursos y Conferencias", año XIII, volumen XXVI, núm. 156, marzo de 1945.

RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y GASTOS AL 31 DE JULIO DE 1945

R E C U R S O S

Banco Popular Argentino - Cta. Cte.	\$ 3.262.93	
Deudores Varios	650.—	
Bco. Pop. Arg. - Títulos Custodia (Fdo. Edif. Propio)	5.717.10	
Bco. Popular Arg. - Títulos Custodia (Becas)	\$ 14.782.90	
Bco. Pop. Arg. - Efect. (Becas) ..	672.10	\$ 25.085.03
		15.455.—

G A S T O S

Revista	\$ 830.—	
Boletines	58.—	
Alquiler	437.—	
Sueldos	545.—	
Comisión cobranza y viático	164.80	
Aporte Jubilatorio	228.45	
Valores en Custodia	24.80	
Varios	12.—	
Programas	13.—	2.313.05
		22.771.98

Saldo a favor disponible \$ 22.771.98

Cuenta Becas:

Estudios Económicos	\$ 14.980.—	
Bachil. Cien Autores	475.—	\$ 15.455.—
		15.455.—

Cuenta Fondo Pro Edificio Propio:

Fondo acumulado	5.717.10	\$ 21.172.10
		21.172.10

Superávit \$ 1.599.88

Buenos Aires, Julio 31 de 1945. Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILLI
Tesorero